

La Noche del Alacrán



Canek Peláez Valdés

© 2008 Canek Peláez Valdés

Esta obra se distribuye bajo la licencia:

Creative Commons Atribución-No Comercial-No Derivadas 2.5 México



Usted es libre de:

-  Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra.

Bajo las condiciones siguientes:

-  **Atribución.** Debe reconocer la autoría de la obra en los términos especificados por el propio autor o licenciante.
 -  **No Comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
 -  **No Derivadas.** No está permitido que altere, transforme o genere una obra derivada a partir de esta obra.
- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
 - alguna de estas condiciones pueden no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.
 - Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal, disponible en:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/mx/legalcode>

Alacrán en la portada: `black_scorpion`, diseñado por `johnny_automatic`, imagen liberada al dominio público como parte de la biblioteca Open Clip Art.

http://openclipart.org/detail/7460/black-scorpion-by-johnny_automatic

*Al Colegio de Ciencias y Humanidades, plantel Sur.
Por supuesto.*

*En esta historia,
todos los lugares son reales (excepto los ficticios),
y todos los personajes son ficticios (excepto los reales).*

1

Alejandro miró con suspicacia a su maestro de filosofía mientras éste balbuceaba acerca del “cogito ergo sum”, tratando desesperadamente de recuperar la cadena de ideas que permite llegar a un solipsismo para explicárselo a la clase.

Alejandro había leído hacía años *Marciano vete a casa*, así que ya sabía del argumento, en primer lugar. Y en segundo lugar, le había dado hueva la primera vez, así que oírlo *de nuevo*, y además de forma atolondrada, por su torpe maestro de filosofía le daba *todavía más hueva*.

Pero no era por eso que miraba con suspicacia a su maestro; era porque no estaba seguro si el tipo estaba pacheco o no. *Literalmente* pacheco; todo mundo sabía en el CCH que el OjoCaido (le decían así porque tenía un ojo, pues, *caído*) le entraba *durísimo* a la mota, y varios afirmaban haberlo visto dar así clase.

El OjoCaido continuó sus balbuceos, y Alejandro lo miró con todavía más suspicacia. No estaba seguro de si estaba pacheco por dos razones: la primera era que el tipo había fumado *tanta* mota en su vida que incluso cuando seguro no había fumado mota parecía que había fumado un poquito. La segunda era más personal; Alejandro mismo no estaba seguro de haber estado realmente moto alguna vez en su vida.

Era su quinto semestre en el CCH; había fumado mota ya bastantes veces. Sólo que o bien él no supo cómo fumarla, o no había entendido los efectos de la droga, o le habían dado perejil y, pen-dejo de él, se había creído que era mota. A veces estaba seguro de que sí le habían dado perejil.

El OjoCaido miró aliviado su reloj; aún faltaban tres minutos

para el final de la hora, pero ya era una tiempo “decente” para decirles que continuarían durante la siguiente clase. Los chavos comenzaron a salir del salón.

Alejandro miró a su cuate Ernesto que, como era de esperarse, estaba *completamente* dormido sobre la mesa. Le dio un codazo en las costillas.

—Güey, ya vámonos.

—Oh, tan rico que estaba jeteando.

—Güey; entramos a las diez de la mañana y apenas son las dos, ¿cómo puedes tener sueño?

—Ayer metí de contrabando a Érika a mi recámara.

Ernesto dijo esto con una sonrisa de oreja a oreja, y con los ojos brillantes. Alejandro apartó la mirada algo incómodo. Desde que su mejor amigo y Érika habían comenzado a coger (desvirgándolo a él en el proceso), las cosas entre ellos dos ya no eran las mismas. Le molestaba la idea de parecer que estuviera “celoso”... pero pinche vieja le estaba quitando tiempo de calidad con su mejor amigo.

—Ya vámonos—, repitió Alejandro levantándose de la mesa.

No era sólo que Ernesto pasara mucho tiempo con Érika, ni que cuando no lo hiciera de cualquier forma hablara de ella todo el tiempo. Le recordaba que ya tenía bastante rato sin tener novia, y que su propia vida sexual se limitaba entonces a encuentros privados con la palma de su mano.

—¿Vas a ver a Érika?— preguntó Alejandro, tratando de no sonar despechado.

—Nel; tiene que hacer no sé qué madres con su jefa en la tarde.

—Eso te dijo; igual y va a ver al otro.

—Tas pendejo. Igual y hasta la noche la veo, no sé; depende de qué se arme hoy.

De forma automática habían caminado a la explanada del CCH Sur, y se quedaron ligeramente apendejados unos cuantos segundos, sin saber exactamente qué hacer.

—Vamos a las canchas— dijo Ernesto, encaminándose.

Alejandro lo siguió, ligeramente desanimado. Ir a las canchas significaba dos cosas: ir a jugar básquet, que dada la pobre condición atlética de Ernesto era más bien improbable, o ir a ver si

algún cuate estaba rolando mota. Que para Alejandro significaba una vez más preguntarse si le estaban dando o no perejil.

Hubo una ocasión en que Alejandro sí estaba seguro de que había logrado ponerse bien pacheco; el único problema es que no tenía memoria del suceso. Su papá le había prestado el carro para ir al CCH (que por supuesto sólo lo llevó para farolear; se movía mucho mejor en transporte público), y él y Ernesto habían ido igual a las canchas donde se encontraron con su cuate el Caco-tas, que estaba presumiendo su maquinita para hacer cigarros que había conseguido en la Casa del Fumador. La maquinita por supuesto era para hacer cigarros de tabaco; pero funcionaba perfectamente para hacer churros también.

En esa ocasión, como en casi todas, Alejandro fumó sin estar seguro de que la chingadera le estuviera haciendo ningún efecto, pero aparentó estarla disfrutando enormemente, porque todos sus cuates de verdad parecían disfrutarla. Se fue al carro de su papá con un ligero dolor de cabeza (que él atribuía al humo más que a cualquier otra cosa), y salió manejando del CCH rumbo a Periférico, donde recordaba *perfectamente* haberse metido.

En algún momento segundos después de haberse metido a Periférico Alejandro parpadeó, y cuando abrió los ojos se encontró en la sala de su casa viendo la tele. Pocas veces en su vida se había friqueado tanto; salió como pedo de indio al garage, donde descubrió aliviado que el coche estaba ahí al parecer intacto. *Nunca* había podido recordar cómo carajo había llegado a su casa, ni qué había hecho durante el tiempo que su cerebro alegremente decidió olvidar.

Sin embargo siempre era posible (si bien no necesariamente probable) que de hecho hubiera chavos jugando básquet, y como a Alejandro sí le gustaba jugar se animó un poco mientras seguía a su amigo hacia las canchas.

Durante el trayecto (el CCH era *grande*) Ernesto comenzó a hablar de la elección de carrera. Eran mediados de otoño y faltaban unos días para la misma. Si se le podía llamar “elección” al hecho de *sugerir* que quería estudiar uno y *rogar* porque no te enviaran a la facultad que se les diera la gana. Alejandro y Ernesto habían platicado al respecto, aunque siendo justos la mayor parte de la plática la había llevado el segundo, que desde que tenía

memoria (y lápices y reglas) había sabido que sería arquitecto. Los papás de Alejandro, en su forma de ser de *hacemos-como-que-te-respetamos-pero-en-realidad-haces-lo-que-digamos* lo habían estado *chingue y chingue* desde que había terminado el cuarto semestre para que se decidiera.

El punto era que Alejandro no tenía ni puta idea de qué quería estudiar. Tal vez por eso es que había tomado matemáticas y filosofía al mismo tiempo como materias optativas. Y que su familia y Ernesto pareciera que era su tema preferido de conversación no ayudaba.

En las canchas había poca gente; un grupo mixto de muchachos en una de las canchas con caras de que estaban a punto de echarse una cascarita, y en la última cancha (como *siempre* que era viernes) unos cuantos chavos rolando la mota.

A Ernesto le *encantaba* la mota, y como además sus papás eran medio hippies *nunca* le decían nada al respecto; si la mamá de Alejandro lo hubiera descubierto un día fumando, probablemente lo hubiera internado en una clínica de rehabilitación. Para acabarla de joder Ernesto *juraba* que la mota le ayudaba a su lado creativo; y *maldita sea* si Alejandro lo llegara a admitir, pero ciertamente dibujaba cosas más chidas mientras o poco después de haber fumado mota.

Su mejor amigo se encaminó a la última cancha, y Alejandro lo siguió arrastrando los pies. No tenía ganas del mal sabor del humo, del dolor de cabeza y *además* de tener que aparentar como que se la estaba pasando poca madre; pero era viernes, y los fines de semana Ernesto se los dedicaba exclusivamente a Érika. Además de que cuando iba cayendo la tarde generalmente entre la bola que rolaba la mota surgía un plan para hacer algo. . . que *generalmente* consistía en ir a otro lado *a fumar más mota*. Pero al menos en esas reuniones Alejandro solía conocer gente interesante.

En eso estaba pensando mientras cruzaba al lado de la bandita que parecía indecisa a jugar, cuando escuchó un silbido digno de un arriero. No que Alejandro *en su vida* hubiera oído silbar a un arriero; pero se imaginaba que así sonaría.

Una chava del grupo, que debían haberla bloqueado de su vista antes porque si no *seguro* la habría notado (era *imposiblemente*

bonita), y que aparentemente era la que había silbado, le dirigió la palabra:

—Oye, nos falta uno. ¿Le entras?

2

Todas las veces que Alejandro acabó en la enfermería del CCH Sur fue por hacer alguna pendejada.

La primera pendejada fue un día correr por la piedra volcánica con zapatos de vestir, lo que causó un resbalón seguido de una espectacular caída que le ocasionó la primera fractura de su vida, al querer meter la mano para no romperse el hocico. No se rompió el hocico, pero sí la muñeca, que el cabrón de Ernesto se apresuró a recordarle le arruinaba la única vida sexual que tenía.

En la enfermería del CCH Sur estaban acostumbrados a las pendejadas; no sólo las de Alejandro, sino de todos los chavos que entre los quince y dieciocho o diecinueve años suelen hacer. Así que cuando Ernesto y la muchacha bonita que había invitado a Alejandro al partido de básquet (cuyo nombre era Ana) llegaron ayudándolo a caminar a la enfermería, la enfermera que regularmente atendía procedió a preguntarles que qué pendejada había hecho:

—¿Y qué tarugada hizo esta vez?

—Nada más lo taparon, ¿usté cree?— se apresuró a contestar el entretenidísimo Ernesto, que bajo circunstancias normales habría encontrado la pendejada de Alejandro *muy* divertida: pero que dado que ya había dado tres o cuatro toques a un churrito de mota la encontraba *hilarante*.

La última pendejada de Alejandro fue que miraba *demasiado* a Ana, en lugar de poner atención al juego. No lo podía evitar; realmente era *muy* bonita: no podía creer que todo mundo a su alrededor actuara de forma normal cuando él únicamente quería postrarse a sus pies y seguirla mirando. Además de eso era *bue-*

nísima jugando básquet; ciertamente estaba por encima del nivel de casi todos los que estaban en la cancha. Hombres y mujeres.

Alejandro era también muy bueno. . . generalmente, pero ese día estaba demasiado ocupado viéndola, además de que trataba de ser casual al respecto para no parecer agresivo, descarado, o idiota. Que en retrospectiva llegaría a pensar que dos de tres no está tan mal.

Lo que había pasado es que Alejandro tenía el balón y se dirigía a la canasta, cuando Ana lo bloqueó (era casi de su misma estatura). Alejandro se acomodó y quiso lucirse con un tiro de tres puntos, pero justo cuando se agachaba para brincar, el sol se reflejó de alguna manera en los ojos de Ana, y Alejandro se asomó porque estaba seguro de que no había visto algo tan hermoso en toda su vida.

Su cuerpo sin embargo actuó en automático y trató de saltar; sin muchas fuerzas ni muy bien que digamos, además de que hasta los brazos y las manos se le habían aflojado ante la bonita muchacha. Y ella, que no se asomó para nada, le tapó el tiro. Y el balón se le estrelló en la cara a Alejandro. Y luego todo él se cayó de espaldas, mientras una cantidad *ridídula* de sangre comenzaba a brotar por su nariz.

El golpe que su cabeza dio contra el piso, encima de todo lo anterior, causó que la sangre brotando alegremente de su nariz salpicara a todos alrededor, principalmente a las piernas de Ana, que horrorizada se llevó las manos a la boca y la nariz mientras decía “¡lo siento, lo siento!”.

Ernesto se levantó de la banda rolando la mota y corrió a la cancha sinceramente preocupado; sólo que cuando vio a Alejandro (*severamente* apendejado por el golpe a la nariz *y* a la cabeza) comenzar a gemir, no pudo evitarlo y lanzó una estentórea carcajada. En su defensa, ciertamente era divertido.

Ana miró molesta a Ernesto, y se acuclilló al lado de Alejandro, que trataba inútilmente de ponerse de pie. Inútilmente porque en ese momento su cerebro no se daba cuenta de que “arriba” estaba para “arriba”, sino que creía que estaba “al lado”, y entonces sus pies sólo pateaban débilmente el aire.

—¿Estás bien?— preguntó Ana, y al ver que Alejandro estaba haciendo algo (no había forma de que descifrara que estaba tra-

tando de ponerse en pie), añadió agarrándolo del hombro—, no te muevas.

Alejandro dejó de moverse y, no sin esfuerzos, enfocó la mirada en Ana. En ese momento cayó en cuenta del lamentable estado en el que se encontraba: todo sudado de haber estado jugando, sucio de polvo del piso que se había pegado a su piel y ropa húmeda, su pelo suelto hecho un absoluto desmadre, y además acostado en el suelo. Por suerte no se dio cuenta de que además tenía la cara bañada en sangre, y que un hilillo de la misma salía de su nariz, le daba vuelta a su boca por la mejilla y caía de su quijada para manchar alegremente su playera blanca.

Así que quiso compensar apariencia con hombría, y se puso en pie diciendo “estoy bien”. . . o al menos esa fue la orden que su cerebro envió a sus piernas y boca. Lo que ocurrió fue que pareció que quiso dar un brinquito acostado mientras balbuceaba algo parecido a “eshb fen”.

Incluso ese pobre intento de movimiento ejerció demasiada presión sobre su cuerpo, y no pudo seguir sosteniendo la cabeza, la cual se estrelló de nuevo contra el suelo salpicando una vez más a Ana, sólo que ahora en su también blanca playera. La muchacha hizo presión con su mano, que seguía en el hombro de él, y repitió:

—No te muevas, te digo. Te golpeaste dos veces la cabeza.

—Tres si contamos el balonazo— añadió Ernesto, que seguía desternillándose de la risa.

Ana lo volvió a mirar con una mezcla de desagrado y molestia, pero cuando regresó su mirada a Alejandro había una sincera preocupación y culpa en ella.

—Creo que deberías ir a la enfermería. Vamos, deja te ayudo.

Alejandro para ese momento estaba *completamente* plano sobre el suelo, de espaldas, aprovechando la situación para ver a la bonita muchacha.

—Chido— dijo él, alegrándose de, al parecer, haber recuperado la capacidad de hablar.

Una bola se había formado alrededor de su desgracia, consistente principalmente de los que habían estado jugando básquet con él (y que parecían molestos de que perdían a dos jugadores), y de los roladores de mota, que siguiendo el ejemplo de Ernesto se morían de la risa de la situación.

Entre Ana y Ernesto (que eran los más cercanos) ayudaron a Alejandro a levantarse y lo ayudaron a caminar a la enfermería. Sobre planito caminaba sin ningún problema, pero por alguna razón subir o bajar escalones presentaban una ligera dificultad. Y en el CCH Sur no se pueden dar tres pasos sin encontrar una escalera.

Además Alejandro se dio cuenta de que cada vez que trastabillaba un poco, Ana ponía su delicada mano sobre su pecho y lo ayudaba, así que también exageraba un poquito. Fue así que llegaron a la enfermería, donde comprobaron que no tenía rota la nariz, y básicamente le pusieron algodones en los orificios nasales, además de limpiarle la cara.

Alejandro alcanzó a verse reflejado en el cristal de un dispensario, y al verse con los algodoncitos fuera de sus narices, pensó que más pérdida de estilo era ligeramente imposible.

Ana seguía ahí, a pesar de que hacía ya rato habían confirmado que fuera de un ligero dolor de cabeza Alejandro estaría bien; Ernesto había recibido una llamada en su celular (por el tono Alejandro supo que era Érika), y estaba afuera atendiéndola.

—De verdad lo siento—repitió Ana por *enésima* ocasión, lanzándole una mirada de preocupación con unos ojos que Alejandro encontraba criminalmente bonitos.

—No te preocupes; lo que más me duele es el orgullo.

Era verdad; hacía *años* que no lo tapaban, y mucho menos de forma tan humillantemente espectacular.

—No es necesario que te quedes— agregó Alejandro, que lo único que quería es que se quedará. Ahí. Con él. Toda la vida, ¿por favor? — La doña ya dijo que no me va a pasar nada, mi cuate Ernesto está aquí, y entiendo si tienes que hacer otras cosas. Como ir y humillar a otros jugadores de básquet, por ejemplo.

La muchacha sonrió, y bajó la mirada. Parecía estar pensando algo.

—Me pongo muy agresiva a veces cuando juego— dijo al fin.

—¡No!, ¿en serio?

Los dos se rieron. A Alejandro le dolió la cabeza, y además uno de los algodoncitos, sangriento y (horrorizado se dio cuenta) con un moco pegado, cayó al suelo. Quiso recogerlo, pero se resbaló de la camilla donde estaba, y (por segunda vez en el día) fue a dar

al suelo. Al menos el algodoncito moquiento quedó tapado por su cuerpo.

—¿Estás seguro de sentirte bien?— alcanzó a oír a Ana.

—Perfecto—, dijo él recogiendo el algodoncito sin que ella viera. Se puso de nuevo de pie, y se sentó en la camilla.

Ana lo miró a los ojos. Alejandro sintió claramente cómo se le hacía un hueco en el estómago, pero le sostuvo la mirada, e incluso logró sonreír.

—Gracias por la preocupación— dijo.

Ana se pasó la mochila al frente (la había llevado en la espalda desde que la recogió de abajo de una de los tableros de la cancha de básquet), y sacó su celular para ver la hora. Eran casi las cuatro.

—Tengo que irme. . . — le dijo, mirándolo de una forma que él estaba seguro era apenada.

—Está bien —dijo él, tratando de que la desilusión no se le notara en la voz.

— . . . pero quiero compensarte.

Alejandro pensó rápidamente que *justo* así comenzaban varias películas porno que había visto, y ciertamente varias fantasías suyas.

—¿Vas a hacer algo en la noche? —preguntó ella.

—No— se apresuró a decir él —, justo mi cuate y yo íbamos a las canchas a ver si algo se armaba.

—Hay un toquín en las islas, atrás de la Torre de Rectoría. ¿Quieres ir? Te invito una chela y así te compensó el golpe.

—Chido; perfecto. ¿A qué hora es?

—A las ocho; ¿cuál es tu celular?

Alejandro tomó su mochila, que Ernesto había llevado y dejado al pie de la camilla, y sacó su celular. En un momento los dos muchachos tenían cada quien el número del otro.

—Bueno— dijo ella dándole una alegre sonrisa —, tengo que irme porque quedé de comer con mis papás. ¿Me llamas cuando llegues a las islas?

—Claro.

Ana se inclinó y le dio un rápido beso en la mejilla, y Alejandro se preguntó cómo era posible que alguien que había estado jagan-

do básquet bajo el sol casi una hora pudiera oler tan bien. Y le hizo tomar dolorosa conciencia de su propio olor.

—Bye— dijo ella echándose la mochila al hombro y encaminándose a la puerta.

—Bye— dijo Alejandro.

Se quedó sentado en la camilla unos minutos, mirando el número del celular de ella guardado en el suyo.

—¿Donde está tu agresora?— preguntó Ernesto, que regresaba de haber platicado con su novia.

—Mi agresora me invitó a un concierto esta noche— contestó Alejandro, sonriendo de oreja a oreja, y mostrando el número de ella en su celular.

3

Los conciertos en general habían resultado en buenas experiencias para Alejandro. En uno de ellos había perdido la virginidad, entre primer y segundo semestre, con una chava que después los dos descubrieron se llevaban mejor como cuates. O eso se seguía repitiendo Alejandro.

Ernesto estaba apuntadísimo para ir; ese viernes en la noche no tenía todavía nada planeado con Érika, y en los toquines de Ciudad Universitaria *seguro* alguien estaría rolando.

—¿Vamos a comer a tu casa o a la mía?— preguntó Ernesto, mientras ambos salían de la enfermería.

—A la mía güey; tengo que bañarme y arreglarme.

—¿Por?

Alejandro lo miró incrédulo.

—¿Cómo que “por”? Porque quiero ligarme a Ana.

—¿A tu agresora? ¿De verdad?

—Güey— dijo Alejandro, ligeramente hartado —sé que desde que andas con Érika ninguna mujer te parece que se le pueda comparar, pero no podrás negar que es muy bonita.

—No está mal, supongo que varios podrían decir que está guapa. Pero no creí que te gustara.

—Bueno pues; me gusta.

—La chava que por poco te rompe espectacularmente la nariz. . .

—Sí.

—Que te humilló jugando básquet durante casi una hora. . .

—Eso sólo fue porque me distraía el tenerla en frente.

—Ajá. OK, vamos a tu cantón.

—También le voy a pedir la nave a mi jefe.

—¿Para qué?

—Por si puedo darle un aventón terminando el concierto, o si hay que ir a otro lado, o qué se yo.

—¿Y si vive hasta casa de la chingada?

—Hasta casa de la chingada iré.

—Imagínate que es Neza ka. . .

—A Neza iré.

—Cabrón, ni sabes dónde está Neza.

—Claro que sé dónde está Neza.

—A ver, ¿dónde está Neza?

—Hasta casa de la chiganda.

Habían llegado a una de las paradas de microbuses en frente del CCH, y se formaron para tomar el que los llevaba al metro Copilco, que era su ruta habitual cuando iban a la casa de Alejandro.

—¿Te das cuenta que si vas hasta casa de la chiganda me vas a arrastrar también a mí?— preguntó Ernesto.

—Güey— le dijo Alejandro mirándolo sorprendido —si la nena quiere jalar conmigo, lo siento mucho pero te me vas a tener que desaparecer.

Ernesto lo miró indignado.

—¿Me vas a cambiar por una pinche vieja? ¿Qué hay de “bro’s before ho’s”?

—Güey, ¿ya te olvidaste de la fiesta de cumpleaños de Érika? Me debes una por esa.

Ernesto lo consideró un segundo.

—OK, te debo una por esa.

Los dos muchachos se subieron al micro.

Lo que había ocurrido durante la fiesta de cumpleaños de Érika fue lo siguiente: ella y Ernesto llevaban apenas unas semanas andando, y él quería hacer algo especial por ella, así que le pidió a Alejandro que le pidiera el carro a su papá para que la pudiera llevar a un lugar chido.

Ernesto no podía pedirle el carro a sus papás porque justo unos días antes de que él y Érika se hicieran novios le había destrozado dos llantas, y desde entonces sus papás decían que no le prestarían el carro “por un tiempo”, donde “un tiempo” podían ser unas semanas o hasta que Ernesto pudiera comprarse uno.

La cosa estuvo así: Ernesto había salido con Érika (todavía como “cuates”, aunque realmente nadie se tragaba eso, pensó Alejandro), y regresó muy contento por Periférico. Tan contento estaba él en el carril de alta velocidad, que no se dio cuenta de que su salida ya estaba a unos cuantos metros, y se le hizo muy fácil cruzar *todos* los carriles de Periférico para agarrarla.

De milagro no le pegó a ningún otro carro, pero tampoco pudo salirse bien a la lateral, y las dos llantas izquierdas golpearon contra el camellón, reventándose espectacularmente al hacerlo, y forzando a Ernesto a utilizar todas sus habilidades como conductor (que como puede verse, no eran muchas) para llevar al carro doblemente cojo a un lugar seguro.

Las dos llantas quedaron hechas *mierda* completamente, y de puro milagro no jodió los rines ni nadie salió herido. Pero a partir de ese momento sus padres, por hippies que fueran, no se sentían muy cómodos en soltarle las llaves a su hijo.

Entonces el día del cumpleaños de Érika, Ernesto la quería llevar a un restaurante más o menos elegante, pero se le ocurrió que llevarla en micro o incluso taxi no sería lo más romántico del mundo; así que le pidió a su mejor amigo que le pidiera el carro a su papá.

Alejandro no se sentía terriblemente cómodo con la idea, pero su lealtad como cuate superó a sus dudas, y le hizo el favor. A espaldas de sus papás, por supuesto; ellos también se habían enterado del accidente de las dos llantas.

El plan era el siguiente: Alejandro se inventó una fiesta con unos cuates, y le dijo a su papá que para eso necesitaba el carro. Su papá le preguntó que como a qué hora pensaba regresar, y Alejandro le dijo que como a las una o dos de la mañana; supuso que eso daba tiempo más que suficiente para que Ernesto llevara a Érika a cenar y luego a su casa sin ningún problema.

Alejandro salió de su casa, recogió a Ernesto, unas cuadras más adelante cambiaron de lugar, y Ernesto lo dejó en un centro comercial cerca de su casa, ambos pensando que Alejandro vería una película en el cine y babosearía por ahí mientras Ernesto llevaba a cabo su plan.

Que hubiera sido un *buen* plan, excepto que a ninguno de los dos se les ocurrió que Érika tenía su *propio* plan, y una idea muy

clara de lo que quería de regalo por cumplir diecisiete años.

Ernesto había sugerido recoger a Érika en su casa, pero ella le dijo que antes de ir a cenar con él estaría con unas amigas, cerca de ese restaurante, y que entonces mejor pasara por ella a una calle cercana. A Ernesto se le hizo ligeramente extraño, pero era el cumpleaños de ella, así que no dijo nada.

Estaba muy guapa cuando la recogió, usando falda, cosa que nunca hacía en la Prepa 6, donde estudiaba. Él se bajó del carro, la besó y le dio su regalo y un abrazo.

—Así que Alex fue el que te prestó las ruedas— dijo Érika fiándose en el carro.

—Es una ocasión especial— dijo él, sonriendo.

Se fueron caminando al restaurante, y se pasaron las siguientes dos horas platicando y comiendo muy a gusto. Ernesto estaba seguro de que Érika había apreciado el gesto, y básicamente con eso se daba por satisfecho. Entonces ella le tomó la mano y le preguntó dulcemente si podía pedir la cuenta.

Ernesto pidió la cuenta y pagó, y después caminaron de regreso al carro de Alejandro. En el camino miró el reloj de su celular; no habían transcurrido todavía tres horas desde que había dejado a Alejandro en el centro comercial, así que tenía tiempo de sobra para ir a dejar a Érika a su casa, pasar por Alejandro, y poder decir “misión cumplida”.

Una vez dentro del carro, Ernesto iba a encenderlo cuando Érika le puso la mano en la pierna y lo besó.

—Gracias por todo. . . — le dijo, mirándolo con los ojos brillantes, y esa dulzura en la voz que, a pesar de que le encantaba, lo medio sacaba de onda porque no era la forma normal de hablar de Érika.

—Fue un placer— dijo él, aprestándose a encender el carro de nuevo.

— . . . pero quiero algo más.

Ernesto la miró sorprendido; no era de Érika ponerse berrinchuda.

—Ajá. . . — dijo él lentamente.

—Mis papás creen que me voy a quedar en casa de una amiga. . .

—Ajá. . .

—Mi prima Vero me prestó las llaves de la cabañita que tienen ella y su marido en el Ajusco. . .

—Ajá. . .

—Quiero que vayamos a pasar la noche allá.

Ernesto no dijo nada. En primera porque literalmente se quedó sin habla, y en segunda porque la pequeña porción de su cerebro que todavía le corría la ardilla estaba segura de que un “ajá” más lo haría verse más idiota de lo de por sí ya debía parecer.

De repente se le prendió el foco, y dos obstáculos pragmáticos se le presentaron clarísimos. Así que mencionó el primero, porque ése lo podían solucionar antes de subir el Ajusco.

—No tengo condones. . .

—Yo traigo— dijo, enfática, ella.

El segundo obstáculo era que tenía poco más de una hora (minutos más, minutos menos) para regresarle el carro a Alejandro. Hay que reconocer que la lealtad de Ernesto a su amigo era *enorme*, porque le dedicó casi un segundo entero a pensar en el dilema.

—Vámonos— dijo encendiendo el carro.

4

Ernesto se llevó la noche de su vida ese día. En comparación, la de Alejandro no fue muy buena que digamos. Su mejor amigo, antes de ir a pasar una noche de sexo adolescente tierno y atolodrando, le llamó a su mamá para inventarse la excusa más enredada que jamás a nadie se le ha ocurrido para explicar por qué no iría a dormir a su casa, y después le marcó a Alejandro, que cuando vio el número de Ernesto en su celular se le cayó el alma a los pies.

—Güey— dijo contestando —, por favor no me digas que cho-
caste.

—Eh. . . no, no, no he chocado.

—Ah. ¿Qué pasó? ¿Salió todo bien con Érika?

—Eh. . . sí, sí, todo chingón. Gracias.

—Ajá. Bueno, ¿y entonces para qué me marcas? ¿Ya vienes por mí? Pensé que te tardarías un poco más.

—Eh. . . justo por eso te marco.

—Güey, no mames que todavía están en el restaurante. Quedé con mi papá que regresaba como a la una o dos. Si siguen en el restaurante apenas te va a dar tiempo de salir e ir a dejar a Érika a su casa.

—Eh. . . no, no; ya salimos del restaurante.

—Ah. Bueno, ¿entonces cuál es el problema?

—Eh. . . me tome que no vas a poder llegar a las dos a tu casa.

—¿Qué? ¿Por qué no? ¿Van a hacer algo más tú y Érika?

—Eh. . . sí. . . algo así.

—Ajá. Mmmh. Mira, creo que me puedo chorear a mi jefe si llego a eso de las tres; pero lo que sea que vayan a hacer apúrense,

porque no mames mi papá se va a poner bien punk conmigo si llego después de las tres. Y además a ver dónde chingaos me lanzo para no estar en la calle; aquí ya están puliendo los pisos.

—Eh. . . Alejandro. . . tampoco vas a poder llegar a las tres. Al menos no con carro.

—¡¿Qué?!

—Mira, te explico luego. Me cae que vas a entender; y de verdad lo siento. Te debo una por esto. Luego te explico.

Y Ernesto colgó. Alejandro miró incrédulo su teléfono, y procedió furioso a marcarle de nuevo, pero descubrió horrorizado que lo había apagado. Se quedó como estúpido unos segundos, sin tener ni puta idea de qué hacer. Tenía menos de cien pesos en la cartera, y no podía regresar a su casa sin el carro de su papá; lo despellejaba vivo si descubría que se lo había prestado a Ernesto.

Estaba considerando seriamente huir a Guatemala cuando su celular comenzó a vibrar en su mano. Era Elena, la muchacha que le había hecho el favor de desvirgarlo en un concierto unos meses antes.

—¿Bueno?— dijo contestando.

—¿Dónde andas?

—En un centro comercial, ¿por qué?

—¿Podrías venir a mi casa? *De verdad* me haría bien hablar con alguien.

—Claro— dijo Alejandro sin poder creer su suerte—; ahorita llego.

Tomó uno de los taxis que siempre estaban en el centro comercial y veinte minutos después tocaba la puerta de Elena. La chava le abrió la puerta en pants y chanclas, con el pelo hecho un desmadre y cara de *evidentemente* haber estado llorando, y de inmediato lo abrazó sollozando.

—Eh— dijo sorprendido Alejandro —. . . ¿estás bien?

Alejandro había conocido a Elena en un toquín que se había llevado a cabo durante su intersemestral de primer año. Ernesto llevaba poco tiempo de haber descubierto la mota, y la estuvo fumando generosamente durante el concierto. En un tropezón empujó a Alejandro contra Elena, que tiró su bebida por ello.

Apenado, Alejandro se ofreció a comprarle otra, y en el camino comenzaron a platicar. Tres horas después, con el concierto dan-

do sus últimos estertores, seguían platicando, y Elena además ya estaba considerablemente mareada de haber estado tomando, así que Alejandro se ofreció a llevarla a su casa. Ernesto había desaparecido (casualmente conoció a Érika en el mismo concierto), y Alejandro y Elena caminaron al carro que su papá le había prestado. En el camino Elena trastabilló y él la sostuvo; después de recuperar el equilibrio ella no soltó su mano.

Alejandro imaginó muchos posibles escenarios de lo que pasaría después, pero realmente no el que de hecho ocurrió; al llegar al carro le abrió la puerta a Elena, que de forma particularmente hábil le quitó el seguro a la puerta trasera, hizo a Alejandro a un lado, abrió dicha puerta, tomó a Alejandro de la solapas y, con una inusitada fuerza para una chava tan delgadita, lo aventó sobre el asiento trasero para después aventarse ella misma, cerrar la puerta, y desvirgarlo ahí mismo sin ni siquiera decir “permiso”.

—Eras virgen, ¿verdad?— preguntó ella cuando todo terminó. . . humillantemente poco después.

—Eh. . . depende de cómo definas virgen.

—Eras virgen— afirmó entonces Elena, y le dio un beso riéndose.

—¿Tan mal estuve?— preguntó Alejandro, angustiado.

—No para un virgen— contestó ella riéndose descaradamente ahora.

—Te estás burlando de mí— dijo Alejandro y trató de incorporarse, pero ella lo abrazó con su inusitada fuerza.

—No, mi rey; perdón. Es sólo que eres muy tierno.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es bueno. . . en general. Sólo no exactamente lo que me esperaba.

Le dio otro besó y lo miró profundamente, como si quisiera tratar de mirar sus deseos y gustos, sus miedos y sueños a través de los ojos.

—Eres muy chido— dijo al fin —. Te diría que ándaramos, pero creo que no te mereces una chava tan loca.

Y, *oh Dios* sí estaba medio loca. Alejandro se obsesionó unas semanas con Elena, pero ella le dejó muy claro que sólo lo quería como amigo. Cuando él por fin aceptó eso, y reanudaron las conversaciones amistosas que duraban horas, y fue obvio que de

verdad ya no estaba obsesionado con ella, Elena se volvió a acostar con él, de forma igual de agresiva que la primera.

—Eres mucho mejor si no eres virgen, mi rey— dijo ella recostándose cuando todo terminó. . . sorprendentemente *mucho* después.

—No te entiendo— dijo él. . . porque no sabía qué más decir y porque de verdad no la entendía.

—Te dije que estaba loca. No le busques chichis a las hormigas— le dijo dándole un beso —; seguimos siendo amigos nada más.

Eso fue lo que definió los primeros meses de su amistad con Elena; una amiga súper chida con la que podía hablar de cosas que incluso con Ernesto le costaba expresar, porque ella lo entendía siempre a la primera, y con la que de vez en cuando (cuando se le pegaba la gana *a ella*) tenía sexo.

Así siguieron las cosas hasta que Elena se consiguió novio. Al inicio a Alejandro le costó *mucho* aceptar eso, pero fingió que estaba contento por ella porque tenía miedo de que si se mostraba celoso la podría llegar a perder. Hasta un día en que comieron juntos y ella le estaba platicando una cosa completamente intrascendente, y él notó algo raro en ella. Algo que habitualmente no estaba ahí.

—¿Qué?— preguntó ella cuando notó cómo la miraba.

—Te ves. . . rara— dijo él.

Elena sonrió, con una sonrisa tan luminosa que Alejandro no pudo evitar él mismo ponerse de buen humor.

—Estoy feliz— dijo ella simplemente.

Y en ese momento Alejandro entendió realmente la situación. El novio de Elena, por celoso e incómodo que lo hiciera sentir *a él*, la hacía feliz *a ella*. Y a partir de ese momento no tuvo que fingir nada; de verdad estuvo contento por su amiga.

Así estaba el asunto hasta la noche que Ernesto se dio a la fuga con el carro de su papá, y Elena lo llamó a su casa para recibirlo bañada en lágrimas. Después de pasar a su casa e ir a la recámara de ella (sus papás no estaban), Elena le platicó entre sollozos que su novio y ella habían tronado.

Alejandro estaba sinceramente preocupado por su amiga, pero siendo completamente honesto no había ido ahí sólo por ella, ni

tampoco sólo para no estar en la calle sin saber a dónde ir mientras a Ernesto se le pegaba la gana regresarle el carro de su papá. Cuando sonó su teléfono y vio que era de su casa, *esa* fue la razón por la que había ido con Elena.

—¿Bueno?— dijo contestando el teléfono y haciéndole señas a Elena de que tenía que tomar la llamada.

—¿Dónde estás hijo?— preguntó su papá. Todavía no sonaba molesto, lo cual siempre era una buena señal.

—En casa de una amiga papá; te estaba a punto de llamar. Se puso medio mal en la fiesta, y la traje para acá y me ofrecí a esperar a que llegaran sus papás— mintió él campantemente —. Si no te molesta, dame chance de llegar algo más tarde mientras llegan.

—Mmmh— Alejandro conocía perfectamente el gruñido de su papá cuando una situación no le estaba gustando mucho, así que sacó su carta mayor.

—Estamos en su casa seguros, el carro está en su patio, no estoy tomando, y si quieres te doy el número de su casa por cualquier cosa.

—A ver— dijo el papá; como que la idea le gustaba.

Alejandro le pasó el número de la casa de Elena, se despidió de su papá y colgó. Como que lo conocía, Alejandro esperó unos segundos hasta que sonó el teléfono de la casa de Elena. La muchacha, extrañada, lo contestó:

—¿Bueno?

—Buenas noches— dijo el papá de Alejandro —, ¿se encuentra Alejandro? Es su papá.

—Un momento— Elena le llevó el auricular todavía más extrañada a su amigo —. Es tu *¿papá?*

—Gracias— dijo Alejandro tomando el auricular —, ¿qué pasó papá?

—Nada más comprobaba que el número estuviera bien. . . no vayas a creer que no confío en ti.

—Claro que no papá— dijo Alejandro con una sonrisa de oreja a oreja.

Alejandro estuvo platicando con su amiga toda la noche, escuchando un momento todas las razones por las cuales su novio

(o ex novio, para ese momento) era un pendejo y no quería verlo a ver nunca, y al siguiente todas las razones por las cuales era el hombre más maravilloso del mundo y no podía vivir sin él. Alejandro le daba palmaditas en la espalda y trataba de darle la razón en todo; sólo era *ligeramente* difícil hacerlo cuando Elena se empeñaba en contradecir su propia postura cada cinco minutos.

Así que cuando ella se quedó callada unos segundos, para después comenzar a besarlo, inicialmente se alegró, porque en eso sí sabía cómo comportarse. Sólo que apenas llevaban unos segundos besándose, cuando algo entró atropelladamente en su conciencia y se separó de ella.

—¿Qué pasa?—preguntó ella, extrañada.

—Eh. . . hasta ahora siempre he estado de acuerdo con que nos acostemos cuando tú digas. Pero creo que no sería buena idea que lo hiciéramos ahorita.

—¿Por qué?

—Porque por lo que me platicas hay una posibilidad de que tú y tu novio se contenten. . . si dejas de portarte como esquizofrénica en algunas cosas. Y si eso ocurre, te conozco; te vas a sentir de la chingada de haberte acostado conmigo. Así que creo que lo mejor es que no lo hagamos.

Elena lo miró con esa mirada suya tan profunda que a veces le echaba.

—Claro que soy hombre— dijo Alejandro, sonriendo—; si me insistes suficiente te prometo no poner mucha resistencia.

Elena se echó a reír y le tocó la mejilla con su mano.

—Gracias rey; ya sabía que eras muy chido. Necesitamos encontrarte una muchacha menos loca que yo que haga feliz. Y te coja rico.

—¿No va lo segundo incluido en lo primero?

Los dos muchachos se rieron de nuevo. Eran las seis y media de la mañana, y aunque cansado Alejandro estaba contento. Su teléfono celular comenzó a sonar, y vio aliviado que era Ernesto.

—¿Dónde estás, hijo de la chingada?

—Ya voy para allá. . . ¿dónde estás?

—Ahorita te marco para decirte dónde me recoges.

—OK.

Alejandro colgó su teléfono y le sonrió a Elena.

—Ya me voy; vienen por mí.

—Gracias por haber venido— le dijo Elena abrazándolo —. Y gracias por todo lo demás.

—No te preocupes.

Alejandro salió de casa de Elena y le marcó a Ernesto para que pasara por él en una calle cercana; no quería decirle cómo había sido su noche hasta enterarse de por qué le había hecho la jalada de raptar el coche de su jefe.

Ya después con más calma Ernesto le platicaría lo que había pasado, y Alejandro ciertamente comprendió que la situación había sido meritoria de la actitud gandalla de su amigo. Las cosas no pasaron a mayores; el papá de Alejandro vio que el carro estaba en perfecto estado y que su hijo no había estado bebiendo ni nada por el estilo (*claro* que no era que desconfiara de él), y nunca se enteró de lo que realmente había pasado esa noche.

Pero Alejandro le recordaba a Ernesto esa noche cada vez que necesitaba un favor urgente.

5

Alejandro y Ernesto iban de pie en el microbús rumbo al metro Copilco, el primero pensando en lo que tenía que hacer y cuál sería su estrategia una vez que estuviera en el concierto con Ana.

—Oye— le dijo de repente Ernesto —si cabe la posibilidad de que me mandes a la verga por esta reina, ¿no hay bronca si le digo a Érika que venga, no?

—No, claro que no— le contestó Alejandro, que en ese momento la verdad no le podía importar menos —; sólo considera que tendrás que ver cómo hacerle para llevarla a su casa.

—Ah, ese es el chiste— dijo Ernesto con una *enorme* sonrisa —; si todo sale como yo espero, no *tendré* que llevarla a su casa.

Ernesto ya varias veces había metido de contrabando a Érika en su recámara para pasar la noche, desde la vez que su mamá entró de improviso y los descubrió *in fajanti*. Para ser tan liberales sus papás con tantas cosas, resultó que sí tenían problemas (principalmente su mamá) con que metiera muchachas a pasar la noche. Así que desde esa vez la metía de contrabando.

La cosa era bastante absurda; Alejandro estaba *seguro* de que los papás de Ernesto sabían que Érika de repente pasaba ahí la noche, pero se hacían güeyes mientras no ocurriera de forma descarada. Y Érika *siempre* les decía a sus papás que se iba a quedar con una u otra amiga; o bien eran retrasados mentales, o también elegían hacerse de la vista gorda.

Pero como sus propios padres eran medio absurdos con un montón de cosas Alejandro no decía nada.

Ernesto procedió a llamarle a Érika y decirle que había un concierto, y que si quería él y Alejandro podían pasar por ella antes

de que empezara, a lo que la muchacha estuvo de acuerdo.

El microbús en ese momento llegó al metro Copilco y los muchachos se bajaron para entrar a la estación subterránea.

—¿Y cuál es tu plan con la reina?— preguntó Ernesto una vez que pasaron los torniquetes.

—¿Podrías dejar de decirle “reina”? Se llama *Ana*.

—Bueno pues, ¿cuál es tu plan con Ana?

—No sé.

Y de verdad no sabía. Después de que su amistad con Elena se estabilizó en una relación puramente platónica cuando ella se consiguió galán, Alejandro tardó un rato en encontrar novia; y de hecho lo que ocurrió es que la novia lo encontró a él.

Antes de que Érika y Ernesto se hicieran novios, Alejandro y él solían ir con regularidad casi religiosa a la Cineteca porque sabía algo más barato que las salas comerciales. Además de que el Cacotas tenía un valedor encargado de un puesto de películas piratas, y les pasaba casi todos los estrenos muchas veces incluso antes de que salieran. Así que en la Cineteca veían películas que el valedor del Cacotas ni siquiera sabía que existían en muchos casos.

Cuando Ernesto se hizo novio de Érika dejó de ir muchas veces con Alejandro al cine, y entonces iba solo. Un día de esos salió de la sala y fue a tomarse algo en la cafetería, hasta que de repente una chava sentada al lado le preguntó:

—Ya no vienes con tu amigo, ¿verdad?

Y así fue como conoció a Angélica. La verdad él no tuvo mucho que hacer en el sentido de la seducción; la muchacha lo llamaba constantemente por el celular, y le decía que hicieran tal o cual cosa. A Alejandro no le parecía particularmente bonita, y ciertamente no era (*ni de lejos*) la chava más interesante que hubiera conocido; pero poco a poco se fue encariñando con ella porque era razonablemente simpática, y siempre le sugería hacer cosas que él normalmente no haría, como ir a espectáculos de danza o a concursos de comida española.

Y a pesar del empeño con que lo buscaba, jamás dio un primer paso en nada físico; él tuvo que ser el primero en tomarla de la mano, en abrazarla y al fin en besarla.

Angélica resultó ser una novia que él no podía sino calificar

como devota: le daba regalitos, lo mimaba, cuando él iba a su casa le hacía de comer. Estaba *seguro* de que podría haberle dado una canasta de calcetines sucios y ella los hubiera lavado. Pero por alguna razón todas esas atenciones tendían a deprimirlo, y suponía que tenía que ver conque a él no le nacía *para nada* hacer cosas de ese estilo.

Pero así siguieron hasta que un día los papás de Alejandro salieron de fin de semana, y él trató de coger ahí con Angélica. Estaban en su cuarto toqueteándose, hasta que ella dejó de besarlo, lo miró a los ojos, y le dijo:

—Corazón. . . yo no me voy a acostar con nadie hasta que me case.

Alejandro se quedó como pendejo mirándola durante casi un minuto entero, incapaz de articular palabra.

—Pero no te preocupes— le dijo ella al ver su cara que transiaba rápidamente a un estado de pánico —; eso no significa que no podamos hacer *nada*.

Y entonces comenzó el periodo que el cabrón de Ernesto definió como su periodo “semi activo” sexual. Alejandro y Angélica hacían *montones* de cosas, pero sin nunca llegar de hecho al coito; y aunque ciertamente varias de esas cosas eran muy placenteras, el hecho es que él se sentía como que ella lo aplacaba con paliativos, sin darle nunca el remedio necesario.

Y también se sentía medio mal al considerar que debía tronar con ella, porque entonces pensaba que sólo estaba con ella por el sexo.

—¿Cuál sexo?— le preguntó Ernesto cuando por fin le confió su conflicto.

Un día Alejandro se encontró con Elena en Coyoacán, para variar sin su galán, y le invito un helado Bing. Estuvieron platicando de banalidades un rato hasta que de repente Alejandro le soltó todas sus dudas respecto a Angélica. Ya le había contado antes a Elena de la muchacha; y aunque se dijo que no esperaba que se pusiera celosa, una parte de él se decepcionó cuando de hecho no lo hizo. Pero ese día en Coyoacán le contó las cosas íntimas; y fue literalmente catártico: comenzó con el problema del sexo, pero de ahí se siguió con cómo en el fondo le molestaban todas sus atenciones hacia él, y por último le terminó confesando que en

el fondo ni le gustaba mucho, ni se la pasaba tan bien cuando estaba con ella.

—Déjame ver si entiendo— le dijo Elena —; no te gusta particularmente.

—Ajá.

—Y definitivamente no se te hace muy interesante.

—Sí.

—Y te molestan todas las atenciones que te dedica porque te hacen notar que tú no se las quieres dedicar a ella.

—Exacto.

—¿Y además *no afloja*?

—Ei.

Elena le volvió a lanzar una de sus miradas que le hacían pensar que podía ver hasta el fondo de su ser, y después le puso los dedos tiernamente en la mejilla.

—Mi rey— le dijo dulcemente —, ¿qué *chingados* haces con esa mosca muerta?

Esa noche Alejandro le llamó a Angélica y le dijo que fueran al Centro Cultural Universitario al otro día. Cuando ella llegó, él le dijo que tenían que hablar.

Alejandro *jamás* había terminado con nadie; sus “noviazgos” de la secundaria (por decirles de alguna manera) fueron tan ridículos que ni siquiera estaba seguro de cómo habían llegado a ser; mucho menos de cómo habían dejado de ser.

La mosca muerta, como le había dicho Elena, resultó terriblemente combativa ante la perspectiva de que su novio la tronara, y le gritó, le imploró, le mentó la madre, rogó una vez más y por último le preguntó dramáticamente si era porque no había querido acostarse con él.

Completamente hartado y cansado (llevaban *horas* en el drama) Alejandro le dijo que sí, que era por eso.

—Está bien— le dijo ella —; vamos a tu casa a coger si es necesario para que no te pierda.

Días después, Alejandro le contó el episodio con pelos y señales a Ernesto, que ponderó el asunto un momento.

—Déjame ver si entiendo— le dijo —; tú ya estabas hasta la madre de andar con ella, detonado porque no se acostaban.

—Sí.

—Y cuando le dijiste que terminaran ella te reclamó que en el fondo sólo lo hacías por el sexo.

—Ajá.

—Y entonces ella te dijo que OK, que cogieran.

—Ei.

—¿Y tú de todas formas te hiciste el digno y la mandaste al cuerno?

—Exacto.

—Tas pero si bien *pendejo*.

Ernesto y él se rieron, y Alejandro supo que en el fondo su amigo estaba de acuerdo con él. Elena fue mucho más explícita en su apoyo.

—Fue lo correcto— le dijo —. Eres demasiado chido para esa mosca muerta.

Así que Alejandro realmente no tenía mucha experiencia a la hora de tratar de seducir muchachas, y no tenía en el fondo *ni puta idea* de qué haría cuando viera a Ana.

—Cabrón— le dijo Ernesto —, desapendéjate; en esta estación transbordamos.

Él y Alejandro cambiaron de línea del metro y volvieron a subirse a un vagón.

—¿Tú qué crees que deba hacer?— le preguntó Alejandro a Ernesto de repente, en serio. Su amigo lo miró un segundo.

—Supongo que tratar de ser tú mismo. Parece funcionarte con las chavas que les gustas.

—¿Y si no le gusto?

—¿De verdad quieres estar con alguien a quien no le gustas?

—Bueno; no. Pero tal vez habría forma de que le guste más.

—Si es portándote distinto a como eres sería como estar engañándola, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

Se quedaron callados unos momentos, hasta que Ernesto le dio un codazo.

—No te preocupes; le gustas.

—¿Por qué lo dices?

—Esa impresión me dio cuando nos acompañó a la enfermería. Pasaron un par de estaciones en silencio.

—Güey— dijo Alejandro.

—¿Qué onda?

—Gracias.

6

Después de unas cuantas estaciones más los chavos se bajaron del metro para tomar el micro a casa de Alejandro, que para ese momento había dejado de pensar en las posibilidades que tendría con Ana porque se empezaba a morir de hambre. Cuando por fin llegaron a su destino, ambos chavos estaban con ánimo de comerse una vaca, con todo y pezuñas. Sólo que la mamá de Alejandro se paniqueó *cabrón* cuando vio a su hijo con la playera bañada en sangre.

—¿Pero *qué* te pasó?— le preguntó alarmada.

A Alejandro le caía bien su jefa, pero lo exasperaba que se asustara con todo; y más aún que siempre le estuviera diciendo que debía tomar a Ernesto como ejemplo. A veces le daban ganas de decirle todas las cosas que Ernesto hacía y que ella no sabía, comenzando con la mota; pero entonces sólo la haría preocuparse más. Así que no lo hacía.

Alejandro y Ernesto le platicaron el accidente jugando básquet mientras comían; para ese momento, y ya en retrospectiva, al primero le parecía muy gracioso todo el asunto.

—Y entonces la chava me invitó a un concierto hoy en la noche, para disculparse del santo madrazo. . .

—¡Alejandro!— lo interrumpió escandalizada su madre, que todavía no podía sentirse cómoda con su hijo diciendo groserías en frente de ella.

— . . . perdón, del trancazo. ¿Tú crees que mi papá me preste la nave?

La señora lo miró preocupada. Se le veía en la cara que no le gustaba la idea de que Alejandro se fuera con carro a un concierto,

y menos invitado por una muchacha que por poco le rompía la nariz.

—Ay hijo, no sé. ¿No será muy peligroso? Luego se ponen muy locos los chavos en esos conciertos.

—No madre, no te preocupes; además, Ernesto me va a acompañar.

Ernesto sonrió, poniendo la cara de niño inocente que siempre ponía en frente de la mamá de Alejandro.

—Bueno— dijo la señora, todavía con inseguridad en su voz —; pregúntale a tu papá cuando llegue.

Alejandro y Ernesto comieron como degenerados y después subieron al cuarto del primero, donde Alejandro se cambió la playera por una que no estuviera llena de sangre. Como todavía no llegaba el papá de Alejandro, y probablemente tardaría un rato más, se pusieron a jugar videojuegos mientras retomaban la conversación del metro.

—¿Y qué te dijo Érika?

—Ah, que sí, que sí iba.

—¿Hay que ir por ella?

—Sí, por favor.

—¿A dónde?

—Va a tomar un micro de su casa, así que la recogemos en Zapata.

—Chido. Nada más estoy calculando a qué hora irnos etc. ¿No quedaron en una hora, o sí?

—No; quedé en llamarle.

—Ya.

Ernesto puso de repente pausa en el videojuego.

—Cabrón— le dijo a su amigo —, ¿tienes condones?

—Eh. . . creo que sí. No estoy seguro.

—Yo traigo en mi mochila; dime si vas a querer.

—Sí, mejor dame un par. Igual y hasta tengo suficiente suerte con Ana y los necesito.

Ernesto sacó de su mochila dos condones y se los pasó. Era extremadamente cuidadoso con eso; desde que él y Érika se desvirgaron, y fue ella la que llevó los condones, Ernesto *siempre* cargaba condones en su mochila. Y también siempre andaba arrastrando a su amigo a que donaran sangre en las campañas de donación

voluntaria que hacía la UNAM cada semestre. Además de que se sentían bien los chavos de hacer algo altruista, sacaban gratis un análisis del VIH y otras enfermedades venéreas.

La primera vez que lo arrastró a donar sangre, poco después de haber comenzado a coger con Érika, Alejandro le dijo:

—No entiendo tu paranoia al respecto; Érika y tú no se han acostado con nadie más. Además por lo que me cuentas utilizan condón hasta para saludarse; ¿qué es lo que tanto te preocupa?

—No está de más. Y tú deberías agradecerme; te has acostado con chavas de más dudosa precedencia. . .

—¡Hey!

— . . . y no tienes una pareja que te conste sea única. Así que ni siquiera sabes si alguna no te ha pasado chancros vietnamitas.

Eso dejó pensando a Alejandro un rato, y cuando algunas semanas después fueron por los resultados de sus análisis, no pudo evitar dar un suspiro de alivio. Y a partir de entonces cada semestre él y Ernesto donaban sangre para aprovechar y sacar un análisis gratuito.

Los dos muchachos siguieron jugando unos momentos en silencio, pero Alejandro la verdad no estaba muy concentrado; después de comer había comenzado de nuevo a pensar en qué haría con Ana.

—¿Qué le vas a decir a tú papá?— preguntó de repente Ernesto.

—¿Perdón?—

—Que qué le vas a decir a tu papá, para pedirle la nave.

—Ah. ¿Que vamos a un concierto y como vamos a salir tarde necesito carro?

—Mmmh. ¿Y crees que te lo preste así nada más?

—Contrario a ti, yo no he destrozado las llantas de la nave de mi jefe, así que no tengo que hacer circo, maroma y teatro para que me la suelten.

—Necesito un carro.

—Yo también.

—Y vamos a necesitarlo todavía más en la universidad.

Alejandro hizo un ligero gesto de molestia. No quería hablar de la elección de carrera, y ya sabía qué era lo siguiente que Ernesto diría.

—¿Ya pensaste qué vas a elegir?— preguntó éste último, confirmando lo que Alejandro temía.

—Güey— dijo con tono cansado —, todavía faltan *semanas*, ¿sí? No es mañana ni nada por el estilo.

—Cabrón, es la *próxima* semana.

—Bueno pues; sigue sin ser mañana.

—¿De verdad no tienes ni idea o nada más te haces pendejo?

Alejandro puso pausa al juego.

—No tengo idea— dijo.

—¿Sabes el *deshmadre* que es *intentar* cambiar de carrera si llegas a arrepentirte? Y sólo puedes cambiarte a una carrera que tenga menos demanda que la que hayas pedido originalmente; y aún así no siempre se puede.

—Lo sé.

—Pues ya decídete, cabrón.

—En esas ando.

—“En esas ando”. En esas andas haciéndote pendejo.

—Bueno pues, ya; el fin de semana acompáñame a la Biblioteca Central y me ayudas a hojear la guía de carreras.

Ernesto se quedó callado unos momentos.

—¿De verdad?— preguntó incrédulo; Alejandro no le había sugerido nada del estilo nunca.

—Si con eso dejas de estar *chingue y chingue* sí, el fin de semana lo vemos.

—OK. Pero en serio.

—Es en serio.

Siguieron jugando un rato, hasta que Alejandro oyó el característico sonido de las llaves de su papá abriendo la puerta principal de la casa, y bajó para pedirle el carro.

—Papá, ¿me puedes prestar el carro hoy?

—Hola hijo— dijo el señor, sarcástico.

—Perdón; hola papá. ¿Me puedes prestar el carro hoy?

—¿Para qué?

—Hay un concierto hoy en Ciudad Universitaria al que me invitaron, y de verdad tengo ganas de ir. Ernesto me va a acompañar—dijo justo cuando su amigo aparecía por las escaleras.

—Hola señor— le dijo al papá de Alejandro.

—Hola Ernesto. Mmmh. ¿Quién te invitó al concierto?

Alejandro repitió la historia del taponazo de Ana. Como lo esperaba, su papá pareció ablandarse con la idea de que una chava lo hubiera invitado.

—Bueno. ¿A qué hora planearías regresar a la casa?

—Eh. . . no sé, pero probablemente tarde.

Una agradable e inesperada consecuencia de que Ernesto secuestrara el carro de su papá, es que Alejandro ya no tenía que dar una hora exacta para regresar a su casa; sólo tenía que avisar dónde estaba y tener su teléfono prendido todo el tiempo.

—Está bien; sólo váyanse con cuidado.

—Gracias pa.

Alejandro y Ernesto regresaron al cuarto del primero, y a falta de algo mejor que hacer siguieron jugando. Ernesto había conectado algo de mota en las canchas, y sugirió que se dieran un toque; pero en primer lugar Alejandro no tenía la menor de las ganas, y además no quería arriesgar de ninguna manera que no le prestaran el carro o (mucho peor) que no lo dejaran salir.

Cerca de las siete Alejandro se metió a bañar. Cuando regresó a su cuarto, luego luego detectó el olor a petate quemado.

—¡Güey!— dijo abriendo la puerta y encontrando a Ernesto fumando tranquilamente un churro —¡Eso se huele desde afuera!

Rápidamente le quitó el churro a su amigo y lo apagó. Abrió las ventanas y comenzó a agitar una almohada para que el cuarto se aireara.

—¿No podías esperarte una hora a que estuviéramos en Ciudad Universitaria.

—Relájate cabrón. Tus papás no se van a dar cuenta.

En ese momento, tocaron a la puerta.

—Alejandro— llamó su mamá —, ¿está todo bien? Algo huele raro.

Ernesto y Alejandro se miraron horrorizados el uno al otro. El segundo quiso ir hacia la puerta para contestarle a su madre, pero al mismo tiempo el primero se levantó, causando que chocaran y los dos cayeran al piso. Tratando de detenerse Alejandro se agarró de la lámpara de su escritorio, que cayó encima de los dos estrepitosamente.

—¿Alejandro?— volvió a llamar su mamá.

En el suelo, y seguro de que su noche, y probablemente su vida misma, habían valido madre, Alejandro vio su cuarto desde el piso y al ver su cactus (la única planta que sobrevivía a sus cuidados) se le ocurrió una idea.

Unos segundos después, Alejandro le abrió la puerta a su mamá.

—Qué onda— preguntó.

—Algo huele a quemado— dijo su mamá, mirándolo sospechosamente.

—Ah; es que mientras me bañaba Ernesto estaba jugando y sin darse cuenta tiró mi lámpara sobre mi cactus.

Y le enseñó el pobre cactus, con un lado completamente ennegrecido.

—Ah— dijo su mamá —. Tengan más cuidado.

—Sí. . . bueno, de hecho ya nos vamos en un ratito.

Alejandro apenas había tenido tiempo de pasarle el encendedor de Ernesto a su cactus, rogando que su mamá no se diera cuenta de la diferencia con el olor a la mota. Cerró la puerta, suspirando.

—Cabrón— le dijo Ernesto sonriendo —, tienes suerte de que tu jefa no haya olido nunca mota.

—Cállate; por poco nos cagan por tu culpa.

—Bueno pues; no pasó a mayores. Ahora termina de enchinate las pestañas y ya vámonos, que le llamé a Érika mientras te bañabas.

Alejandro terminó de arreglarse y, después de despedirse de sus papás y asegurarles que tendrían mucho cuidado, salió de su casa atrás del volante, con Ernesto a su lado.

7

Camino al metro Zapata, para recoger a Érika, Alejandro y Ernesto se rieron de lo que acababa de pasar con el cactus.

—Hay que darle una medalla a tu cactus.

—Sí güey; tomó una por el equipo.

—Ei; y después de todo lo que había sobrevivido.

—¡Oye!, yo creo que se va a poner bien. No creo que algo de fuego lo haya matado.

—¿Tú crees?

—No tengo ni puta idea, pero eso espero. Mañana le llamo a Elena y le pregunto qué tengo que hacer para que se componga.

Porque el cactus era regalo de Elena. Más o menos así había ocurrido: poco después de que Alejandro terminara con Angélica, Elena y él volvieron a frecuentarse más o menos seguido. Se habían alejado un poco después de que ella consiguiera su novio, y todavía más cuando Alejandro comenzó a salir con Angélica.

Un día Elena le pidió que la acompañara al mercado de flores de Xochimilco, y Alejandro fue porque no tenía nada mejor que hacer. Estuvieron baboseando un ratote, viendo flores, macetas y plantas en general, mientras Elena al parecer buscaba algo. Alejandro no decía nada porque estaban platicando muy chido, pero después de cerca de dos horas comenzó a desesperarse.

—¿Qué estás buscando, a todo esto?— preguntó por fin.

—Unas flores.

—Mmmh. ¿De qué tipo?

—Básicamente del tipo que más te gusten.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Si no para qué crees que te traje?

—Ah. No sé; esperaba que por el placer de mi compañía.

Elena lo miró con ternura.

—Esa la puedo tener por teléfono. Necesito tu opinión como hombre.

Y ciertamente todo ese tiempo había estado preguntándole qué le parecían tales o cuáles flores, lo que a él básicamente había estado contestando con “están chidas” casi todas las veces.

—¿Y se puede saber para que necesitas la opinión de un hombre?

—No; no la opinión de *un* hombre; *tu* opinión como hombre.

—Bueno, ¿se puede saber para qué necesitas *mi* opinión como hombre?

—Para elegir unas flores; ¿no pones atención?

Alejandro suspiró. Elena solía hacer cosas como esa.

—Quiero decir: ¿para qué necesitas las flores?

—Ah. Para mi novio.

Habían estado caminando, viendo los puestos con distintas flores. Alejandro se detuvo en seco.

—¿Perdón?

—Sí; pasado mañana es su cumpleaños, y platicando con él hace unos meses, después de que me regaló un ramo muy chido de flores, me confesó que nunca le habían regalado a él flores. Y pensé que sería chido, ¿no? Digo, no tiene por qué ser exclusivo de los chavos el dar flores.

Alejandro estaba de acuerdo; pero no era por eso que se había detenido. Una combinación de celos, despecho y simple furia se habían apoderado de él. Una cosa era el aceptar que Elena no quisiera andar con él, o que él de verdad pudiera estar feliz por ella y su novio. Pero era algo *completamente* distinto que lo usara a *él* para elegir el regalo de su *novio*.

Hasta ese momento Elena notó que Alejandro se había detenido. Se dio la vuelta buscándolo.

—¿Qué tienes rey?— dijo al ver cómo la estaba mirando.

—Elena; vete a la chingada.

Alejandro dio media vuelta y se fue, dejando a Elena sola y perpleja en el mercado de flores de Xochimilco. Él se fue derecho a su casa, donde se encerró en su cuarto a escuchar música deprimente con las luces apagadas.

No estaba muy seguro de porqué lo afectaba tanto. Sí creía tener *cierto* derecho a sentirse molesto, pero no tardó en reconocer que había hecho un berrinche como no hacía desde que tenía diez años y sus papás no le habían querido comprar cierto juguete un día de reyes.

Siguiendo con la autoflagelación no cenó, diciéndole a su mamá que no tenía hambre. Y la verdad no tenía; para ese momento se sentía mal de haber dejado a Elena ahí sola, haciéndole mega berrinche.

Cerca de las once de la noche oyó un golpe contra su ventana, y cuando corrió la cortina para ver qué era descubrió ahí a Elena, trepada al árbol que crecía en el patio trasero de su casa y al que una de sus ramas casi casi llegaba a su ventana.

Durante la época donde Elena lo utilizaba como consolador humano habían ido varias veces a casa de él a coger, y rápidamente ella aprendió a salir huyendo de su recámara por el árbol cuando sus papás llegaban intempestivamente. Al parecer también había aprendido el camino contrario.

—¿Qué haces ahí?— preguntó él abriendo la ventana —. Pásate.

—¿Ya se te quitó el síndrome premenstrual?— preguntó ella, mirándolo suspicazmente desde su rama, sin moverse.

Alejandro suspiró.

—Sí. Lo siento. Pásate.

Elena entró a su recámara.

—Mmmh— murmuró mirando el cuarto, dejando su mochila en el piso —. Hacía un rato que no estaba aquí.

—Sí— dijo Alejandro, y antes de que él mismo pudiera detenerse añadió— desde que encontraste alguien con quien coger y al que *sí* quieres como novio.

Nada más acabó de decir eso se arrepintió de haberlo hecho. Se avergonzó de lo despechado que había sonado.

—Lo siento— repitió, poniendo las palmas de sus manos en sus ojos y apretándolos hasta que vio estrellitas. Suspiró y la miró —. Sólo es que estoy celoso de que tú nunca me darás flores.

Elena lo miró con esa intensidad que al parecer sólo ella podía tener para él.

—Quiero a mi novio— le dijo —. Lo quiero muchísimo, de hecho, y sí, sólo a él le doy flores. Pero lo cierto es que tengo dieciséis años, y lo más seguro es que, tarde que temprano, me voy a aburrir de él, lo voy a lastimar horrible, y no va a querer volver a hablarme el resto de su vida.

Alejandro la miró impresionado. Ella lo dijo con una calma increíble, pero a la vez como si estuviera tan segura de ello como que al otro día saldría el sol.

—La diferencia entre tú y mi novio— continuó Elena —. . . y de hecho entre tú y un montón de güeyes en este mundo, es que contigo me he asegurado de no hacer nada que pueda causar que te pierda para siempre. Y la primera de esas cosas es no andar contigo.

Le tocó la mejilla dulcemente.

—No te has dado cuenta, porque para ser tan increíblemente inteligente para algunas cosas, eres encabronadamente pendejo para otras, pero un día vas a encontrar una chava que te hará darte cuenta de que, exceptuando que te desvirgué, yo no tengo nada de especial. De hecho, probablemente encuentres a varias.

Le dio un beso en los labios, pero tan suave que Alejandro lo sintió casi como si fuera su hermana.

—No trates de encontrarle sentido a esto que te digo— le dijo ella —; ya sabes que estoy loca. Sólo entiende que no ando contigo no porque tengas nada malo. Al contrario. La de los problemas soy yo.

—Claro— dijo Alejandro riéndose amárgamente—; “no eres tú, soy yo”.

—Pero en este caso es verdad— dijo ella sonriendo dulcemente, y recogiendo su muchila —. Además, a lo mejor no te doy flores, pero sí otros vegetales.

Y de su muchila sacó el cactus. Alejandro lo miró algo desconcertado.

—¿Un cactus?

—Mi rey— dijo ella —, si te conozco, sé que es la única planta que no vas a asesinar en unos cuantos días. Con algo de suerte y hasta te dura.

La puso en su escritorio, cerca de la lámpara.

—Además— agregó, mirándolo pícaramente —, es como nuestra relación. Es espinosa, no muy bonita, y algo seca; pero ciertamente perdura.

8

Alejandro y Ernesto se estacionaron cerca de la parada de microbuses en Zapata, dispuestos a esperar a Érika. No habían pasado cinco minutos cuando Ernesto dijo:

—Ahí viene.

Érika bajó del micro, y los dos muchachos notaron que no venía sola: una muchacha la acompañaba. Alejandro miró paniqueado a Ernesto.

—Güey— le dijo —, ¿le mencionaste que una chava me invitó y básicamente voy porque me la quiero a ligar?

—Ehhh. . . no. Le dije que había un concierto.

—¡Mierda! ¿Sabes entonces quién *seguro* es la chava que viene con ella?

Ernesto sonrió maliciosamente.

—Sí; Mayra.

—Mayra.

—Yep, Mayra.

Los dos chavos se hicieron hacia adelante en sus asientos para mirar a las muchachas que se acercaban.

—Mayra— dijeron al unísono.

Poco después de que Érika y Ernesto se desvirgaran mutuamente, a la chava se le ocurrió una idea *fabulosa*; ¿por qué no presentar a Alejandro con su mejor amiga de la Prepa 6, Mayra? Con algo de suerte y comenzarían a andar, y Alejandro dejaría de estar jodiendo con ver a Ernesto, cuando Érika y él querían disfrutar casi todo el tiempo del recién descubierto placer de estar cogiendo.

A Alejandro le gustó la idea; por cómo la había descrito Ernesto Mayra parecía una chava guapa e inteligente, y ya había pasado un tiempo desde que había dejado a Angélica.

Así que Alejandro y Mayra salieron al cine un día. Érika realmente quería una cita doble, pero Alejandro se negó rotundamente a la idea: no le tenía miedo al ridículo siempre y cuando fuera en frente de completos desconocidos.

Alejandro había elegido con antelación la película, y las cosas comenzaron a ir de bajada cuando Mayra se quejó de que estuviera subtitulada; le dijo que se cansaba de leer los subtítulos.

Todo fue empeorando a partir de ese momento; Alejandro no pudo determinar si en bruto era ella inteligente o no, pero sí se percató de que, bajo su definición, era una *pendeja*. No había leído jamás un libro que no le hubieran dejado en la escuela, e incluso varios los había evitado viendo la película. . . doblada, de ser posible. Veía como cinco telenovelas y estaba al tanto de las vidas personales de los principales actores en ellas; no que Alejandro tuviera nada en contra de eso, pero parecía que esa era la *única* preocupación que tenía en la vida la muchacha.

Alejandro trató de ser cortés, pero conforme fue pasando el tiempo en la cita se percató de que no *soportaba* a Mayra. Y ciertamente era guapa; muy guapa, y más por el hecho de que se esmeraba al arreglarse. Pero incluso su voz comenzaba a parecerle como el sonido de un taladro perforando su cerebro.

Así que, después del cine y de cenar (Mayra le comentó que no había entendido la película. . . que era una comedia romántica), Alejandro tenía una cara que parecía tuviera un pedazo de caca en la punta de la nariz. De verdad hizo un esfuerzo por comportarse educadamente, pero encontraba *tan* insoportable a la muchacha que tenía que estarse conteniendo para no gritarle que se callara.

Porque además parecía no poder dejar de hablar.

Con alivio la fue a dejar a su casa (su papá le prestó la nave ese día), y cuando llegaron se estacionó y apagó el carro. No tenía intención alguna de bajar y abrirle la puerta, así que se quedó ahí mirándola con ojos que le querían decir que como que ya era hora de que le llegara.

La muchacha le sonrió y le dijo:

—Me la pasé muy bien.

Alejandro tuvo que hacer un esfuerzo por contener la risa; era *imposible* que nadie pudiera considerar las cuatro horas pasadas como algo “bueno”. Así que o la chava estaba tratando de ser amable, o *de verdad* tenía algún tipo de daño cerebral.

Pero su humor se transformó en pánico cuando la chava se quitó el cinturón de seguridad y se inclinó lentamente hacia él. No era posible; ¿de verdad quería que la besara? ¿Qué *carajos* tenía mal esta muchacha? ¿Cómo era posible que hubiera interpretado las cosas de tal forma que pensara que él *quería* besarla?

Resultó que el equivocado era él: la chava no quería beso de las buenas noches. Mayra se siguió inclinando hasta que su cabeza estuvo en el regazo de Alejandro, y con manos rápidas y hábiles le desabrochó el pantalón para comenzar a hacerle, ahí mismo en frente de la casa *de ella* donde probablemente estarían sus padres, el guagüis más fabuloso que jamás le hubieran hecho.

Que, lamentablemente, no eran tantos.

Alejandro no hizo nada inicialmente porque estaba básicamente en *shock* por la sorpresa. Después no hizo nada porque se sentía muy rico. Y después lo único que pudo hacer fue gemir lo más discretamente que pudo, mientras lo aterrorizaba la idea de que alguien los fuera a cachar. De hecho, la imagen del papá de Mayra saliendo de la casa y descubriéndolos hizo que se riera un poco.

—Voy a terminar— dijo Alejandro con la voz entrecortada, cuando sintió que no faltaba mucho.

—Mmmh mmmh— murmuró Mayra sin dejar de hacer lo que estaba haciendo, y de hecho (Alejandro pensó en el término adecuado) “echándole más ganas”.

Alejandro pensó que era ligeramente extraño venirse dentro de la boca de una chava que no tenía veinticuatro horas de haber conocido; pero como ella no parecía tener problemas con eso, sencillamente se dejó ir. O venir.

Mayra procedió a tragarse todo el asunto, que a Alejandro no pudo evitar sentir que era ligeramente obsceno y (tal vez por lo mismo) increíblemente cachondo, y después volvió a abrochar su pantalón sonriéndole. Le dio un beso sorprendentemente tierno en los labios, y le guiñó un ojo.

—A ver cuándo volvemos a vernos, ¿sí?

Y alegremente se bajó del carro y se dirigió a su casa moviendo

los dedos a forma de despedida, sin dejar de sonreír todo el tiempo. Alejandro se quedó en el carro con una extraña satisfacción, y sin saber exactamente qué había ocurrido. Ni por qué.

Lo más sorprendente fue que se encontró a sí mismo llamándola un par de días después, para que fueran a una exposición en el Centro Cultural Universitario. Trató de prestar atención a lo que decía, por si estaba perdiendo algún tipo de sutileza en su conversación. Trató de verdad de encontrar una chispa de su personalidad que le atrajera, de descubrir algo que a él le pareciera inteligente o interesante de ella.

Nada. Al poco tiempo (ni una hora llevaban baboseando en la exposición) Alejandro quería sacarse los ojos; se estaba aburriendo *horrores*, y además la chava tenía la peculiaridad de que no sólo lo exasperaba: su sola presencia le fastidiaba incluso la exposición, que en otras circunstancias igual y hubiera disfrutado bastante.

Así que de nuevo tenía su cara de *tengo-caca-en-la-punta-de-la-nariz*, cuando ella le tomó la mano y lo miró de una manera que él sólo podía describir como lujuriosa.

—¿No quieres que vayamos a un lugar donde podamos estar solos?— le preguntó.

Alejandro rompió sus propias costumbres y tomó un taxi para llevarla a su casa. Durante el trayecto ella comenzó a besarle y a tocarlo, de forma francamente lasciva, valiéndole completamente madres que el conductor los mirara divertido por el espejo retrovisor.

Ya en su casa y en su cuarto Mayra procedió a darle una cogida que él sólo pudo calificar como “monumental”. La muchacha tenía una especie de sexto sentido o algo por el estilo, porque hacía *justo* lo que quería que hiciera *justo* cuando quería que lo hiciera, y sin tener que decir nada. Y además Alejandro rápidamente se dio cuenta de que cuando cogían ella se mantenía *callada*. Lo cual era una ventaja.

Cuando acabaron el tercer *round* (ella tenía la capacidad de prenderlo de nuevo casi de inmediato), ella lo abrazó y le preguntó con voz algo cansada si la acompañaba a la parada del micro.

Alejandro vio alejarse al micro con Mayra dentro, y se quedó en la calle tratando de descifrar lo que sentía (además de un ligero

dolor en las piernas; durante el segundo *round* la estuvo cargando estando él de pie).

Decidió que pensaría en eso luego, y se fue a dormir a su casa.

Cuando unos pocos días después ella lo invitó a salir y le dijo que pasara por ella a su casa, Alejandro pensó seriamente en decir que no. El sexo era *fabuloso*, y además (a falta de un mejor término) *sucio*, en una buena manera. Pero de verdad el pasar tiempo con ella no cogiendo era medio desesperante.

Al final ganaron sus ganas de coger, y fue por Mayra a su casa. Ella lo invitó a pasar y, para sorpresa (y algo de alivio) de Alejandro, procedió a seducirlo sin ni siquiera preguntarle cómo había estado, o si quería un vaso con agua.

Unas horas después, habiendo hecho cosas que Alejandro estaba seguro debían estar prohibidas en algunos países, Mayra le dijo tranquilamente que sería bueno que se fuera, porque sus papás no debían de tardar. Eso le hizo darse cuenta de que eran las únicas palabras que habían intercambiado desde que se saludaron y ella lo invitó a pasar.

Se vistió y puso los tenis, de nuevo sin saber exactamente cómo se sentía.

—¿Te llamo después?— le preguntó cuando estuvo listo para irse. Ella ni siquiera se había levantado del suelo, donde habían cogido la última de varias veces, apenas cubierta por un cobertor. No tenía cara de que lo acompañaría a la puerta.

—Sí— contestó ella, y Alejandro tuvo la impresión de que no le interesaba en lo más mínimo si la llamaba diez minutos después o nunca.

Él solito se salió de la casa, procurando cerrar bien detrás de sí. El metro estaba a algunos kilómetros, y decidió caminar esa distancia para poder pensar. Desde un punto de vista puramente práctico la situación parecía buena; daba la impresión de que ella tampoco quería nada que no fuera sexo (¿si no porqué ni siquiera le había preguntado cómo estaba cuando llegó a su casa?), y entonces las *horribles* horas que había pasado con ella cuando habían salido nunca más volverían a repetirse, porque ya establecidas las reglas quedaba claro que cuando se vieran únicamente cogerían.

Pero una parte suya se sentía mal al respecto. Estaba el hecho

de que Mayra al parecer sólo lo utilizaba sexualmente... que no era una *tragedia* en sí mismo, y además él también la utilizaba sexualmente a ella. Pero eso no quitaba que se sintiera *mal* al respecto.

Y estaba el hecho de que, si lo analizaba seriamente, en el fondo Mayra le caía *mal*. ¿Por eso sería tan rico el sexo?, pensó durante un segundo. Le estaba empezando a doler la cabeza, pero sí quería entender cómo se sentía. Y entonces pensó en la única persona que a veces parecía entenderlo mejor que él mismo, y sacó su celular del bolsillo.

—Hola— dijo cuando contestaron —, ¿estás ocupada? Me gustaría platicar tantito.

—Claro, mi rey— contestó Elena.

9

Elena y Alejandro fueron a cenar a un Vips. Por alguna razón que él no podía terminar de entender, Elena *adoraba* la sopa Vips; le encantaba comerla de noche en particular.

Cuando se saludaron en la entrada, Elena miró suspicazmente a Alejandro, quien tenía el pelo algo revuelto, y la ropa algo arrugada; pero según él nada como para llamar la atención.

Elena lo siguió mirando unos segundos suspicazmente, hasta que de repente se le acercó *mucho*; su cara estaba a unos cuantos centímetros de su cuello. De manera ligeramente perturbadora, Elena lo olió.

—Acabas de coger— dijo sonriendo pícaramente.

Alejandro no pudo evitar sonrojarse. Elena estalló en una carcajada y le dio un beso en la mejilla.

—¿Por eso me llamaste? ¿No te están cogiendo rico?

—El problema es que me están cogiendo demasiado rico— contestó el, algo molesto.

La sonrisa se borró de inmediato de la cara de Elena.

—¿Cómo?

Habían ya entrado al restaurante y se habían sentado en una de las mesas. Pidieron de comer a una mesera y Alejandro le contó los hechos (sus dos exasperantes citas con Mayra, el sexo ligeramente sucio), sin decirle cómo se sentía respecto a ellos. En gran medida porque no lo sabía.

Cuando terminó, Elena lo miraba seria.

—¿Te gusta coger con esta niña?— le preguntó.

—Sí— contestó él de inmediato, porque eso sí lo tenía bien claro.

—Bueno. . .

—De hecho me gusta mucho.

—Ajá.

—De hecho es *perturbadoramente* satisfactorio; Mayra hace cosas (y me deja hacerle cosas) que creo sólo he visto en películas porno.

—Entiendo.

—Pero es que además parecería que tenemos una especie de conexión sexual; yo no tengo que decir nada porq. . .

—¡Que ya entendí, chingao!

El sonido de las conversaciones en mesas aledañas se paró de inmediato; todo mundo había volteado a mirar a Elena. Alejandro también la veía, sacadísimo de onda. Aunque sí la había oído gritar cuando tronó con su novio, y en varios de los mundialmente famosos estallidos histéricos que ella tenía, nunca le había gritado a él. De hecho en general siempre le hablaba como niño chiquito.

Elena se llevó las palmas de las manos a los ojos.

—Perdón— dijo, y suspiró como si estuviera contanto —. Bueno, ¿cuál es el problema entonces?

—Que no sé como me siento teniendo una relación puramente sexual con una muchacha que, siendo franco, creo que no me gusta. . .

—¿Físicamente?— lo interrumpió Elena.

—Eh. . . ¿perdón?

—Sí, ¿físicamente no te gusta?

—Claro que no, ¿crees que tendría sexo con alguien que no me gustara físicamente?

—Tuviste sexo conmigo. . .

—Yo. . . ¿qué? ¿De qué carajos hablas?; tú siempre me has gustado mucho.

Elena sonrió de una manera, que si Alejandro no la conociera, hubiera calificado de coqueta.

—Gracias.

—Como sea, Mayra es guapa. *Muy* guapa.

—Sí.

—Y se arregla muy bien. . .

—Ajá.

—. . . de hecho hoy traía puesta una tanga que. . .

—Rey— dijo Elena llevándose las manos a la cara —, no me interesa eso, ¿entiendes?

—¿Perdón? ¡Te estoy contando mis broncas!— exclamó Alejandro indignado; nunca antes Elena le había dicho que no quería oír algo.

—Sí, pues; pero para eso no tengo que oír de qué color son los calzones de la vieja que te está cogiendo.

La mesera llegó a la mesa justo cuando Elena hacía ese comentario, y les sirvió la comida mirándola feo. Elena se sonrojó.

—Estás rara hoy— dijo Alejandro tomando su tenedor y comenzando a comer.

A lo largo de la cena él trató de explicarle los sentimientos encontrados que tenía. Elena lo escuchó con atención, y contrario a como era ella normalmente se mantuvo callada casi todo el tiempo.

Pagaron la cuenta y salieron a la calle, que ya estaba notablemente vacía. El metro quedaba cerca, y se encaminaron hacia allá.

—¿Entonces tú que opinas?— preguntó Alejandro, que se había cansado de esperar a que ella solita le dijera qué debía hacer. Elena suspiró.

—Mira, lo que yo tengo ganas de decirte es que dejes de verla de inmediato, y te podría inventar media docena de razones de porqué eso es lo que te conviene. Pero la verdad es que creo que estás haciendo una tormenta en un vaso de agua; la chava te gusta físicamente, y físicamente te da placer. Y supongo que tú a ella también, porque te sigue llamando. Y porque ya he probado la mercancía— añadió sonriendo pícaramente.

Habían llegado al metro y entrado; Alejandro iba en una dirección, y Elena en otra, y se detuvieron donde debían separarse.

—Así que creo que deberías seguir cogiendo con ella— continuó Elena, suspirando como si lo dijera muy a su pesar —. Si ya se evitó lo único que te molestaba, que era tener que soportar sus estúpidas conversaciones, no veo por qué tengas que privarte (y a ella, de hecho) el placer de coger si a ambos les gusta. Y ciertamente es mucho mejor a que te la estés jalando en tu cuarto.

—¡Oye!

—Ay mi rey— le dijo Elena tocándole tiernamente la mejilla —. No trates de negarlo.

Alejandro sonrió, pero después frunció el ceño, y la miró suspicazmente.

—¿Qué quisiste decir con que tú querías decirme que ya no la viera?

Elena suspiró y se acercó aún más a Alejandro. Lo hubiera podido besar de lo cerca que estaba.

—Porque la verdad no me gusta la idea de que te esté cogiendo otra vieja.

Alejandro se quedó sin habla unos momentos, y después volvió a fruncir el ceño.

—Pero *nunca* me dijiste nada de Angélica.

—Ay mi rey; era obvio que esa nena no te iba a coger rico. Y de hecho me ves tan tranquila porque es obvio que la personalidad de esta muchacha te revienta los hígados. Si no me verías histérica de celos.

Alejandro la miró como idiota. Ella lo besó en los labios, de nuevo tan suavemente como si fuera su hermana.

—Que seas mi amigo y que yo tenga novio no quiere decir que no me pueda poner celosa— dijo dignamente, y comenzó a caminar hacia la dirección del metro que la llevaría a su casa —. Pero que conste que no me vi egoísta y no te dije que la dejaras de ver —añadió antes de desaparecer por la escalera.

Alejandro se quedó donde estaba unos segundos, como pendejo. Por fin dio media vuelta y se encaminó al andén del metro que le tocaba, pensando que su mejor amiga sin duda alguna estaba loca como pelona de hospicio.

Así que durante algunas semanas siguió viendo a Mayra; funcionaban de forma casi clínica: se veían exclusivamente para coger, intercambiando las menos palabras posibles. A veces ni hablaban; llegó a ocurrir que Alejandro recibía un mensaje por su celular (“¿puedes hoy a las cinco?”) y él sólo contestaba una sílaba (“sí”); cuando llegaba a casa de ella era *directo* a lo que trujía.

Probablemente hubieran podido seguir así varios meses, pero entonces a Érika se le ocurrió la idea de que ella, Mayra, Ernesto y Alejandro salieran en una cita doble. Primero se lo comentó a Ernesto (o más bien le *avisó* que así ocurriría) y luego a Mayra. A

Alejandro no le dijo nada, porque dio por hecho que Mayra se lo diría, cosa que en efecto ocurrió.

Así fue como pasó: un día Mayra le mandó un mensaje del celular preguntándole si sus papás estarían en la tarde; él le contestó que no, y ella a su vez le dijo que llegaría como a las cuatro. Llegó, cogieron un par de veces, y cerca de las seis Mayra y él estaban recostados en su cama. Alejandro estaba esperando unos minutos para que ella dijera que ya tenía que irse; él había entendido que lo que procedía entonces era decirle que la acompañaba a la parada del micro, y ya después podía seguir con su vida. Ya bien cogido.

Pero en lugar de decirle que ya tenía que irse, le acarició una tetilla y le dijo:

—Érika quiere que salgamos los cuatro el fin de semana. Lo está organizando con Ernesto y me dijo.

Alejandro hizo un sonido parecido a un gemido de dolor.

—¿No quieres ir?— preguntó Mayra, un ligero aire de sorpresa en su voz.

—Por supuesto que no quiero ir— contestó aún más sorprendido Alejandro —, ¿por qué querría ir?

—Bueno, Ernesto es tu mejor amigo, y Érika es su novia. Y voy a estar yo, obviamente.

Alejandro la miró como pendejo durante varios segundos.

—Ajá— dijo lentamente —. . . ¿y?

—Bueno— dijo Mayra, ahora sí con una nota más que perceptible de inseguridad en su voz —, como novios debemos hacer ese tipo de cosas de vez en cuando, ¿no? No podemos nada más hacer el amor.

El muchacho sintió una mezcla de incredulidad y risa; en primer lugar estaba *casi* seguro de que lo que ellos tenían no podía calificarse como “noviazgo”. . . y en segundo lugar estaba *segurísimo* que lo que ellos hacían no era “el amor”. Era un sexo sucio, vulgar e increíblemente satisfactorio; pero ciertamente no era “hacer el amor”.

En ese momento cayó en cuenta de que, si se ponía algo cursi, nunca había “hecho el amor” en su vida. Le hubiera gustado hacerlo con Elena, pero cuando ella detectaba que él quería algo más que sexo o amistad no lo dejaba acercarse ni a medio metro,

así que al final sólo podía calificar como “sexo” lo que había tenido con ella. Con Angélica, desde un punto de vista *técnico*, nunca se acostó. Hicieron un montón de cosas, pero aunque él creía que el cariño de la muchacha por él era sincero, lo cierto es que él nunca sintió lo mismo. Y bueno, con Mayra él estaba *seguro* de que, al menos de su parte, no había nada que se pareciera a “amor” en el asunto. De hecho, le comenzaba a caer mal cuando abría la boca para hablar.

Como en ese momento estaba pasando; el caer en cuenta de que nunca se había acostado con una chava que quisiera, aunado al hecho de que Mayra se *atrevera* a llamar su relación como “noviazgo”, y que además por alguna razón su voz de por sí siempre lo sacaba de quicio, hizo que contestara algo que *cualquiera* con dos dedos de frente no hubiera contestado. . . y además con un tono de voz que hizo que después se arrepintiera de haberlo usado.

—Nosotros no somos novios— dijo, con una voz que combinaba enojo, hartazgo y cierta burla —, y ciertamente no “hacemos el amor”. Nosotros cogemos.

Nada más las palabras terminaron de salir de su boca, Alejandro se arrepintió de haberlas dicho. No porque fuera mentira (era lo que pensaba); pero sí se dio cuenta (demasiado tarde) de que el tono era innecesario. Además notó que había lastimado *mucho* a Mayra, cuando vio que los ojos de la muchacha se comenzaban a llenar de lágrimas.

—¿Entonces para ti todo esto sólo ha sido por el sexo?— preguntó ella, con la voz rompiéndosele por las lágrimas.

Alejandro se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir. Estaba consciente de que se había manchado, pero él *creía* que era un acuerdo tácito entre ellos que nada más se veían por el sexo.

Mayra se levantó mientras trataba de contener, inútilmente, sus lágrimas, y comenzó a vestirse lo más rápido que pudo. Salió de su recámara, de su casa y de su vida llorando ya a lágrima viva.

Alejandro se quedó en la cama, como un completo imbécil, sin estar seguro de qué era lo que había ocurrido. ¿Cómo era posible que Mayra *creyera* que eran novios? Solamente cogían; incluso había sido ella la que había sugerido ir a un lugar para estar a

solas en la segunda cita (que *él* intentó fuera una cita de verdad), y después nunca le dijo nada de volver a salir para otra cosa que no fuera coger. Jamás le platicó sus problemas o le preguntó por los suyos. Él había llegado a sentirse *utilizado* sexualmente.

Como Mayra se *negó* rotundamente a volver a verlo o ni siquiera a contestarle el teléfono, fue Ernesto, quien se enteró a través de Érika, quien le contó cómo había sido que Mayra había entendido las cosas.

—Ella creía que no te gustaba hablar— le dijo Ernesto mientras estaban en su cuarto, fumando mota.

—¿Y por qué creía eso?

—Porque parecías enojarte cada vez que hablaban.

Alejandro asintió, concediendo eso. Sólo que no era que no le gustara *hablar*; es que no le gustaba hablar *con ella*.

—Pero ella se me lanzó, la primera y la segunda vez que nos vimos.

—Creyó que se te dificultaba expresar tus sentimientos. Consecuencia, o motivo, dentro de su cabeza, de que no te gustaba hablar.

—¿Y ella por qué no hablaba?

—Porque entonces parecías enojarte más.

Alejandro volvió a asentir, concediendo también eso. Ciertamente no soportaba su voz en general.

—¿Pero cómo pudo creer que éramos novios?

—Pues como no podías expresarte— continuó Ernesto, que todo el tiempo había tenido una sonrisa de oreja a oreja porque se le hacía *hilarante* el asunto —, ella pensó que acceder a coger fue tu gutural manera de estar de acuerdo que sí querías andar con ella. Por alguna razón le gustas mucho.

—Déjame adivinar, y todo el sexo que tuvimos era la única manera en que yo podía expresar que la quería.

—Exacto.

Alejandro le dio un toque al churro de mota. Sentía que la ocasión lo ameritaba.

—Entonces todo este tiempo ella no creyó, como yo, que nos juntábamos nada más para coger; creyó que éramos novios, y que yo tenía un problema de comunicación y por lo tanto mis sentimientos sólo los expresaba cogiendo como conejo con ella.

—Algo así. Érika está *muy* ofendida por cómo te portaste.

—Sí me manché en cómo dije las cosas; pero que no mame, yo no tenía *forma* de entender que Mayra pensaba como pensaba.

—Consecuencia de que no te gusta hablar. Ábrete, carnal, no te cierres en un caparazón. Deja que el amor entre a tu vida.

Los dos muchachos se rieron, tosiendo.

—Oye— dijo Alejandro —, ¿y tú no sabías cómo pensaba Mayra?

—No; por lo que tú me platicabas yo entendía lo mismo que tú, que sólo quería utilizarte como objeto sexual.

—¿Y Érika?

—Érika, por lo que Mayra le platicaba, entendía que tú y ella eran una feliz pareja, si bien contigo teniendo algunos problemas para expresar tus sentimientos.

—¿Y nunca compararon notas, carajo?

—Cabrón; no te ofendas, pero el universo no gira en torno a ti. Tengo mejores cosas de qué platicar con mi novia que de tu vida sentimental.

—¿Y cuando sugirió que saliéramos los cuatro juntos?

—Se me hizo algo raro, pero no *terriblemente* raro. Digo, si te cogías a Mayra podías ir a comer con ella a un restaurante, ¿no?

Alejandro le envió a Mayra un *largo* mensaje por celular diciéndole que sentía cómo se había portado, pero que sencillamente él había creído otra cosa, y trató de seguir con su vida. Su lado racional le decía que él no tenía ningún motivo por el cual sentirse mal; cualquiera hubiera podido entender las cosas como él las había entendido. Pero eso no evitó que se sintiera de la chingada un tiempo. Se sentía culpable de haber lastimado a una muchacha que, si bien nunca le cayó muy bien, sí le había puesto unas cogidas monumentales.

Cuando se lo comentó a Elena, su amiga se desternillaba de la risa.

—¿Entonces la vieja pendeja creía que te la cogías en cuanta posición podías porque era tu única manera de mostrar tu profundo amor?— preguntó, botada de la risa.

—Sí.

Elena soltó una alegre carcajada que hizo que el resto de la

gente en el Centro de Coyoacán voltearan a verla. Estaban caminando cerca de la iglesia, comiendo un helado.

—¿Entonces ahora te quedaste sin nalguita?— preguntó Elena, los ojos brillando de alegría. Parecía disfrutar mucho de oír las pendejadas que le ocurrían.

—Así es— contestó Alejandro, sonriendo contra su voluntad. No le gustaba cómo Elena se burlaba de una situación que, si bien no era una tragedia griega, tampoco era para estarse botando de la risa; pero el buen humor de ella era tan desbordado que se lo estaba contagiando quisiera o no.

Elena se detuvo enfrente de él, con las manos sosteniendo el helado a sus espaldas, y poniéndose de puntitas le dio un beso en la punta de la nariz.

—Es lo mejor mi rey— le dijo más seria, pero todavía sonriendo y con los ojos brillantes —. No eres de los que nacieron para sólo tener sexo con una muchacha.

Elena se dio media vuelta y siguió caminando, comiendo tranquilamente su helado. Alejandro, todavía sin moverse, frunció el ceño.

—¡Oye!— le gritó a Elena, que ya se había alejado unos tres metros —; no parecías tener esa opinión cuando la muchacha *eras tú*.

Elena lo volteó a ver y le guiñó el ojo, de una forma que él hubiera considerado coqueta si no fuera porque la conocía.

—Eso era distinto— dijo ella —. Yo soy *maravillosa*.

—Y medio demente— añadió Alejandro alcanzándola.

—Sí, sin duda. Pero eso no me quita lo *maravillosa*.

10

Alejandro trató de no pensar mucho en Mayra, pero se le dificultaba por varias razones. En primer lugar seguía sintiéndose mal, pero no se le ocurría *nada* que pudiera hacer para redimirse con la muchacha. . . excepto tal vez andar con ella, y eso *sin duda* estaba descartado.

La segunda es que el recuerdo de sus encuentros sexuales lo asaltaban cuando las hormonas se le aceleraban. . . que solía ser en la mañana, al medio día, y en la tarde. Y todas las horas intermedias que pasaba despierto. Y a veces hasta dormido.

De hecho muchas veces estuvo a punto de llamarla, según él para disculparse; pero en el fondo sabía que sólo quería volver a coger con ella. Y entonces no la llamaba. Y se sentía mal también de pensar así; pero luego razonaba que no tenía nada de malo, y luego él mismo se decía que era ver a una muchacha únicamente como un objeto, y luego se decía que no mamara, que estaba exagerando. Y al final le dolía la cabeza, se masturbaba pensando en ella, y conseguía al menos dormir.

Así fue su vida respecto a Mayra hasta unos cuantos días antes del balonazo a su nariz y que Ana lo invitara al concierto; dos fines de semana antes de eso, Alejandro estaba baboseando en Perisur cuando se encontró a Mayra, de forma completamente inesperada.

La saludó y para su sorpresa ella ya no parecía enojada, así que le invitó un café en el Sanborn's y platicaron largo y tendido. Él descubrió que *seguía* en general cayéndole mal, pero se sentía bien el poder disculparse y explicar cómo era que él había entendido las cosas. Ella pareció tomar su explicación bien, y ya cuando habían pagado y se iban a despedir, Alejandro dijo la pendejada:

—Me alegra poder haberme disculpado. Estaría chido que nos viéramos otro día.

Nada más decirlo, *de nuevo* se arrepintió de haberlo hecho. Mayra le sonrió, con un brillo medio extraño en los ojos.

—Me *encantaría* volver a verte— le dijo.

Y después lo besó en la mejilla y le dijo adiós. Él se quedó, una vez más, como un imbécil parado donde estaba. Inmediatamente le llamó a Ernesto para decirle la pendejada que había cometido.

—No te preocupes— le dijo Ernesto —; nada más no la llares. Yo creo que entenderá la indirecta.

Para el día del balonazo y el concierto Alejandro incluso había olvidado el asunto. . . hasta que vio a Érika bajarse del micro con Mayra detrás de ella.

—Güey— le dijo Alejandro A Ernesto, mientras las reinas se acercaban —, ¿qué hago?

—¿Huir?

—No mames.

—¿Por qué no le dices la verdad?

—Güey, ya hice llorar una vez a esta niña, y te lo *juro* que lo que menos quiero es volverlo a hacer.

—Contrario a lo que pudieras pensar— dijo Ernesto riendo —, a lo mejor es capaz de sobrevivir al tremendo choque.

—Tas bien pendejo.

No hubo tiempo de más conversación, porque Érika se acercó decidida a la puerta del copiloto, la abrió, y le dijo a Ernesto:

—Vente acá atrás conmigo, mi vida.

Fue tan rápido que Ernesto reaccionó por instinto y obedeció a su novia, mientras Alejandro lo miraba escandalizado. Pero se dio cuenta de que, realmente, no había nada que pudiera decir: lo más normal es que los novios se fueran en el asiento trasero si había un cuarto pasajero.

Mayra entró rápidamente al carro y le sonrió a Alejandro.

—Hola— le dijo.

—Hola— contestó Alejandro, y la besó en la mejilla cuando ella se inclinó.

—Hola Alex— dijo Érika.

—Hola— volvió a decir Alejandro.

—Hola Ernesto— dijo Mayra.

—Hola— contestó Ernesto.

Se quedaron callados unos cuantos segundos.

—Antes de irnos déjame comprar un chesco— dijo Ernesto de repente, y luego se dirigió a su novia —, ¿me acompañas?

—Claro— dijo Érika, y ambos bajaron del carro.

Alejandro vio incrédulo como su mejor amigo lo dejaba en el carro con Mayra. Ernesto tomó de la mano a Érika y caminó a un puesto de la calle.

—¿Por qué trajiste a Mayra?

—Me había contado que se encontró hace unos días a Alex, y que se tomaron un café, y que le había dicho que quería verla de nuevo.

Ernesto suspiró, pensando en la estupidez de su amigo.

—Estaba siendo educado— dijo —; Alejandro va al concierto porque lo invitó una chava que le gusta. En parte por eso te invité; probablemente nos abandone si se le hace con ella.

—No manches, ¿y qué va a pasar con Mayra?

—Pues no sé; justo por eso te saqué del carro, para poder explicarte todo.

—Yo pensé que querías dejarlos solos un momento.

—¡Verga!— exclamó Ernesto volteando a mirar el carro. Y como lo temía, Mayra ya estaba acariciando el pelo de Alejandro.

—¿Cómo has estado?— le preguntó Mayra a Alejandro mientras le acariciaba el pelo. Alejandro se estaba comenzando a sentir incómodo, pero no sabía cómo apartarse sin parecer grosero.

—Bien— contestó, y decidió que lo mejor era ser directo. Tomó la mano que le estaba acariciando el pelo y la puso entre las suyas —. Mayra; en vista de lo que pasó entre nosotros, quiero ser completamente honesto contigo. Al concierto me invitó una chava, que me gusta.

—Ah— dijo Mayra, y luego sonrió —. Qué mala suerte; yo sólo quería sugerirte que cogiéramos.

Alejandro se quedó sin habla unos segundos. Pinches viejas; *todas* estaban dementes.

—Ya me sacó Érika de mi casa— dijo Mayra, poniéndose algo seria —, y la verdad me da hueva regresarme. Si no te importa, déjame acompañarlos al concierto; te aseguro que cuando aparezca tu amiga me desapareceré.

—¿Segura? ¿No tienes problema con eso?

—Ya encontraré con quién coger por ahí— dijo tranquilamente Mayra, mirando por la ventana del carro.

Se veía particularmente sexy esa noche, y las hormonas de Alejandro lo hicieron dudar medio segundo. Tal vez un segundo completo.

—Gracias— dijo por fin, controlándolas —. Perdón; yo no tenía idea de que Érika te invitaría.

—No te preocupes. Me gusta que al menos seas honesto.

Ernesto y Érika volvieron a entrar, con refrescos para todos. Antes de que pudieran decir nada, Alejandro dijo:

—Bueno, ya que estamos todos listos; vámonos.

Arrancó y el carro y se encaminaron. Ernesto y Érika iban detrás sin saber exactamente qué decir, o hacer.

—Eh— balbuceó Ernesto —. . . ¿todo bien, ka?

—Todo perfecto.

Pasaron unos segundos en silencio. Alejandro podía ver por el espejo retrovisor que Érika estaba preocupada, pero como seguía *ligeramente* molesto de que lo hubiera emboscado invitando a Mayra no le dijo que todo estaba bien.

Dejaron el carro en el Estadio Olímpico Universitario y caminaron hacia las islas; la gente comenzaba a llegar, pero realmente no había muchas personas todavía. En el camino Alejandro y Ernesto se separaron unos pasos de Érika y Mayra, y el primero actualizó al segundo en cómo estaba la onda. No las podía oír, pero estaba seguro de que Mayra también le estaba explicando a Érika.

Varios grupos de chavos de distintas edades se encaminaban a las islas; cuando Alejandro, Ernesto, Érika y Mayra tuvieron a la extensión de pasto a la vista, pudieron observar que el escenario ya estaba puesto y que algunos técnicos andaban probando el sonido.

Las islas estaban con más gente de la común a esa hora, pero no llenas. Algunos grupos tomaban chelas o fumaban mota, e incluso un partido de fútbol se desarrollaba en la enorme extensión de pasto con islas de árboles alrededor.

Los muchachos se detuvieron no muy lejos del escenario, ligeramente indecisos de qué hacer a continuación. Alejandro quería buscar a Ana, pero tampoco quería verse tan desinteresado en sus

cuates, además de que quería asegurarse (o al menos eso se decía) de que Mayra estaría bien. La muchacha entonces le hizo un favor cuando les dijo a todos:

—Oigan, si no les importa me voy a dar un rolín a ver a quién me encuentro.

Y sin más se dio la media vuelta y se fue. Alejandro sintió una confusa mezcla de pena y alivio. Érika lo miraba con el ceño *ligemente* fruncido.

—Oye— le dijo Alejandro —, no fue mi culpa.

—Ajá— contestó Érika —. Pinche Alex; te manchaste con mi mejor amiga.

—Sí, pero me disculpé; y no fue idea mía invitarla hoy.

—Hombres— dijo Érika girando los ojos, como si eso diera por terminada la discusión. Sin derecho a réplica.

—Bueno— dijo Alejandro, sin ganas de discutir —; voy a buscar a Ana.

—Suerte— dijo Ernesto.

Alejandro se internó en la masa de gente, que de pronto había aumentado considerablemente. Podía llamarle a Ana, pero sentía que sería una buena señal que pudiera encontrarla sin necesidad de hacerlo.

Estaba recorriendo las islas, pasando entre los grupos de chavos que se iban congregando en el lugar, cuando alguien le tocó el hombro. Alejandro se dio la media vuelta.

—Hola mi rey— dijo, con una alegre sonrisa, Elena.

11

Alejandro se quedó un par de segundos como estúpido, hasta que pudo recuperar el habla y dijo:

—¿Qué haces aquí?

Elena frunció un poco el seño.

—Me *gustan* los toquines— dijo, y sonriendo de nuevo, pero ahora pícaramente, agregó —; nos conocimos en uno... ¿o ya se te olvidó?

Alejandro miró a su alrededor por si veía a Ana.

—No— dijo al no verla cerca de ahí —; sólo me sorprendió verte.

—¿Y tú? ¿Por qué no me llamaste para decirme que vendrías? ¿Vienes solo?

—Vine con Ernesto y Érika... y Mayra...

—¿Te cae?

—La invitó Érika, pero como me invitó a mí una chava agarró la onda y se fue por su lado cuando llegamos.

—¿Perdón?

—Sí, agarró y se fue...

—No, menso; ¿te invitó una chava?— Érika volvió a sonreír pícaramente —, ¿una galana?

—Pues es la idea— contestó Alejandro, que siempre sentía que Elena se burlaba descaradamente de su vida emocional.

—Ooooooh— dijo la muchacha —; ¿y quién es la Loba?

—No te he hablado de ella; la conocí hoy.

—¿Hoy?

—Sí; hoy. En la tarde.

—¿Cómo la conociste?

—Jugando básquet; me dio un balonazo en la nariz y me dijo que me invitaba una chela aquí en el concierto para disculparse.

—¿Te dio un balonazo en la nariz?

En ese momento Alejandro vio a Ana unos cuantos metros más adelante. Parecía estar buscando a alguien, y notó con gusto que la muchacha se había arreglado bastante... eso o era que él de por sí la veía bonita.

—¡Ana!— gritó agitando la mano.

La muchacha dio media vuelta, y a Alejandro le dio el corazón un vuelco cuando la muchacha sonrió alegre de verlo. Se acercaron el uno al otro y se saludaron con un beso en la mejilla.

—Hola— dijo ella, sonriendo, al parecer sinceramente alegre de verlo —te estaba buscando antes de llamarte por celular.

—Yo también— dijo Alejandro.

Y se quedaron callados un par de segundos antes de echarse a reír, como dos idiotas, sin ningún motivo. En ese momento Alejandro notó que Elena se había acercado calladamente, y que (de forma *ligeramente* descarada) estudiaba a Ana.

—Ella es Elena— dijo Alejandro, presentándolas —, una amiga que me acabo de encontrar aquí. Elena, ella es Ana.

Las muchachas se saludaron con un beso en la mejilla y un “hola”.

—¿También te gustan estos conciertos?— le preguntó Ana a Elena.

—Sí— contestó ella, y miró pícaramente a Alejandro —; generalmente me pasan cosas chidas en ellos. Me comentaba Alejandro que te conocí porque le azotaste un balón de básquet.

—Sí— dijo Ana poniendo cara apenada y tomando a Alejandro por el brazo —, perdónanme de nuevo.

—No te preocupes— dijo Alejandro sonriendo, sintiendo muy chido que Ana le tocara el brazo y (más importante aún) que no lo soltara de inmediato. Elena no apartó sus ojos de la mano de Ana hasta que lo hizo.

—Bueno— dijo Elena —; me voy a buscar a mi novio.

Alejandro y Ana se despidieron de ella con rápidos besos en la mejilla, y se alejaron platicando. Él no se dio cuenta, pero Elena se les quedó mirando hasta que desaparecieron entre la multitud, que seguía creciendo.

—¿Quieres que te invite tu chela ahorita?— dijo Ana sonriendo.

—Mejor al ratito, ¿no? Ahorita yo digo que nos sentemos en alguna isla, en lo que empieza el concierto.

—Va.

Comenzaron a caminar hacia una de las islas, sin decirse nada. Lo que le dio mucho gusto a Alejandro era que no se sentía incómodo en absoluto estando en silencio con ella; y ella tampoco parecía molestarle.

—¿Estudias también en el CCH?— preguntó Alejandro.

—Sí; estoy en quinto semestre.

—¿De verdad?— preguntó Alejandro sorprendido —; qué loco, yo también, y nunca te había visto.

—¿No me habías visto?

—Me acordaría de haberte visto; eres muy bonita.

El piropo se le salió sin que se diera cuenta; pero cuando vio que ella se sonrojaba un poco y sonreía se alegró de haberlo dicho.

—Gracias. Yo sí te había visto.

—¿En serio? ¿Dónde?

—En las canchas. Jugando básquet generalmente, aunque de vez en cuando con la bola de tu amigo.

—¿Cómo es posible que no te viera entonces?

—No lo sé; a lo mejor estabas concentrado jugando. Yo creo que sí, porque generalmente juegas muy bien; no sé qué te pasó hoy— Ana sonrió al decir esto, y lo miró a los ojos. Alejandro no podía creer que Ernesto no viera lo bonita que era; se le cortaba un poco la respiración cuando le sonreía.

—Estaba distraído— dijo sonriendo también.

—¿Con qué?

—Contigo; ¿no te digo que estás muy bonita?

Habían llegado a una isla sin mucha gente, y se sentaron sobre el pasto ligeramente frío. Ella se sentó mucho más cerca de él de lo que esperaba, pero no le molestó en absoluto. Se estaba sintiendo muy cómodo con ella, hasta que dijo:

—¿Y ya decidiste qué carrera vas a elegir?

La sonrisa de Alejandro se desvaneció lentamente. No era justamente de lo que tenía pensado hablar con Ana esa noche.

—No, aún no— le dijo, y de repente, sin poder contenerse comenzó a hablar —. Y mis papás y amigos están jode y jode con

que elija, y yo la verdad no tengo ni la más remota idea de lo que quiero estudiar en la licenciatura. Y ya sólo faltan unos días y me da un *pánico* enorme elegir ahí, en la cola, y luego descubrir que cometí un error garrafal, y entonces. . .

Se quedó de repente callado, porque comenzaba a sentir ese pánico del que había empezado a hablar. Ana lo había escuchado abrazando sus propias rodillas, y cuando se quedó callado le puso una mano sobre la pierna, en un gesto simple pero sorprendentemente tierno.

—Tal vez sólo te cuesta porque tienes mucho de dónde elegir.

—¿Perdón?— preguntó Alejandro, que experimentaba una combinación extraña de sentimientos; su pánico con lo referente a la elección de carrera, vergüenza de haberse desahogado tan de golpe con Ana, alegría y asombro de que ella le hubiera puesto la mano en la pierna. . .

—Sí— continuó Ana, sin quitar su mano —; por lo que he oído eres muy listo en todas las materias que tomas, entonces supongo que te cuesta elegir carrera porque es posible que puedas ser bueno y te gusten varias de las alternativas, y. . .

—¿“Por lo que he oído”?— la interrumpió, incrédulo, Alejandro. Ana se ruborizó de nuevo, lo cual la hacía verse, por difícil que pareciera, todavía más bonita.

—Gerardo— dijo ella —, uno de los chavos con los que estamos jugando hoy, es cuate mío y toma varias materias contigo. Me comentó que siempre participas, y que entiendes todo, y que sacas diez siempre.

—No saco diez siempre— dijo Alejandro, sintiéndose extrañamente avergonzado. . . y *técnicamente* era verdad; tuvo un nueve en su primer semestre porque un profesor no lo aguantaba.

—Bueno— continuó ella —, pero el punto es que eres bueno en casi cualquier cosa que te propongas. Si yo fuera así supongo que también me costaría elegir, teniendo tantas opciones. Quiero decir; muchos chavos saben que más les vale no pedir ciertas carreras porque su promedio, o que se han retrasado, hace casi imposible que los acepten. O los mandan a Acatlán o cosas por el estilo. Así es más sencillo poder elegir. Pero tú en cambio es *casi* seguro que te aceptarán en cualquier carrera que elijas; y como al parecer no te cuesta ningún área entonces tienes un abanico de

posibilidades demasiado amplio. A mí también me costaría elegir en esas circunstancias.

Alejandro la miró; nadie le había hablado así de la elección de carreras, en general todo mundo sólo lo había estado chingue y chingue al respecto. Excepto Elena; pero ella porque parecía que no le interesaba hablar de eso. Al menos no había hablado con él de ello.

—¿Tú qué vas a elegir?— preguntó Alejandro.

—Medicina.

—¿De verdad?

—Sí.

—Órale.

—¿Qué?

—Nada. . . es que he oído que es *muy* difícil. No sólo las materias, sino la vida como estudiante de medicina. Que no duermes, y que es de que al primer error te corren, y que luego si de verdad quieres hacer algo interesante son varios años de carrera y luego otros tantos de especialización.

—Sí, más o menos así es.

—¿Cuándo te decidiste?

—Cuando tenía seis años.

Alejandro la miró asombrado.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y cómo fue que a los seis años decidiste estudiar medicina?

Ana se quedó callada un momento, como pensando si decirle o no, así que Alejandro añadió:

—Si no es problema que pregunte, claro.

—Mi papá me estaba llevando a la primaria un día cuando chocamos contra un camión que llevaba varillas. Fue culpa de mi papá, que venía jugando conmigo, y una de las varillas rompió el parabrisas y lo atravesó por el pecho completamente. Yo sólo me lastimé el pecho al llevar el cinturón de seguridad, y eso me sacó todo el aire e hizo que me medio desmayara. Cuando abrí los ojos mi papá había perdido la consciencia, y la varilla que atravesaba su cuerpo salía de la parte de atrás del asiento, chorreando sangre. Yo estaba segura que estaba muerto, y traté de quitarme el

cinturón para acercarme a él y tratar de hacer algo, pero por la histeria no pude.

Alejandro estaba callado, sin tener ni *puta* idea de qué decir o hacer. Así que sólo continuó oyendo a Ana:

—En ese momento llegaron los paramédicos, y te lo juro que fue como en las películas; me sacaron del carro rompiendo el cinturón, y luego llevaron unas pinzas especiales con las que cortaron la varilla mientras otra mujer chiquita chiquita pero increíblemente hábil atendía a mi papá en el asiento. Luego lo movieron del carro a una camilla, donde lo pusieron de lado porque no querían sacar la varilla, y lo metieron a una ambulancia. Ahí me pusieron también, y nos llevaron al López Mateos en Avenida Universidad. La mujer súper hábil me abrazó todo el camino y en el hospital me acompañó mientras revisaban que estaba bien, y se quedó conmigo hasta que llegó mi mamá medio histérica al hospital. Yo estaba al lado de mi mamá cuando llegó un doctor a decirle que la varilla había pasado cerquísima del corazón de mi papá, y que lo estaban operando pero que la cosa no se veía bien. Yo le pregunté que qué le pasaba a mi papá, moqueando como la niña que era, y el doctor, que era joven y muy guapo, y nos miraba a mi mamá y a mí con decisión, pero también con compasión y ternura, se puso de cuclillas y me explicó exactamente, pero con la sencillez necesaria para que le entendiera, cuál era el problema y cómo pensaban arreglarlo. Fue un desmadre *larguísimo*; operaron a mi papá como tres veces, y hubo varias semanas en las que fue de que no sabíamos si iba a vivir o no.

Entonces la expresión de Ana se iluminó.

—Pero mi papá era (todavía es, para su edad) muy fuerte, y los médicos que lo atendieron muy buenos, y se recuperó completamente. Y ahí fue cuando supe que tenía que ser cirujana. Del corazón, si puedo.

Alejandro la miró, con la boca semi abierta del asombro. Asombro de la historia que acababa de oír, y de que se la hubiera contado con menos de un día de conocerlo.

—¿Sabes?— le dijo Ana, ruborizándose de nuevo un poco y mirándolo—. Jamás le había contado esto a nadie tan pronto. En general lo platico tras mucho tiempo de conocer a alguien. Cuando lo platico.

—¿Por qué me lo contaste a mí?

—No sé. Siento que puedo confiar en ti.

12

Ernesto y Érika estaban recostados en el pasto, platicando y besándose de vez en cuando.

—¿Te quedas hoy en mi casa?— le preguntó él.

—¿Me vas a meter de nuevo de contrabando?

—Lo dices como si te metiera dentro de una caja de huevos Bachoco.

—¿Por qué no te quedas mejor en la mía?

Ernesto la miró suspicazmente.

—¿Es una pregunta capciosa?

Érika se rio alegremente.

—No, tontito; mis papás van a ir a Oaxtepec mañana temprano, y si tocan a la puerta de mi cuarto en la mañana siempre te puedes meter debajo de la cama. Ándale; sería divertido. Hacemos de desayunar, y comemos en la cama, y cogemos como conejos.

—La última parte me gusta— contestó Ernesto besándola.

En ese momento alguien en el escenario tomó el micrófono y comenzó a arengar a la multitud, preparándola para el concierto. Resultó que Ernesto y su novia estaban *demasiado* cerca de una de las bocinas, así que se levantaron y se encaminaron al fondo de las islas, buscando más privacidad y menos ruido.

A lo largo del camino adivinaron por ciertos vistazos y ciertos sonidos el ambiente normal de las islas un viernes por la noche; parejitas aprovechando las sombras para estarse tocando sus partes. Érika y Ernesto no los molestaron; tenían pensado hacer *exactamente* lo mismo, nada más encontraran un lugar que estuviera (dentro de lo razonable) desocupado.

De repente Ernesto tomó a Érika por la cintura y poniéndola contra un árbol la comenzó a besar. Hasta que ella se separó de pronto y le puso la mano en la boca:

—¿Oyes eso?— preguntó con un susurro.

—¿Qué?— contestó susurrando a su vez Ernesto.

—Alguien está gimoteando.

—Érika— dijo Ernesto riendo, pero aún susurrando —; la idea de venir aquí es que te hagan gimotear.

—No, menso; alguien está llorando.

Ernesto aguzó el oído, y ciertamente oyó que alguien estaba llorando, no muy lejos de ahí. Poniéndose entre el origen del sonido y Érika, para protegerla si era necesario, Ernesto preguntó alzando la voz:

—¿Quién está ahí? ¿Están bien?

—Estoy bien, sólo déjame en paz— contestó una voz femenina ahogada en lágrimas.

—¿Elena?

—¿Ernesto?

Ernesto sacó su celular y se iluminó a sí mismo.

—¿Dónde estás, qué tienes?

—Estoy bien viejo; sólo vete y déjame.

—¿Elena?— llamó Érika, que se interesó de inmediato en el chisme, además de que sí le preocupó cómo se oía Elena —, ¿qué tienes? ¿Alguien te hizo algo?

—Estoy *bien*— contestó la muchacha, que seguía escondida en las sombras de los árboles y la noche —. De verdad, no se preocupen.

—¿Por qué estás llorando?— preguntó Ernesto, comenzando a desesperarse de que no la veía; barrió el espacio a su alrededor con la luz de su celular, esperando encontrarla. Pero el celular iluminaba muy poco, y no la veía.

—No estoy llorando— dijo Elena, y aspiró los mocos ruidosamente.

—Elena, no mames— dijo Érika —, si te oímos desde allá; ¿qué tienes? ¿Te peleaste con tu novio?

En ese momento Elena empezó a llorar de nuevo y Ernesto, guiado por el escándalo, la encontró sentada junto a un árbol,

llorando a moco tendido. Érika de inmediato se solidarizó y se acucilló junto a ella.

—¿Qué tienes, qué te pasa?

Dando un alarido de dolor Elena la abrazó y se soltó a llorar como si el mundo se acabara. Ernesto las veía sin saber qué hacer, y ligeramente preocupado de que su noche de sexo podía irse rápidamente al carajo si tenían que cuidar de Elena. Pero primero pensó en el aspecto práctico.

—¿Alguien te hizo algo? ¿Quieres que vaya por una patrullita de Auxilio UNAM?

Elena, que al parecer no podía hablar, sólo negó con la cabeza.

—¿Segura? Elena, si alguien te hizo algo hay que avisarle a la gente de seguridad; ¿qué tal si le hace algo a alguien más? O que tal que...

—¡Fue el pendejo de tu amigo!— estalló Elena.

Ernesto y Érika se miraron; el primero sacado de onda, la segunda impresionadísima.

—¿Alejandro te molestó?— preguntó, *incrédulo*, Ernesto.

—Cómo crees, mi vida— le dijo su novia —; lo que pasa es que esta pendeja por fin se dio cuenta de que está enamorada de Alejandro, y le ha de haber oído decir que iba a ver a una nena aquí.

—Fue peor— dijo Elena, aún moqueando —; la conocí.

—¿Está guapa?— preguntó, chismosa, Érika.

—¡Es *imposiblemente* bonita! ¡Y simpática!

—Ay, pobrecita— dijo sinceramente conmovida Érika abrazando a Elena.

—¡Soy una pendeja!

—Ya, ya.

Ernesto se quedó donde estaba, todavía más sacado de onda.

—¿Pero qué le ve todo mundo a esa vieja?— preguntó, extrañado.

—¡Cállate!— gritaron las dos chavas al unísono.

Ernesto frunció el ceño.

—Elena— dijo —, ¿qué hay de tu novio?

—Tronamos hace unos días— dijo Elena limpiándose los ojos con las mangas de su suéter.

—¿Cómo es que Alejandro no sabía? Lo oí mencionarlo ayer.

—No quería decirle porque pensé que volvería a tratar de andar conmigo.

Y al darse cuenta de lo que acababa de decir Elena volvió a estallar en lágrimas.

—Vente— le dijo Érika jalándola del brazo —vamos a llevarte a tu casa.

—¡No! ¡Necesito alcohol! ¡O mota! ¡O alcohol *y* mota!

Ernesto comenzó a sonreír.

—Eso sí sé cómo resolverlo— dijo.

Érika lo miró enojada, y se volvió de nuevo a Érika.

—¿Estás segura?

—Viejo, imagínate que el chavo que has querido durante años anda tras tus huesos casi todo ese tiempo y tú lo rechazas porque crees que puedes perderlo, y cuando por fin te das cuenta de que estás con el güey equivocado y terminas con él sin comprender de que con quien realmente quieres estar es el primero, y no te enteras hasta que conoce a una chava más guapa, más simpática, y menos lorenza que tú. ¿No querrías ponerte bien peda?

—Alcohol y mota es entonces— dijo, decidida, Érika.

13

Alejandro y Ana platicaron durante un rato de cosas más ligeras que la elección de carrera o accidentes casi mortales, y cuando comenzó el escándalo del concierto se levantaron y se fueron alejando poco a poco del mismo, para poder seguir oyéndose.

Él notó lo fácil que era platicar con ella, que tenía un *excelente* sentido del humor, y que además lo hacía reír de manera natural. Platicaron durante un par de horas, sin ni siquiera fijarse por dónde caminaban. Alejandro tenía muchas ganas de besarla, pero no estaba seguro de si sería demasiado pronto, y no quería arriesgarse a hacer algo que a ella no le gustara.

Habían terminado de dar un largo recorrido por las zonas alejadas a las islas, y ya estaban de nuevo cerca del Estadio Olímpico Universitario. De repente Ana miró el reloj en su celular.

—Ya son casi las once— dijo —. Creo que nos perdimos de lo mejor del concierto.

—Yo me la pasé mejor platicando contigo— dijo Alejandro; y lo decía en serio.

—Yo también— dijo Ana sonriéndole.

Estaban cerca de Insurgentes, cerca el uno del otro, y Alejandro decidió que si no se arriesgaba a besarla, se iba a arrepentir el resto de su vida. Estaba a punto de inclinarse sobre ella, cuando sonó el celular de Ana.

—Perdón— le dijo a Alejandro y después contestó —. ¿Bueno?... Ajá... En CU... Ajá... ¿Dónde?... Sí, ya sé dónde... Ajá... Deja veo, te mando un mensajito... O mejor te caigo, si puedo... Ajá... Bye.

Alejandro la miró expectante; no le gustaba cómo se había oído

esa conversación.

—Oye— le dijo Ana —, ya es medio tarde para que te pague aquí tu chela.

—Ajá.

—Me acaba de hablar una amiga, que hay una fiesta en casa de uno de sus cuates. ¿Quieres acompañarme? Te puedo pagar tu chela ahí.

Alejandro sonrió; preferiría haber estado solo con ella, pero era mejor a que lo dejara para ir sin él.

—Claro; mi carro está aquí en el estadio, podemos ir en él.

—Va.

Se encaminaron al estadio, y cuando bajaban las escaleras del paso peatonal de Insurgentes, Ana lo tomó de la mano. Alejandro siguió caminando como si nada, pero su corazón le latía *rapidísimo* y su cerebro trabajó furiosamente tratando de decidir qué hacía. . . hasta que lo detuvo y se dijo a sí mismo: “deja de pensar”.

Dejando de pensar bajó un escalón más rápido que Ana y, sin soltarle la mano, se puso frente a ella. Con la ayuda del escalón era más alta que él, así que se puso de puntas y, poniendo su mano libre sobre su cintura, la besó de la forma más tranquila y natural que pudo. Fue un beso rápido en los labios, que terminó saliendo casi como si estuviera jugando. Muerto de miedo, pero sin querer mostrarlo, la miró sonriendo.

Ella le puso la mano en el cuello, y jalándolo hacia su persona, lo besó con un beso más largo. Y más húmedo.

Ana lo miró con los ojos brillantes.

—Me estaba preguntando por qué no me besabas antes.

—Soy gay— dijo Alejandro.

Los dos muchachos se rieron y volvieron a besarse, acobijados por las sombras del cubo de la escalera peatonal. Después se separaron y siguieron caminando hacia el carro de Alejandro, que abrazó a Ana por los hombros y ella le pasó un brazo por la cintura.

Él estaba extático; un torrente de emociones lo inundaba. No recordaba haberse sentido tan feliz nunca. . . hasta que se acordó de una noche muy similar, casi dos años antes, donde se la pasó platicando durante horas con otra muchacha en un concierto. . .

De forma decidida bloqueó todo pensamiento relacionado con Elena; no quería que cosas del pasado le arruinaran ese momento. Pero no pudo evitar que una duda se formara en su mente, y le dijo a Ana:

—Oye. . .

—¿Dime?

—No quiero sonar ridículo, ni nada por el estilo, pero. . . ¿significa todo esto que eres mi novia?

—¿Qué?— preguntó, incrédula, Ana.

—Sí— dijo Alejandro, notando que no podía evitar ruborizarse —, sólo quiero saber si estás aceptando implícitamente que eres mi novia. Oficial.

Soltándolo y deteniéndose Ana comenzó a reír.

—¿Hablas en serio?— preguntó ella.

—Sí— dijo Alejandro, que se daba cuenta de que se había puesto rojo hasta las raíces de sus cabellos.

—¿Me estás preguntando si quiero ser tu novia?— volvió a preguntar, botada de la risa, Ana.

—Sí— contestó Alejandro, que quería que le contestara. Quería que quedara claro, explícito y tan oficial como pudieran hacerse esas cosas.

—Eres muy lindo— dijo Ana tomando la cara de él entre las suyas y besándolo, sin dejar de reír —. Nadie me había preguntado si quería ser su novia desde sexto de primaria.

—¿Y entonces?— preguntó Alejandro, sin quitar el dedo del renglón.

—Sí— dijo ella, esforzándose en parecer seria—, quiero ser tu novia.

Y lo besó algo más apasionadamente de como se habían estado besando.

—¿Pero por qué lo preguntas? Digo, ¿no es obvio?

—No, no es obvio— dijo él, sintiéndose ya menos avergonzado —. ¿Qué tal que sólo quieres gozar de mis atributos físicos?

—Mmmh. ¿Eso significa que no puedo gozar de tus atributos físicos?

—No; son todos tuyos. Sólo espero que no sea lo único que te importe.

—Ay; pobrecito— dijo Ana riendo —. ¿Te han usado sin que les importara tu corazoncito?

—Sí— dijo dramáticamente Alejandro —; todas son iguales. Excepto las que son peores.

Los dos muchachos se volvieron a reír y a besar, esta vez Alejandro abrazándola fuerte. Después emprendieron de nuevo la marcha hacia su carro, abrazados. Y Alejandro pensó que, ahora sí seguro, estaba más feliz que en cualquier otro momento de su vida.

Una vez dentro del carro Alejandro se disponía a encenderlo, pero se detuvo de improvisto. Pensó en lo apropiado o no de preguntarle lo que quería preguntarle, y dudó por un instante si hacerlo. Al final tuvo valor y lo dijo:

—¿Segura que quieres ir a esta fiesta?

—¿Perdón?— preguntó Ana.

—Sí; ¿no quieres que vayamos a otro lado?

Ana lo miró inquisitiva.

—Sí— explicó Alejandro —; a un lugar donde podamos estar solos. Tú y yo.

—¿Y como qué lugar se te ocurre?— preguntó Ana suspicaz.

—No lo sé... ¿mi casa?

Alejandro nunca había metido una chava de contrabando; siempre que había llevado muchachas a su recámara había sido mientras sus padres no estaban. Que a veces hubieran tenido que salir huyendo por la ventana era otra cuestión. Pero estaba seguro de que si Ernesto podía meter una chava de contrabando, entonces él también.

Ana lo miró tiernamente y lo besó.

—Es muy pronto— dijo dulce, pero decididamente.

—Ah— dijo Alejandro.

—¿Te molesta?

—No; no, no me molesta.

Mentira; sí le molestaba. Su parte racional comprendía que no había motivo para estar molesto, y de hecho pensaba que era terriblemente injusto que lo estuviera. Pero lo estaba.

Pero se controló y añadió:

—Digo, sí me gustaría. Pero tienes razón, es muy pronto. No hay ninguna prisa.

Y, con algo de esfuerzo (realmente no mucho), le sonrió. Ella volvió a besarlo y puso su mano sobre la suya, que estaba en la palanca de velocidades.

—Vamos a la fiesta. Conoces a mis cuates, que seguro a algunos ya has visto por el CCH, y te aseguro que nos la vamos a pasar bien. Vas a estar conmigo— dijo sonriendo, y besándole la mejilla.

—Vamos pues— dijo Alejandro.

Era un cambio, ciertamente, de Elena y Mayra, e incluso de cierta manera de Angélica. Y pensó que, tal vez, no fuera tan mala idea no ponerse a coger de inmediato. Ana le gustaba, y mucho, y no sólo físicamente; la pasaba bien a su lado y era muy agradable platicar con ella. El sexo llegaría cuando tuviera que llegar; al menos no se había puesto como Angélica de que no habría nada hasta que se casara.

Y la idea de que Ana tal vez sería la primera muchacha a la que realmente le “haría el amor” lo emocionó. Sonrió de nuevo, mucho más sinceramente, y repitió:

—Vamos pues. ¿A todo esto dónde es?

Ana le dijo y Alejandro (después de titubear un poco; se movía mejor en transporte público) encendió el carro y salió rumbo a la fiesta. Durante el camino él y Ana siguieron platicando, y riéndose mucho, porque los dos estaban de buen humor.

Por fin llegaron a la fiesta, que era un fraccionamiento de casas no muy grandes. Estacionaron el carro y caminaron hacia la casa, tomados de la mano, y sonriendo como dos idiotas.

Justo en ese instante, Érika tocaba la puerta del baño de la planta baja de dicha casa:

—Elena, ¿estás bien?

—Voy a vomitar— sonó la voz de la muchacha dentro del baño.

—Hazlo, yo creo que te hará bien.

Érika volteó a mirar a Ernesto que, recargado en un sillón cerca de ahí, le daba un toque a un churro de mota. Al ver la mirada de su novia preguntó:

—¿Qué?

—Elena se siente mal.

—Se fumó un churro completo la atascada, al mismo tiempo que se tomaba medio litro de vodka. No me extraña que se sienta

mal. Déjala vomitar; le hará bien. ¿Por qué no entras al baño y le ayudas a sostener el pelo o algo así?

—Ay no, qué asco.

En ese momento oyeron cómo Elena hacía los desagradables sonidos de alguien que está tratando de vomitar.

—¿Y ora?— preguntó Érika.

—No puedo vomitar— contestó Elena.

—Métete un dedo— sugirió la primera.

—¿Qué pasó?— contestó albureramente la segunda.

Érika se rio, sorprendiéndose de que Elena conservara algo de su sentido del humor. No recordaba haber visto a nadie tan jodido emocionalmente nunca en su corta vida.

La fiesta se desarrollaba en la sala, que estaba al lado de la entrada principal de la casa, detrás de un jardincito que daba a la calle. El baño estaba en la parte de atrás, separado además por un pequeño estudio donde estaban Érika y Ernesto. El sonido de la música y los chavos en la fiesta hablando a gritos y riendo les llegaba medio apagado, porque el estudio tenía una puerta.

Mientras Elena trataba de vomitar (cosa *difícil* porque no había comido casi nada en el día), Alejandro y Ana tocaron a la puerta. Para sorpresa del primero, el dueño de la casa (o el *hijo* de los dueños de la casa) resultó ser nada más y nada menos que el Cacotas, el cuate de él y Ernesto que muchas veces les conectaba mota.

—¡Alejandro!— exclamó alegre al verlo, y al saludarlo lo jaló hacia sí y le dio un abrazo —, ¡qué milagro!

Cuando el muchacho (que estaba *evidentemente* pedo, o moto, o ambos) vio a Ana, reaccionó casi con la misma efusividad, y ciertamente con casi las mismas palabras y gestos.

—¡Anita!— gritó abrazándola y besándola en la mejilla —, ¡qué milagro!

—Hola Carlos— dijo muy propia, pero alegre, Ana; a Alejandro por alguna razón le gustó descubrir que no le decía “Cacotas”.

—¿Qué hacen ustedes dos juntos?— preguntó Carlos (alias el Cacotas) —, no sabía que se conocieran.

—Ana casi me rompe la nariz hoy— dijo sonriendo Alejandro.

—Y lo compensé haciéndolo mi novio— dijo abrazándolo Ana.

—¡Órale!— dijo sinceramente alegre Carlos... aunque siendo justos se hubiera alegrado de que volara una mosca —, ¡qué chido! Sí, creo que Ernesto me platicó de que te habían pegado en las canchas hoy.

Alejandro frunció ligeramente el ceño; Ernesto había estado toda la tarde con él.

—¿Cuándo platicaste con Ernesto?— preguntó.

—Hoy; cayó aquí a la fiesta con su chava y otra reina que no conozco.

—Órale, qué cagado— exclamó Alejandro, y volviéndose hacia Ana le preguntó —. ¿Quieres conocerlo a él y a su novia? Es mi mejor amigo.

—Lo vi en las canchas, pero no nos presentaron. Y no conozco a su novia.

—¿Dónde está?— le preguntó a Carlos.

—Detrás de esa puerta está un estudio— le contestó señalándosela —, y más al fondo el baño. Se fueron él y su novia a acompañar a la otra chava, porque se estaba sintiendo mal. Que no me extraña; nada más llegó y apirañó un churro para ella solita, y se puso a beber como cosaca.

Un mal presentimiento se asentó en la boca del estómago de Alejandro, y se arrepintió de haberle dicho a Ana que le quería presentar a Ernesto.

—¿No vamos?— preguntó Ana.

—Sí— dijo él, confortándose con la idea de que él no había hecho nada malo.

Los dos entraron al estudio, donde vieron a Érika con la oreja casi pegada a la puerta del baño.

—¿Alejandro?— sonó la voz de Ernesto a espaldas de él y Ana.

Alejandro y Ana se dieron la vuelta para ver a Ernesto, que estaba recargado en la pared de la puerta del estudio. Justo cuando le daban la espalda al baño, salió de él Elena, que ya se había hartado de tratar de vomitar durante casi diez minutos.

Lo primero que entró en su campo de visión (ligeramente nublado por la mota y el alcohol) fue a Alejandro, Ana, y los dos tomados de la mano. Inmediatamente regresó al baño azotando la puerta, y ahora sí no tuvo el menor problema para vomitar, aunque su estómago estuviera casi vacío.

Al oír el escándalo que hacía Elena al vomitar su bilis, Alejandro frunció el ceño.

—¿Quién está ahí?— le preguntó sin poder contenerse a Érika, que era la más cercana al baño.

—Una amiga— contestó Érika con una cara que no podía ocultar su preocupación.

—Érika— dijo rápidamente Alejandro ocurriéndosele una idea —; ésta es Ana, mi novia.

Un particularmente desagradable sonido de regurgitación se oyó detrás de la puerta en cuanto Alejandro dijo esto. Ignorando el mismo Ana se acercó a Érika y las dos muchachas se besaron en la mejilla, diciendo “mucho gusto”.

Aprovechando esto Alejandro se acercó a su amigo y con voz baja le preguntó:

—Güey, ¿es Mayra la del baño?

Ernesto lo miró sin comprender durante medio segundo, pero de inmediato recuperó la compostura.

—Sí, es Mayra— dijo también susurrando —. Así que en cuanto puedas saca a Ana de aquí; Érika y yo nos encargamos de ella.

—Gracias— contestó Alejandro, y dirigiéndose de nuevo a Ana le dijo —; y éste es Ernesto.

—Hola— le dijo sonriente Ana alejándose del baño y besándolo en la mejilla.

Varios tosidos llegaron del baño, donde Elena por fin había terminado de soltar hasta cualquier *idea* del desayuno que pudiera tener en el estómago.

—¿Está bien tu amiga?— preguntó preocupada Ana a Érika.

—No, se peleó con su güey— inventó ella —; pero no se preocupen: vayan a la fiesta, nosotros aquí la cuidamos. Ya luego nos platican cómo se hicieron novios.

Un gemido y llanto comenzaron a oírse detrás de la puerta del baño.

—¿Segura?— preguntó Ana —. Alejandro tiene carro; igual y podemos llevarla a su casa o algo así.

—¡No!— dijeron al unísono Ernesto y Érika, y por poco también Alejandro, pero por suerte se contuvo. Ernesto continuó —. No, de verdad, no te preocupes. Ya nos ha hecho otras de este estilo antes; sabemos cómo manejarla.

—Bueno— dijo Alejandro tomando a Ana de nuevo por la mano —; entonces nosotros vamos a la fiesta. Cualquier cosa échenme una llamada al celular.

Y lo más naturalmente que pudo sacó a Ana de ahí, que se despidió de Érika y Ernesto agitando la mano.

—Eso estuvo bizarro, ¿no?— le preguntó Ana a Alejandro.

—Érika tiene muchas amigas re locas.

—Se oía mal la chava; pobrecita.

Nada más abandonaron el estudio y cerraron la puerta, Érika entró al baño, donde Elena estaba llorando en cuclillas junto a la taza del baño.

—¡Soy una pendeja!— repitió por enésima ocasión en la noche. La visión de Alejandro y Ana tomados de la mano, además del golpe de haberlo oído presentarla como su novia, habían conseguido borrar la mayor parte de los efectos de la mota y el alcohol; así que estaba de nuevo básicamente como Ernesto y Érika la habían hallado en las islas.

—Elena— le dijo Érika —, tenemos que sacarte de aquí.

—¿Por qué?— preguntó la lagrimosa muchacha.

—No quieres que Alejandro te vea así, ¿o sí?

—No.

—Ándale entonces; lávate la cara y medio componte el pelo y nos salimos sin que nadie nos vea, ¿sale?

—Está bien.

Érika salió del baño, cerró la puerta detrás de ella y dijo:

—Chale.

—¿Qué?— preguntó Ernesto, que encendía su churro después de que se le hubiera apagado durante la confusión.

—Que Ana sí es *imposiblemente* bonita.

Mientras tanto Alejandro y Ana se habían aplastado en un sillón individual en la sala, ella en las piernas de él, y platicaban riéndose. Ana había conseguido un vaso con algún tipo de bebida alcohólica, y alguien les roló un churro. Ella le dio un rápido toque y se lo ofreció a Alejandro, que negó con la cabeza.

—No fumo mota cuando manejo— dijo simplemente.

—¿Y eso?— preguntó Ana.

Alejandro procedió a contarle de la vez que había perdido dos horas de su vida de las cuales no podía acordarse.

—Ah— dijo ella —. ¿Entonces tampoco vas a beber?

—No; no te pondría en peligro por nada del mundo.

Ella sonrió y lo besó, un poco más lenta y sensualmente de como lo había estado haciendo durante la noche. Al parecer la mota y el alcohol la afectaban de forma muy agradable. Después lo miró y funcionó ligeramente el ceño.

—¿Entonces no te voy a poder invitar tu chela?

—Me la invitas después.

—O te puedo pagar el balonazo de otra forma— dijo pícaramente Ana y comenzó a morderle la oreja.

—Creí que decías que era muy pronto— dijo Alejandro, medio en broma.

—Es muy pronto para *ciertas* cosas— dijo ella, con los ojos brillantes.

Elena mientras tanto terminó de lavarse la cara; entre eso y el océano de lágrimas que había derramado durante la noche habían causado que el rimel (que era el único maquillaje que usaba) le hubiera desaparecido. Se miró en el espejo del lavabo, y observó que se veía *de la chingada*. De por sí le parecía que no podía competir en lo bonita con Ana; en ese estado *menos*.

Pero entonces algo ocurrió en su cerebro, y decidió que no importaba que Ana fuera más bonita; ella conocía más y mejor a Alejandro, compartían muchos gustos similares, platicaban entre ellos como con nadie más, y además (en algo tenía que contar) ella lo había desvirgado. Y Elena estaba segura de que podía cogerse más rico a Alejandro que Ana. Cómo chingados no.

¿De verdad iba a permitir que una pinche vieja advenediza llegara y se lo quitara sólo porque tenía una cara bonita?

—Ni madres— se dijo a sí misma en el espejo, y una férrea determinación se apoderó de ella.

14

Lo primero era salir del baño. No podía hacerlo por la puerta; aunque Érika y Ernesto se habían portado muy chidos, lo cierto es que Elena no era una pendeja y se daba cuenta de que no querían sacarla para que Alejandro no la viera mal; querían sacarla para que no le causara broncas a él con su nueva novia. Y lo entendía; eran primero amigos de él que de ella.

Pero de pendeja iba a permitirlo. Vio la ventana del baño, y decidió que era lo suficientemente delgada para salir por ella. Estaba todavía algo mareada, y le dolía la cabeza y se sentía morir de hambre; pero estaba determinada a hacer lo necesario para que Alejandro viera que era con *ella* con quien debía estar.

Con no pocos esfuerzos Elena logró colarse por la diminuta ventana del baño. . . y perdió el equilibrio y fue a caer casi de hocico en el jardín trasero de la casa del Cacotas. Recuperando la postura Elena trató de ver dónde estaba, pero la única luz disponible era la ventana del baño, y realmente no iluminaba bien el jardín.

Siguiendo la pared trató de encontrar cómo volver a entrar a la casa.

Mientras tanto Alejandro se separó un momento de Ana y fue a la cocina (después de preguntarle al Cacotas dónde quedaba) por un vaso de agua. Ahí se encontró a Ernesto, dándole un toque tranquilamente a su churro en la oscuridad.

—¿Cómo está Mayra?— preguntó Alejandro prendiendo la luz.

Ernesto lo miró como desde una inmesurable distancia, y cuando por fin entendió que su amigo seguía sin saber que la del baño era Elena le respondió:

—No sé; no quiere salir del baño. Érika está lidiando con ella.

—Se veía bien cuando se separó en el concierto; no puedo creer que se pusiera tan mal. ¿Fue mi culpa?— preguntó preocupado.

—Oh sí, sin duda.

—No, no fue mi culpa. Yo fui claro con ella.

Ernesto le entró el payaso y comenzó a reírse sin poder evitarlo; toda la situación (incluyendo que su noche de sexo parecía haberse ido al carajo) le parecía hilarante. Cuando se calmó miró a su amigo y le dio un golpecito en el hombro.

—¿Cómo fue que cayó en tus garras Ana?

Alejandro sonrió y comenzó a contarle la historia. La cocina tenía una puerta que daba al jardín trasero, y él estaba de espaldas a ella. Ernesto estaba frente a él, así que pudo ver cuando Elena por fin encontró la puerta (gracias a que Alejandro había prendido la luz) y la abrió sin hacer ruido. Se quedó petrificada al ver de nuevo a Alejandro, que en ese momento le decía a su amigo:

—Es bonita, tierna, simpática y muy divertida. Nos la pasamos horas platicando, y riéndonos. Creo que nunca me había sentido así respecto a una muchacha— Alejandro frunció el ceño un poco, y agregó —. . . bueno, excepto tal vez Elena. . . pero Ana de hecho quiere andar conmigo, y *definitivamente* no está tan demente.

La puerta de la cocina que daba al jardín se azotó, y Alejandro la vio extrañado.

—¿Qué fue eso?— preguntó.

—El aire— dijo tranquilamente Ernesto dándole otro toque a su churro. Para ese instante ya no le sorprendía nada que ocurriera esa noche.

Elena caminó en el oscuro jardín abrazándose y espetándose “¡pendeja, pendeja!” a sí misma varias veces. No sabía qué hacer, y toda la determinación que había adquirido para tratar de atraer de nuevo a Alejandro se le había vaciado del cuerpo. Le parecía injusto hacer algo ahora, cuando él había encontrado a alguien que le gustaba y al parecer no lo lastimaría. Todas las dudas que siempre habían causado que se negara a aceptar andar con Alejandro le volvieron multiplicadas por mil, y su comportamiento de las últimas horas le hizo pensar que tal vez si de verdad lo quería (como hombre, como amigo o como lo que chingados fuera), entonces no debía arruinarle una oportunidad de estar bien con

una chava que sin duda sería menos inestable que ella. Porque pocas personas podían ser tan inestables como ella; lo acababa de demostrar.

Lo que sí es que tenía que salir de ahí; y aunque Érika y Ernesto parecían sinceramente preocupados por su bienestar, no tenía ganas de que la anduvieran cuidando. Con precaución se asomó por la ventana de la cocina y vio que Alejandro y Ernesto se habían retirado. Con cuidado volvió a entrar y se acercó a la puerta que conectaba la cocina con un pasillo que terminaba en la sala de la casa.

Casi de puntitas Elena recorrió el pasillo. Asomándose vio que Alejandro tenía sobre sus piernas a Ana, y que ella lo besaba y acariciaba el pelo. Se veían repulsivamente felices.

Elena entendió por primera vez en su vida qué querían decir al referirse a que a uno se le “caía el alma a los pies”. Sintió muchas ganas de llorar, pero se las contuvo, y aprovechando que los novios recientemente juntados estaban embobadísimos el uno con la otra, atravesó la sala y se dirigió a la puerta principal de la casa.

En el jardincito de enfrente habían varios chavos con vasos de plástico, platicando y aprovechando que afuera el sonido de la música era más bajo que dentro de la casa para platicar sin necesidad de hacerlo a gritos. Elena vio que tres chavos, dos muchachos y una muchacha, se dirigían a un carro estacionado no lejos de ahí. Corrió para alcanzarlos y les preguntó con su característica desfachatez:

—Oigan chavos, ¿me les puedo pegar?

Los muchachos la miraron algo extrañados.

—¿Para dónde vas?— preguntó el conductor, que ya tenía las llaves del carro en la mano.

—A donde sea que se dirijan.

Los chavos se miraron entre ellos, y luego miraron a la muchacha que los acompañaba, como pidiendo autorización. La chava alzó los hombros, como diciendo que le daba igual (que le daba), y el conductor le dijo a Elena:

—Trépatе.

Uno de los chavos tomó el asiento del copiloto, y Elena y la otra chava se sentaron atrás. Elena lo único que quería era largarse de ahí, así que no pensó mucho en el desconocido destino; pero ya

que estaban lejos de la fatídica casa le entró la duda.

—¿A dónde vamos, por cierto?

El conductor la miró a través del espejo retrovisor y le preguntó:

—¿Has oído del Alacrán?

15

Érika bajó del segundo piso de la casa, y se acercó a Ernesto que la esperaba al pie de la escalera.

—Nada— le dijo —; es como si se la hubiera tragado la tierra.

—No te preocupes— le dijo Ernesto —; ha de haberse ido porque quería estar sola.

—Me preocupa; estaba de la chingada.

—Hiciste todo lo que pudiste.

Érika lo abrazó.

—Me da pena— le dijo, y volteó a ver a Alejandro y Ana, que seguían en su sillón pero que participaban en la plática con varios amigos de la última —; y enterarse así de que su amor se acaba de hacer novio de una chava tan linda.

—¿Tú cómo sabías que estaba enamorada de Alejandro?

—Ay mi vida; te explicaría, pero es que sencillamente todos los hombres son unos pendejos.

—¿Yo incluido?

—Tú más, mi vida; pero yo te quiero así— y le dio un beso mientras los dos reían. Ernesto frunció el ceño.

—Pero ella es la pendeja, ¿no? Digo, Alejandro la perreó un ratotote, y ella se hizo siempre la inalcanzable.

—Pues sí, pero es que Alex no entendió cómo debía hacerle. ¿No te digo que todos son unos pendejos?

En ese momento Alejandro se les acercó, habiéndose separado de Ana y sus amigos.

—Oigan— les dijo —, nosotros dos y varios amigos de Ana nos vamos a lanzar a un lugar que le dicen el Alacrán. ¿Quiéren venir?

Ernesto y Érika se miraron.

—Como tú quieras— le dijo Érika a su novio.

—¿Y por qué nos invitas?— preguntó Ernesto —. Creí que si Ana jalaba contigo nos ibas a mandar al carajo.

—Si fuéramos solos sí los mandaba al carajo, pero va a ir más gente, y conozco a pocos. Prefiero que vayan ustedes también. Además así después no la tengo que hacer de chofer con desconocidos.

Ernesto y Érika se volvieron a mirar, como si estuvieran discutiendo telepáticamente. Alejandro frunció el ceño.

—Oigan— les dijo —; me deben de la vez de tu cumpleaños, Érika.

—OK— dijo Ernesto.

—Sale— dijo Érika.

—Chido; dejen voy por Ana y nos vamos a mi carro.

Unos minutos después los cuatro salían de la casa rumbo al carro de Alejandro; se había puesto de acuerdo con uno de los cuates de Ana que traía carro en seguirlo.

—¿Qué fue de tu amiga la que se sentía mal?— le preguntó Ana a Érika.

—Tomó un taxi para su casa— le mintió tranquilamente Érika.

—Ah. Se oía mal.

—Sí; pero no te preocupes, ya debe estar en su casa descansando.

Y Erika volteó a ver a Ernesto, que alzó los hombros en un gesto que decía que ellos ya no podían hacer nada. Los cuatro muchachos se subieron al carro.

—¿Qué es el Alacrán?— le preguntó Érika a Ana.

—Es un lugar bien chido— dijo sonriente Ana —; es un lote baldío cerca de Ciudad Universitaria donde un viejito hace años comenzó a vender chelas ilegalmente a los estudiantes, y se junta un buen de banda y ponen el sonido de los carros. Lo único malo es que de vez en cuando cae la tira, así que estén listos para correr de ser necesario.

—Eso suena divertido— dijo Ernesto, con un tono ligeramente sarcástico.

—También vende mota el viejito— añadió Ana.

—Cabrán— dijo Ernesto —, acelérale.

Alejandro arrancó el carro y comenzó a seguir al amigo de Ana.

—¿Desde cuándo son novios?— la muchacha les preguntó a Érika y Ernesto.

—Como año y medio— dijo el último.

—Órale. ¿También eres del CCH Sur, Érika?

—No, yo soy de la Prepa seis.

—Ah; ¿y cómo se conocieron?

—En un concierto cuando estábamos en cuarto.

—¿Semestre?— preguntó extrañada Ana.

—No, perdón; en el primer año del bachillerato— corrigió Érika.

—¿Por qué le dijiste cuarto?

—Así le decimos en las prepas; cuarto, quinto y sexto año.

—Órale; no sabía.

Alejandro sonrió, alegrándose de que al parecer Ana se llevaba bien con sus amigos. Un relámpago de su memoria le hizo recordar cuando Érika y Ernesto habían conocido a Elena.

Fue de hecho antes de que fueran novios, aunque ya se veía que eso era lo que iba a pasar. Y Alejandro estaba tratando todavía de ligarse a Elena, que salía con él siempre y cuando fuera “como amigos”.

Habían ido a una obra de teatro en el CUC, y después fueron al Paseo de la Salmonela a comer algo. Elena y Érika de inmediato se habían caído bien, y comenzaron a chismear de un montón de pendejadas. Se la habían pasado muy padre, y ya cuando se hizo de noche todavía se fueron a Coyoacán a tomar helados.

Después Alejandro acompañó a Elena durante varias estaciones del metro, y un par de estaciones antes de que ella tuviera que bajarse, él la besó. Elena lo miró con los ojos brillantes, y le preguntó si quería ir a su casa; él sabía que eso significaba ir a coger.

Sus hormonas se exaltaron, pero él las contuvo y le dijo:

—No sólo quiero coger contigo.

—Puedes coger con cuantas viejas quieras, mi rey— le dijo ella sonriendo.

—No, mensa; quiero decir que quiero ser algo más que tu consolador humano.

—No lo tomes a mal, pero en ese caso tengo unos eléctricos mucho más efectivos.

Alejandro soltó un gemido de hartazgo.

—No es cierto— dijo riendo Elena —; coges muy rico.

—Quiero más— dijo Alejandro, serio.

—¿Qué más puedes querer?

—Quiero salir contigo, quiero platicar contigo. . .

—Ya hacemos eso. . .

—Quiero que me presentes con tus cuates como tu novio, quiero que conozcas a mi mamá. . .

Lo último le pareció tan ridículo a él mismo que se ruborizó, pero se mantuvo firme.

—Quiero saber que voy a ser con el único que coges. Y que no va a llegar un pendejo de repente con el que vas a querer coger exclusivamente, que no sea yo.

Elena se puso de puntitas y lo besó tiernamente en los labios, tocando suavemente su mejilla con su mano.

—No quieres eso. . . — comenzó a decir.

—¡Deja de decirme qué es lo que quiero o no quiero!

Varias personas en el vagón voltearon a verlos. Habían llegado a la estación donde Elena se bajaba, y cuando las puertas se abrieron ella, con un movimiento simple y lleno de gracia descendió del metro y se despidió con la mano, dejando a un incrédulo Alejandro con la palabra en la boca.

Las puertas se cerraron y el convoy comenzó a avanzar y Alejandro vio cómo Elena se quedaba en el andén agitando la mano, con una mirada muy triste en el rostro.

—¿Y por qué le llaman el Alacrán?— le preguntó Érika a Ana, que seguían platicando mientras Alejandro se perdía en sus recuerdos.

—Porque está lleno de alacranes el lote baldío.

—No, definitivamente suena divertido— dijo Ernesto.

—Se pone chido— dijo Ana, y de forma natural y espontánea puso su mano sobre la de Alejandro en la palanca de velocidades, y le acarició la muñeca mientras le decía a él en particular —, van a ver que les va a gustar.

Alejandro hizo un esfuerzo y sacó de su mente todo pensamiento de Elena. No le estaba gustando que su recuerdo le saltara cada cinco minutos; le había costado el aceptar que ella sólo quería que fueran amigos. Era algo ya superado.

Creía.

Un poco más adelante de ellos, en el carro al que se había trepado sin pensarlo, Elena había escuchado una explicación más o menos similar de lo que era el Alacrán. Le parecía que ya había oído del lugar, pero nunca había ido.

—Por cierto— dijo el conductor —, ¿cómo te llamas?

—Elena— dijo ella.

—Yo soy Enrique, y éste es mi hermano Juan— dijo el conductor señalando al copiloto —. Y ella es Mayra.

Mayra le sonrió a Elena, y le dijo:

—Mucho gusto.

Elena la miró suspicazmente. Trató de recordar las descripciones que Alejandro le había hecho de su “novia” con la que nada más cogía; pero entonces recordó que en general no lo había dejado describirla, porque se ponía celosa.

La muchacha a su lado era guapa, muy guapa; pero además estaba muy bien arreglada. Durante un lapsus estuvo a punto de preguntarle que le enseñara sus calzones, a ver si llevaba tanga. Luego consideró que, tal vez, eso no sería tan buena idea.

—¿Y se puede saber por qué te trepaste a un carro con tres desconocidos que podríamos resultar ser asesinos seriales?— preguntó Enrique.

—Estoy huyendo de un pendejo— dijo Elena, que no le vio mucho sentido a ocultar sus motivos. Además, si los decía de forma suficientemente exagerada, los chavos tal vez creerían que bromeaba.

—¿Tú también?— preguntó, impresionado, Juan.

—¿Tú huyes de algún pendejo?— preguntó Elena.

—No; yo no. Pero Mayra sí; tú eres la segunda chava que se sube a nuestro carro huyendo de alguien, sólo que Mayra se trepó en Ciudad Universitaria, a dónde habíamos ido mi hermano y yo a un concierto.

—¿De verdad?— le preguntó Elena a Mayra.

—Sí.

—¿Se puede saber cómo se llama tu pendejo?

Mayra consideró un segundo la pregunta; debió decidir que no tenía caso ocultarlo, porque le contestó:

—Alejandro.

“Vámonos a la chingada”, pensó Elena, llegando a la conclusión de que qué pequeña era la pequeña burguesía.

—¿Y el tuyo?— preguntó Mayra.

—Ernesto— contestó Elena inventando sin tener tiempo para escoger otro nombre.

—Mmmh— murmuró, pensativa, Mayra.

—¿Qué?

—Que el mejor amigo de mi pendejo se llama Ernesto. Su novia es mi mejor amiga.

—¿Tu mejor amiga es la novia de tu pendejo?

—No; la novia del mejor amigo de mi pendejo es mi pendeja. Digo, mi mejor amiga.

Los cuatro chavos dentro del carro se rieron. Elena pensó que, bizarra como fuera la situación, se la estaba pasando sorprendentemente bien.

—¿Y del concierto se lanzaron a la fiesta del Cacotas?— preguntó Elena.

—Sí— dijo Juan —, es cuate mío. De hecho fuimos de los primeros en llegar, pero ya nos estábamos aburriendo y a mi hermano se le ocurrió que fuéramos al Alacrán; Mayra estuvo de acuerdo en venir también. Y entonces tú apareciste.

—¿Tu pendejo estaba en la fiesta?— preguntó Mayra.

—Sí— contestó Elena, pensando que lo peor que podía pasar es que Mayra creyera que Ernesto tenía una admiradora secreta —, y llegó con su novia.

—Chale, qué mala onda.

—Sí. ¿El tuyo llegó al concierto con su novia?

—No; mi amiga me dijo que iba a ir al concierto, y yo pensé en verlo y ver si algo se armaba.

—¿Y luego?

—Pues que me dijo que iba al concierto porque lo había invitado otra chava.

—Chale, qué mala onda.

—Sí.

Las dos chavas se sonrieron, solidarizándose una con otra; Elena se sintió algo mal de no estar siendo completamente honesta, pero las cosas se podían poner medio incómodas si Mayra se en-

teraba que ella sabía de todo el chisme (o casi todo) entre ella y Alejandro.

—Así que están de suerte chavos— dijo de repente Mayra dirigiéndose a los dos hermanos que iban al frente —; si se portan bien, igual y cada uno sale con reina esta noche.

Elena la miró entre escandalizada y divertida, y Mayra le guiñó el ojo. Los hermanos se rieron.

—Yo no puedo— dijo sonriendo Enrique, que parecía era el mayor —; tengo novia.

—Pero no se preocupen— dijo Juan volteando a mirarlas, sonriendo —; yo puedo con las dos.

—¿De verdad?— preguntó Mayra, comenzando a acariciarle la pierna a Elena para que Juan la viera.

El instinto desmadroso de Elena tomó control y, no queriendo quedarse atrás, abrazó a Mayra.

—Sí, ¿seguro que puedes?— le preguntó a Juan.

Las dos muchachas se miraron sonriendo; sus caras estaban peligrosamente cerca. Entonces, y sin que Elena hubiera podido ni siquiera imaginarse que podía ocurrir, Mayra la besó en la boca. La sensación fue sorprendentemente agradable; no lo más rico que hubiera sentido en la vida, ni de lejos, pero agradable en cierta manera.

“Chale” pensó Elena mientras besaba por primera vez en su vida a una mujer en la boca, “Alejandro tenía razón; esta reina es bien caliente.”

Juan las miraba con la boca abierta; Enrique también lo hacía por el retrovisor, las cejas levantadas.

—¿Seguro que te importa tener novia?— preguntó Mayra cuando terminó de besar a Elena, pero sin dejar de abrazarla y acariciarla.

—Chale— dijo Enrique.

Sin que nadie en ambos carros supiera, Alejandro, Ana, Ernesto y Érika estaban a menos de un kilómetro de distancia en el carro del primero, siguiendo al cuate de Ana que se dirigía también al Alacrán. La nueva novia de Alejandro les comentaba a sus amigos que quería estudiar medicina y especializarse en cirugía, pero cuando le preguntaron que por qué ella sólo les dijo que desde chiquita eso había querido.

—Lo entiendo— dijo Ernesto —; yo he sabido que quiero estudiar Arquitectura desde que agarré mis primeros lápices de colores.

—¿De verdad?— preguntó Ana.

—Sí; quiero hacer edificios.

—Dibuja muy bonito— dijo Érika orgullosa, y le dio un beso.

—¿Y tú?— le preguntó Ana.

—Yo voy a biología.

—Tienes cara.

—¿Sí?

—Sí; las biólogas son muy guapas.

—Gracias.

Alejandro sonrió; no sabía si Ana estaba siendo sincera o sólo trataba de ganarse a Érika, pero le gustó que dijera eso.

En el carro donde iba Elena mientras tanto había llegado al Alacrán, y lo estacionaron donde mejor les pareció; no había estacionamiento “oficial” (obviamente), pero sí era costumbre que si alguien llevaba un buen sonido en su nave, entonces dejaba el carro más o menos al centro del lote y ponía la estéreo a todo volumen, para mejorar (o empeorar, dependiendo del escucha) el ambiente del lugar. Los que no tenían sonido, o no querían “mejorar” el ambiente, lo dejaban más al fondo. Ahí lo dejó Enrique, y se bajaron para tratar de comprar unas chelas.

Poco después llegó Alejandro, siguiendo al cuate de Ana, y estacionó su carro donde le pareció quedaba bien. Los cuatro muchachos se bajaron del carro.

—¿Qué va a querer cada quién?— preguntó Alejandro.

—Yo una chela— dijo Érika.

—Yo un churro— dijo Ernesto.

—Yo te acompaño— dijo Ana.

Ana le guió el camino a una camioneta grande cerca de la entrada, donde un señor ya algo grande le vendía cervezas en caguamas y mota a los chavos, a un precio sorprendentemente no muy caro. Alejandro se acercó para pedir una caguama y un porro, cuando reconoció al señor.

—¿Maestro?— preguntó incrédulo.

El OjoCaido, su profesor de filosofía, levantó la mirada (uno de sus ojos, pues, *caído*), y le sonrió a Alejandro.

—Alejandro— le dijo con calma —, me sorprendía que nunca te hubiera visto por aquí antes. Comenzaba a creer que eras medio ñoño. ¿Qué vas a querer?

—Eh. . . una caguama y un churro. . . por favor.

El maestro le dio lo que pedía y le dijo el precio, que Alejandro pagó. Estaba *sacadísimo* de onda; no podía creer que su maestro de filosofía se dedicara los viernes en la noche a vender ilegalmente cerveza y mota. Sí había oído que era pachequísimo, pero nunca que regenteara un lugar como el Alacrán.

—¿Qué pasa, muchacho?— preguntó el OjoCaido cuando Alejandro se quedó donde estaba.

—Sólo. . . sólo no entiendo qué hace usted aquí vendiendo chelas y mota.

El señor le sonrió.

—Había un lugar de este estilo cuando yo estudié en la Prepa 6, hace ya varios años. Duró mucho tiempo más después de que salí de la prepa, e incluso continuó mientras yo estudiaba mi carrera y siguió también cuando entré a dar clases en el CCH. Hasta que un día desapareció; ni siquiera fue que cayera la policía o nada por el estilo: sencillamente el lote donde estaba ese otro lugar un día apareció cerrado, y después comenzaron a construir sobre él. Yo ya no iba, claro; me lo dijeron mis estudiantes. Pero justo por ese tiempo yo heredé este lote, y nunca se me ocurrió qué hacer con él. Y recordaba con mucha nostalgia las noches que pasé en el Cuervo (así se llamaba el otro lugar), siendo chavo y haciendo las estupideces que *tienen* que hacer todos los chavos a esa edad, así que decidí continuar la tradición. Y después vi que además de ser muy divertido, no dejaba mal dinero, así que aquí sigo. Ahora vete y déjame trabajar.

—Sí, profesor— dijo Alejandro, todavía sorprendido.

—Sólo dos cosas, Alejandro.

—¿Dígame?

—La primera; jamás digas nada de esto en el CCH, por obvias razones.

—Sí, claro.

—La segunda; si veniste en tu carro, ten listas las llaves del mismo, porque si llega la tira hay que correr. Generalmente yo me entero diez o quince minutos antes que lleguen, y soy el primero

en salir (tengo que hacerme el sorprendido de que *otra vez* se hayan metido truhanes a hacer desmanes en mi lote). Así que si de repente no ves esta camioneta, sal de aquí en cuanto puedas.

—Sí; gracias.

Alejandro y Ana regresaron con la cerveza y la mota; ella había oído toda la conversación, y estaba entre escandalizada y botada de la risa.

—¿El OjoCaido es tu profesor?

—Sí; de filosofía. Chale.

—No tenía idea de que diera clases en el CCH.

Regresaron con sus cuates y Alejandro le dio el churro a Ernesto y la caguama a Érika.

—¿Qué?— dijo ella —; ¿se supone que me chupe todo esto yo solita?

—Yo te ayudo— le dijo sonriendo Ana.

Alejandro abrió la botella con las llaves de su carro, y las muchachas comenzaron a tomar directamente de ella. Ernesto mientras tanto prendía su porro con toda la calma del mundo. Cuando lo tuvo encendido, y sabiendo cómo era Alejandro al respecto, ni siquiera le ofreció, pero sí a las muchachas.

Al poco rato las dos parejas estaban conversando alegremente, y Alejandro notó que los otros tres comenzaban a mostrar ya obviamente que estaban chupando y fumando mota. Él mientras tanto se sentía cómodo y a gusto.

En algún momento volteó a mirar a su alrededor, y entonces le dijo a Ana que volvía en un ratito; la muchacha estaba metidísima en un chisme que le contaba Érika, y además supuso que iría al baño, así que le dio un beso y le dijo “ajá”, y volvió a escuchar a la otra chava.

Alejandro recorrió unos cuantos metros y le tocó el hombro a Elena.

—¿Y qué andas haciendo por aquí tú?— le preguntó a su amiga.

Elena volteó a verlo con los ojos pelados como platos, y perdió el uso de la palabra.

16

Cuando Elena y los otros tres chavos que la acompañaban habían llegado al Alacrán, Enrique y Juan se ofrecieron a comprar chela y mota, y fueron a la camioneta del OjoCaido dejando solas a las chavas.

—Perdón por lo del beso— le dijo Mayra —, pero me pareció que sería divertido y no me pude resistir.

—No te preocupes. Y sí tenías razón; fue muy divertido.

Las muchachas se quedaron calladas un segundo que fue *ligemente* incómodo. Pero entonces Elena no se pudo resistir y le preguntó a Mayra:

—¿Lo has hecho alguna vez con una chava?

—¿Que? ¿Coger?

—Sí.

—No. De hecho eres la primera chava que beso.

—Tú también.

—Pero sí me dan ganas.

—¿De verdad? ¿Te gustan las mujeres?

—No... bueno, no me dan asco. Pero no, prefiero a los hombres. Cien por ciento.

—¿Entonces?

—No conozco a ninguno que no se vuelva loco con la idea de hacerlo con dos chavas al mismo tiempo o de ver a dos chavas haciéndolo. Y no sé, creo que sería muy chido ofrecerle con gusto eso a alguien con quien quieres estar.

—Nunca lo había pensado así.

—Además creo que sería divertido. Me gustó besarte.

—A mí también.

Un nuevo silencio *ligeramente* incómodo se asentó entre ellas.

—Cuenta conmigo— se sorprendió a sí misma diciendo Elena.

—¿Perdón?

—Sí; si encuentras a alguien con quien quieras estar, y deciden tener un trío, y yo no ando con nadie en ese momento y tu güey me parece aceptablemente atractivo, cuenta conmigo para que sea yo con la que tengan el trío.

—¿De verdad?

—Tengo el corazón *rompido*, he fumado mucha mota y he tomado mucho alcohol; pero sí, de verdad. Me gusta cómo lo planteaste, y creo que estoy de acuerdo. Y así ya no tendrías que estar buscando otra reina para tu güey si le quieres ofrecer un trío.

—Guau. Gracias.

—De nada.

—Tú también cuenta conmigo.

Elena dio una risa amarga y los ojos se le humedecieron.

—Gracias; pero no creo encontrar a nadie en *mucho* tiempo— dijo.

—¿No se llama Érika la novia de tu pendejo?

Elena bajó la mirada; Mayra se había estado portando chida y había confiado en ella, y no era justo que le siguiera mintiendo.

—Te menté en el carro— le dijo mirándola.

—¿Cómo?

—Mi pendejo es tu pendejo; es Alejandro. Hoy se consiguió novia (la chava que lo invitó al concierto), y me di cuenta de que quiero estar con él, y por eso me fui a poner pedísima y pachequísima en casa del Cacotas, pero Alejandro llegó a la casa. Salí de ahí queriendo irme a donde fuera, y me encontré con ustedes; cuando descubrí que eras la ex novia de Alejandro no quise que las cosas se pusieran incómodas y por eso le cambié el nombre a Ernesto. Todo lo demás que dije es verdad. . . lo siento.

Mayra se quedó callada un segundo, y se llevó la palma a su frente.

—¡Pero qué pendeja soy; si tú eres Elena, la mejor amiga de Alejandro! Érika me platicó de ti varias veces.

—Perdón— repitió Elena, de verdad esperando que la perdonara, porque le estaba cayendo muy bien la muchacha.

—No te preocupes; probablemente yo hubiera hecho una pen dejada del estilo.

—Gracias.

Mayra frunció el ceño un poquito.

—¿Alejandro se refirió a mí como su “novia” en algún momento?— preguntó.

Elena hizo un gesto de incomodidad. Había dicho “ex novia” por educación.

—No— dijo, decidiendo ser honesta.

—Me imaginaba— dijo Mayra, y un tenue aire de tristeza ensombreció su cara —. Pero sí te platicó de mí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

Elena bajó de nuevo la mirada, pensando. Decidió que, dado que nada que le hubiera dicho Alejandro a ella no se lo dijo después a Mayra, no estaba traicionando su confianza. Sin embargo, sí le estaba cayendo bien la muchacha, y no quería que se sintiera lastimada.

—Si te digo igual y no te gusta— le advirtió.

—Dime.

—La primera vez me platicó que le sacaba mucho de onda que (así lo veía él) sólo lo utilizaras como objeto sexual, y no sabía si seguir viéndote para coger.

—¿Tú que le dijiste?

—Que no hiciera una tormenta en un vaso de agua y siguiera cogiendo contigo; parecía que los dos lo disfrutaban y, por lo que Alejandro me contó, también me pareció que las reglas estaban claras.

—¿No estabas enamorada ya de él?

Elena suspiró.

—Sí me puse celosa; Alejandro fue *muy* enfático en que te lo cogías muy rico. Pero andaba con mi ahora ex güey, y supongo que creí que eran celos fraternales.

—¿Pero tú y él sí se han acostado, no? Érika me contó— añadió cuando Elena la miró sorprendida.

—Sí; bueno, supongo que nunca fue secreto. Sí, nos acostábamos.

—¿Y contigo Alejandro sí quería ser tu novio, no como conmigo?

—¿Quieres hacerme llorar de nuevo?

—No; sólo no entiendo. Yo me moría de ganas porque Alejandro quisiera hablar conmigo y contarme sus problemas, pero creo que nunca le gusté como alguien en quien podía confiar. Y creo que de las cosas que yo hablaba le parecían pendejadas; ciertamente muchas veces me sentí como pendeja junto a él.

—¿Por qué?

—Porque sabe de un montón de cosas, y es muy listo. Cuando salimos las primeras veces me platicaba de cosas que yo en mi vida había oído hablar; pero yo no quería oír de tales obras o de tales conciertos. Quería oír de él. Entonces traté de hablarle de las cosas que a mí me gustan, esperando que él me hablara de las cosas que a él le gustan; pero pude ver que le parecían pendejadas. Así que lo seduje; me gustaba. . . me gusta mucho, y quería ver si dándole tiempo y mostrándole que lo quería comenzaba a abrirse conmigo.

—¿Y tu forma de “mostrarle que lo querías” era cogiéndotelo?

—Bueno; sí. ¿Que mejor forma hay de decirle a alguien que lo quieres que haciéndole el amor?

Elena abrió la boca, pero la cerró al darse cuenta de que estaba, al menos parcialmente, de acuerdo.

—Además— añadió Mayra —, tampoco es que fuera sólo por él. Me encanta coger.

—Sí— dijo Elena suspirando —, a mí también.

Se quedaron calladas unos momentos.

—En su defensa— dijo Elena —, cuando hablaba de tales obras o de tales conciertos no estaba de mamón, ni queriéndote apantallar. Te estaba diciendo las cosas que le gustan.

—Ah— dijo Mayra —. Nunca pensé eso. Le gustan muchas cosas.

—Sí.

Se quedaron calladas de nuevo.

—¿Es cierto que no te gusta ver las películas subtituladas?— preguntó Elena.

Mayra sonrió tristemente.

—Soy disléxica.

—¿Qué?!

—Me cuesta mucho trabajo leer; toda mi vida ha sido una tortura porque tengo que leer con mucha calma y cuidados los libros de la escuela. Y novelas y esas cosas sólo puedo disfrutarlas en audiolibros.

—¿Por qué no se lo dijiste?— preguntó, escandalizada, Elena.

—Me dio pena.

—Entonces cuando le dijiste que no habías entendido la película. . .

—Era porque *no la había entendido*; no *podía* leer los subtítulos. Y era una comedia romántica; Alejandro ha de haber creído que era una pendeja.

Elena estaba sin habla.

—Después de eso estudié inglés con un profesor especial, que me enseñó a hablarlo y escucharlo sin necesidad de aprenderlo escrito o leído. Ya puedo ver películas en inglés.

—Y por lo mismo veías casi nada más televisión nacional.

—Sí; telenovelas. Desde chiquita me gustan; como me cuesta mucho leer siempre he visto mucha tele.

—Alejandro es un pendejo.

—Gracias.

—“Gracias” ni madre; tú también eres una pendeja: debiste decirle que eres disléxica.

—Sí. De todas formas no creo que le hubiera gustado para novia.

Elena lo pensó un rato.

—Tal vez no. Y no te lo digo para lastimarte; sólo estoy tratando de ser honesta. Pero tendría una impresión de ti completamente distinta.

Se volvieron a quedar calladas.

—Elena.

—Quihubo.

—Tú también eres una pendeja.

Elena comenzó a llorar. No fue algo dramático, como había sido toda la noche; las lágrimas sólo comenzaron a rodar por sus mejillas, sin llanto o moqueos. Sólo lágrimas que comenzaron a gotear de su barbilla a su pecho, sin que pareciera que hubiera nada en el mundo que pudiera detenerlas.

Mayra la abrazó.

—¡Soy una pendeja!— volvió a decir Elena, iniciando el drama de nuevo.

—Tú todavía tienes una oportunidad— le dijo tiernamente Mayra —; siempre le has gustado, siempre ha querido andar contigo. ¿Qué va a tener en comparación una chava que apenas conoció hoy?

—¡Es *imposiblemente* bonita! ¡Y simpática!

—Mi reina— le dijo Mayra levantándole la mejilla y mirándola a los ojos —, tú *también* eres imposiblemente bonita. Y simpática.

Elena comenzó a reír, al mismo tiempo que lloraba.

—¿Van a besarse de nuevo?— preguntó Juan emocionado al regresar con su hermano y la chela y la mota, y verlas abrazadas.

—Dame esa caguama— dijo Elena limpiándose los ojos y extendiéndole la mano a Juan— y a lo mejor tienen suerte en la noche.

Los cuatro estuvieron chupando y fumando un rato, pasándosela bien, hasta que Mayra averiguó dónde estaban los “baños” (por decirles de alguna manera), y fue para allá. Elena seguía platicando con Juan y Enrique cuando Alejandro tocó su hombro.

—¿Y qué andas haciendo por aquí tú?— le preguntó.

Elena lo miró y se quedó sin habla. Y entonces, sin advertencia de ningún tipo, vomitó de forma espectacular la cerveza que había estado tomando. Alejandro apenas pudo evitar el chorro de vómito.

—¿Estás bien?— le preguntó alarmado a Elena.

—Juan, Enrique— dijo Elena todavía doblada —, este es mi cuate Alejandro.

—Mucho gusto— dijeron los hermanos.

—Qué onda— dijo Alejandro, sin apartar la vista de Elena —. ¿Qué te pasa? ¿Y cómo viniste a parar aquí?

Elena no quería mirarlo a los ojos; sabía que se veía de la chingada, y recién vomitada seguramente se vería peor. Qué pérdida de estilo. Así que aprovechó que se había doblado para vomitar para permanecer en esa posición. Además de que sentía como si hubiera ratas corriendo en su estómago.

—¿Te duele la panza?— preguntó Alejandro.

—Sí; pero sólo necesito agua para lavarme la cara y enjuagarme la boca.

—¿Dónde están los baños?— le preguntó Alejandro a Elena, pero Enrique le contestó:

—Están por allá; pero es sólo pasto para que la gente pueda orinar. Hay una llave de agua no muy lejos.

—Gracias— dijo Alejandro, y tomando a Elena del brazo le dijo —; vente, vamos a que te laves.

El cerebro de Elena estaba trabajando furiosamente. Sin saber qué hacer, le preguntó a Alejandro justo sobre lo que no tenía la menor gana de oír nada:

—¿Cómo te fue con la Loba?

—Me alegra informarte que ya tengo novia.

—Felicidades— le dijo Elena, con el tono de voz que alguien usaría en un funeral. Seguía un poco encorvada, y dejaba que su pelo le tapara la cara.

—¿Cómo acabaste aquí?— le preguntó Alejandro —; Ernesto, Érika, Ana y yo llegamos aquí de puro rebote en el carro de mi papá. . .

—*Laaaaaarga* historia. Pero conocí a Mayra.

—¿De verdad?

—Sí; eres un pendejo.

—¿Perdón?

—Luego te platico bien; pero eres un pendejo.

—Si tú lo dices. . . pero sí, tenemos que juntarnos a platicar pronto. Estoy muy contento; esta chava es maravillosa, y conforme más platico con ella más me gusta. Quiere ser doctora.

Elena hizo un sonido gutural. No sabía si los calambres que sentía en el estómago eran porque para esa altura debía estar más allá de lo vacío, o si era dolor de oír a Alejandro contarle de su nueva y perfecta novia.

—Además— continuó Alejandro, completamente ignorante del sufrimiento de su amiga —, me hizo un comentario que logró calmarme respecto a la elección de carrera.

—Alejandro— le dijo Elena medio harta de oírlo balbucear acerca de su felicidad con *otra* chava que no era ella —, has estado haciendo, para variar, una tormenta en un vaso de agua con lo de

la carrera porque sabes que casi en cualquier cosa que elijas podrás sobresalir, porque eso haces: sobresales. Entonces crees que es difícil escoger carrera, por todas las opciones. Eso no es cierto, y tú lo sabes: vas a ir a la Facultad de Ciencias a estudiar Física, y lo único que te preocupa realmente es exactamente de qué vas a trabajar cuando termines. Pero sabes que para eso naciste; aunque seas absurdamente bueno en casi cualquier otra cosa, y te gusten áreas humanísticas como la historia y la filosofía, lo cierto es que naciste para ser físico.

Alejandro se detuvo. Aún mientras Elena hablaba, Alejandro se dio cuenta de que, una vez más, lo hacía como si lo conociera mejor que él mismo. En cuanto Elena dijo “Física”, Alejandro supo que la siguiente semana era la carrera que elegiría en las ventanillas.

—¿Por qué no me habías dicho nada al respecto?— preguntó Alejandro, con un ligero tono de reproche en la voz. La cuestión lo había estado angustiando durante meses, ¿y ella no le había dicho *nada*?

Elena se detuvo unos pasos más adelante y, todavía agarrándose la panza con las dos manos, lo miró por primera vez desde que había vomitado.

—Porque era *evidente* que no querías hablar del tema. Lo cual no me extraña; te encanta hacer drama con tu vida.

—La elección de carreras es la siguiente semana. . .

—Ya lo sé; pero ibas a elegir Física te dijera yo algo o no.

—¿Cómo podías saberlo? ¿Cómo *puedes* saberlo?

—Porque no eres un pendejo. . . en este tipo de cosas al menos. Al contrario, eres *desesperantemente* inteligente. Y además porque tengo fe en ti.

Los ojos de Elena se llenaron de pronto con lágrimas. La panza le estaba doliendo de forma espantosa, pero supo que no era por ello que lloraba.

—Podré no tener fe en Dios, pero tengo fe en ti— dijo con la voz entrecortada. Se acuclilló en el piso y comenzó a llorar de nuevo.

—¿Qué tienes?— preguntó Alejandro pasándole un brazo por los hombros.

—Me siento muy mal— le dijo Elena sin dejar de llorar.

—Vamos; deja nada más voy por Ana y te llevamos a tu casa.

—¡No!. . . digo, no; es tu primera noche con ella. Disfrútala; sólo llámame un taxi, por favor. O diles a Ernesto y Érika que me den un aventón con tu carro; van a aceptar.

Alejandro sacó su celular y le llamó a Ernesto; un par de minutos después entre los tres (incluyendo a Érika) ayudaban a Elena a entrar al carro del primero, en el asiento trasero. Ernesto y Érika habían tenido el buen sentido de decirle a Ana que esperara donde estaba a que regresara Alejandro. Para el momento en que la metían al carro, Elena había dejado de llorar.

Antes de que Alejandro cerrara la puerta, Elena tomó su solapa y lo acercó hacia ella.

—¿Te acuerdas que te dije que un día ibas a encontrar una chava que te haría darte cuenta de que, exceptuando que te desvirgué, yo no tengo nada de especial?— le preguntó.

—Sí— dijo Alejandro.

—Creo que es Ana— le dijo Elena sonriendo, las lágrimas volviendo a salir de sus ojos. Alejandro le regresó la sonrisa.

—Gracias— le dijo —; pero eres la chava más especial que conozco.

Y le dio un beso en la boca como los que ella acostumbraba darle a él; muy suave, casi fraternal. Después cerró la puerta, y Ernesto y Érika se la llevaron.

En cuanto estuvieron fuera del lote donde estaba el Alacrán, Elena empezó a llorar de nuevo, a grito pelado.

—¡Soy una pendeja!— gritaba, una vez más, a los pobres de Ernesto y Érika, que ya se habían resignado a que así sería todo el viaje de regreso —. ¡Y además, el último beso que me va a dar en la vida fue justo después de que vomité! ¡Y ni siquiera me pude enjuagar la boca!

Después de un par de minutos se quedó callada, y Ernesto supuso que se había quedado dormida. Eso fue hasta que Elena preguntó, con una voz impresionantemente firme:

—¿A dónde vamos?

—A tu casa.

—No.

—¿Perdón?— preguntó Ernesto mirándola por el espejo retrovisor; se sorprendió al ver cómo brillaban sus ojos.

—Necesito comer; mi estómago está completamente vacío. También tengo que tomar agua. Mucha agua.

—Haces eso cuando te dejemos en tu casa.

—No puedo llegar así a mi casa; mis papás me matan. Hay unos tacos en Periférico; ya sabes cuáles, viejo, hemos ido antes. Vamos ahí, por favor. Además, aunque mis papás no me mataran, no puedo regresar a mi casa todavía.

—¿Por qué?— preguntó Érika, alarmada por la decisión que se oía en la voz de Elena.

—Porque tengo que regresar al Alacrán. Tengo que bajarle a Alejandro a esa pinche vieja advenediza.

17

Alejandro vio cómo se iba Ernesto con su carro y con Elena, y se dirigió a donde lo esperaba Ana. Lo que Elena le había dicho de la elección de carrera lo había sacado mucho de onda; era un tema que lo había estado preocupando durante meses, y Elena se lo había desembrollado en menos de un minuto. Además había estado enojado con todo mundo porque sentía que lo chingaban incansablemente con que ya eligiera, y no se había percatado de que Elena era la única que *jamás* le había mencionado el tema. Como si fuera la única que había entendido que no quería hablar de eso.

También lo que le dijo de Ana lo sacó mucho de onda. Sólo no estaba seguro de por qué. Dejó de pensar en todo eso cuando vio a su novia sonriéndole cuando notó que se acercaba. Ella había estado platicando con sus cuates que habían ido al Alacrán, pero en cuanto lo vio se separó de ellos y fue a su encuentro.

—¿Qué pasó?— le preguntó abrazándolo.

—¿Te acuerdas de mi amiga Elena? Resulta que llegó aquí también, pero se puso mal del estómago y le presté el carro a Ernesto para que la llevara a su casa.

—Ah; ¿por qué no fuimos nosotros también?

—Elena no quiso; dijo que era nuestra primera noche juntos y que debíamos disfrutarla.

—Qué chida. Vamos a seguir su consejo.

Ana lo besó; Alejandro cerró los ojos y disfrutó el besar a una muchacha que le gustaba mucho, que le caía muy bien y con la que le gustaba pasar el tiempo. Pero no pudo evitar que, una parte de su cabeza, se preocupara de cómo estaría Elena.

Unos minutos después Elena se encontraba bien, de cierta manera. Para ese momento se estaba (literalmente) *atascando* cuatro tacos de suadero y tres de pastor, con *mucha salsa y harto* pasto; pa' la flora y fauna intestinal.

Érika y Ernesto, que habían pedido un par de tacos cada uno y ya los habían terminado, la veían sin poder creer que una chica tan delgadita pudiera comer tanto. Y de forma tan atascada además; la muchacha parecía estar disfrutando los tacos de una manera *casí lasciva*.

—Putra madre me moría de hambre— dijo, entre una mordida de alguno de sus tacos y un trago de su segundo refresco.

—¿No te hará daño comer así después de tener el estómago vacío?— preguntó Érika.

—Viejo, entre mis múltiples cualidades— dijo Elena entre dos mordidas —, está que puedo comer hasta piedras— terminó uno de sus tacos y comenzó a echarle limón al siguiente —. A Alejandro le encanta que podemos comer hasta los tacos que venden afuera del metro General Canalla.

Los tacos parecían haberle dado nueva vida; todavía se veía de la chingada, pero había dejado de llorar y se le notaba llena de energía. Con dos poco elegantes mordidas terminó su último taco, se acabó lo que quedaba de su refresco, eructó impresionantemente, y se dirigió tranquilamente al carro de Alejandro, dejando que Ernesto (maldiciendo entre dientes) pagara.

Camino al carro Elena compró una botella de litro y medio de agua, y (después de darle un trago que la decimó en una tercera parte) utilizó algo de la misma para medio lavarse las manos y la cara, y echarse algo en el pelo.

Cuando Érika y Ernesto regresaron al carro después de pagar, Elena le dijo a la primera:

—Viejo, dime por favor que tienes cepillo y rímel.

—Creo que sí— dijo Érika, comenzando a buscar en su bolso.

—Elena— dijo Ernesto —, ya estás mejor, tus papás ya no te van a matar; déjanos llevarte a tu casa.

—Nop— dijo Elena tomando el rímel y un espejo de mano de Érika y comenzando a enchinarse las pestañas con las uñas —; tengo que ir a recuperar a Alejandro.

—Alejandro se ve contento— dijo Ernesto, de repente más serio

que de costumbre —, esta chava la gusta, y parece que él a ella también. Tú tuviste tu oportunidad y, cualesquiera que fueran tus razones, el punto es que siempre lo rechazaste. ¿De *verdad* te parece justo que le arruines esto sólo porque *en este momento* te das cuenta de que quieres andar con él?

—Viejo, te explicaría por qué no sólo es justo, sino necesario— le contestó Elena aplicándose el rímel —; pero eso implicaría perder tiempo, que me parece no tengo ya mucho, así que te lo pongo así: no me voy a bajar de este carro hasta que lleguemos al Alacrán, y tú tienes que regresarle el carro a Alejandro, así que mejor deja de estorbarme y llévanos de regreso. Además, si te sirve de consuelo, no voy a hacer nada que *directamente* afecte su relación con Ana; si él decide quedarse con ella, la Loba ni se va a enterar de que yo hice algo.

Ernesto pensó un par de segundos; no estaba seguro de si su lealtad como amigo de Alejandro implicaba el evitar que una reina potencialmente le arruinara su primera noche con su nueva novia. Érika le puso la mano en la pierna y le ayudó a sobrellevar el dilema:

—Vamos al Alacrán, mi vida— le dijo.

—¿Segura? Esta reina— dijo apuntando con un pulgar a Elena —está demente. . .

—Oh sí— agregó Elena desde el asiento trasero —, de eso que no les quede la menor duda.

— . . . ¿de verdad crees que sea buena idea?

—Creo que sí— dijo Érika, aunque se notaba insegura.

—¿Por qué?

—Vamos a decir que intuición femenina.

Ernesto lanzó un pequeño gemido, pero decidió que de cualquier forma había que regresar al Alacrán, y que él ya había dicho su punto de vista. Al final de cuentas no era la pilmama de Alejandro ni de Elena.

—¿Qué es lo que planeas hacer?— le preguntó Érika a Elena pasándole el cepillo.

—Sólo necesito hablar diez minutos con Alejandro— contestó Elena, que comenzó a cepillar su cabello.

—Suenas muy segura— dijo Érika, impresionada de lo guapa que comenzaba a verse Elena, tan sólo con el rímel y la cepillada

de pelo; especialmente considerando que sólo hacía unos minutos atrás se veía *de la verga*.

—Viejo— dijo Elena toda sonrisa, los ojos brillantes —; *por supuesto* que sueño segura.

Elena hizo un cuenco con sus manos y se las llevó a la cara, para oler su propio aliento.

—¿Alguien tiene chicles?— preguntó, haciendo un gesto —; huelo a taco de suadero, y aunque sí creo poder ligarme a Alejandro, creo que será más fácil si mi aliento no lo asesina.

Érika, que no podía creer el cambio que se había dado en Elena, le pasó uno de los chicles de Ernesto, que generalmente ella cargaba en su bolso. Su novio la miró feo, pero ella lo ignoró. Elena revisó su aspecto en el espejo de mano que Érika le había prestado, y frunció el ceño como si considerara algo.

—Bueno— dijo al fin—, creo que lo amerita. ¿Viejo, tienes lápiz labial?— le preguntó a Érika.

La muchacha le pasó su lápiz labial, que Elena comenzó a aplicar de forma hábil. Después se revisó una vez más en el espejo de mano, y al parecer por fin satisfecha miró a Érika y Ernesto.

—¿Qué tal?— preguntó.

Érika seguía sorprendida del cambio que se había producido en Elena, y Ernesto (mirándola por el espejo retrovisor) incluso levantó las cejas; se veía muy guapa. No era el rimel, ni el cabello cepillado, ni el lápiz labial (aunque sin duda ayudaban); era la sutil sonrisa en su boca, y el brillo de sus ojos. Ernesto creyó entender por qué Érika había estado de acuerdo en que regresaran al Alacrán.

—Estás muy guapa— le dijo Érika, sonriendo.

—Ahora van a ver— dijo confiada Elena, acomodándose en el asiento trasero— ¿conque llegó una Loba, no? Lo que no sabía es que aquí, aquí manda una Leona.

La Loba mientras tanto estaba recargada en el carro de uno de sus amigos, besándose sin prisas con Alejandro, deteniéndose de vez en cuando para comentar o preguntar algo. Si alguien le hubiera dicho que una chava venía en camino con el firme propósito de bajarle a su nuevo novio, probablemente se hubiera botado de la risa.

—No piensas madreártela ni nada así, ¿verdad?— le preguntó Érika a Elena, preocupada.

—¡Por supuesto que no!— contestó Elena riéndose —. Sólo necesito hablar con Alejandro.

—Qué bueno— agregó Ernesto —; porque es más alta que tú y, por lo que vi, buena para los deportes.

—¡Ja!— contestó Elena agitando una mano como si alejara una mosca molesta —; si quisiera, le partía su madre. Pero no quiero; no es su culpa.

—No me imagino una chava tan delgadita como tú partiéndole la madre a nadie— dijo Ernesto.

—Soy más fuerte de lo que parezco. Además, estamos hablando aquí de Alejandro. Le partiría su madre a ella y a diez como ella de ser necesario.

La imagen hizo sonreír a Ernesto, y comenzó a alegrarse de sí llevar de regreso a Elena. Además de que si se agarraban a madrazos Elena y Ana, *sin duda* sería divertido.

Como no se habían alejado mucho del Alacrán, regresaron rápidamente y Ernesto estacionó el carro algo alejado de dónde estaban Alejandro y Ana. Elena se bajó, dejando a Ernesto y Érika en el carro.

—¡Elena!— escuchó de repente que una voz de mujer le gritaba.

Volteó a mirar quién era, y vio con sorpresa que se trataba de Mayra; se había olvidado por completo de ella y de Enrique y Juan. Mayra se acercó corriendo.

—Cuando regresé del baño Juan y su hermano me dijeron que te habías sentido mal y te fui a buscar, pero no te encontré. Y vi a Alejandro, pero vi que estaba con su nueva novia y no lo quise interrumpir. ¿Qué te pasó?; me habías preocupado.

—Me puse mal del estómago, pero ya estoy bien.

—¡Hola!— dijo llegando de repente Érika, corriendo a abrazar a su mejor amiga.

—¡Hola!— contestó Mayra.

Las dos muchachas se abrazaron.

—No sabía que se conocían— dijo Érika mirando de Mayra a Elena.

—¿Bromeas?— dijo Elena —; si ya hasta fajamos.

—¿Perdón?— preguntó Ernesto, interesado.

—Luego te platico— le dijo tranquilamente Mayra a Érika.

—Y tú me platicas a mí— le dijo Ernesto a Érika, todavía interesado.

—¿Cuándo te arreglaste?— le preguntó Mayra a Elena —; te ves muy guapa.

—Gracias; ahorita en el carro. Voy a recuperar a Alejandro— le dijo sonriendo.

—¿De verdad? Me imagino que ya sabes todo el chisme— le comentó Mayra a Érika.

—Más o menos; falta que alguien me explique qué quiso decir Elena con que fajaron.

—A varios nos interesaría oír dicha explicación— dijo Ernesto, aún interesado.

—Bueno— dijo Elena ignorándolo —; dejen voy a buscar a Alejandro y a la Loba.

—Espera— dijo Ernesto —; te acompaño para darle sus llaves. Elena pensó un segundo.

—Mejor ve tú a darle las llaves; si me ve llegar contigo te va a reclamar de no haberme dejado en mi casa. Por lo mismo no le digas que no me dejaste ahí.

—Yo voy contigo— le dijo Érika a Ernesto, y luego a Mayra —; mañana te llamo: me tienes que contar todo el chisme.

—Mañana te platico— le dijo Mayra.

—Bueno— dijo Ernesto —, entonces vamos nosotros y tú nos alcanzas en unos cinco minutos.

Ernesto y Érika se alejaron, buscando a Alejandro.

18

Mayra y Elena se quedaron donde estaban, la segunda esperando con una sonrisa.

—Te ves muy segura— le dijo Mayra.

—Lo estoy.

—¿Qué vas a hacer?

—Sólo tengo que hablar unos minutos con Alejandro.

—¿Enfrente de su nueva novia?

—Ya veré cómo hacerle para tenerlo para mí sola unos momentos.

—¿Y qué le vas a decir?

—Lo necesario.

Mayra lo consideró un segundo sonriendo, pero decidió no seguir preguntando al respecto.

—¿Entonces me vas a dejar para que lidie yo solita con los dos hermanos?— preguntó en su lugar.

—Bueno— le dijo Elena riendo —, Enrique sonaba como que quería hacerle al fiel.

—Me puedo conformar con Juan; a estas alturas la verdad me cogería lo que fuera.

—¿Yo incluida?

—No, lo siento; necesito un pene. Aunque dos no me vendrían mal.

Las dos muchachas se rieron.

No lejos de ahí, Érika y Ernesto llegaron a donde Alejandro seguía besándose con Ana. Nada más vio que Alejandro lo había notado, Ernesto le dio las llaves; no sabía qué era lo que iba a

ocurrir cuando Elena hiciera su desmadrito, pero no quería que ocurriera cuando él todavía tuviera las llaves de su amigo.

—¿Cómo es que tardaron tan poquito?— preguntó Alejandro extrañado.

—No había tráfico— dijo Ernesto. Técnicamente además era verdad.

Sólo que Alejandro no escuchó su respuesta; estaba volteando a varios lados, y se veía preocupado.

—¿Qué pasa?— preguntó Ana.

—¿Dónde está el carro?— le preguntó Alejandro a Ernesto, y en cuanto se lo señaló y Alejandro lo encontró con la mirada, comenzó a caminar rápido hacia él.

—Sígueme; nos vamos— dijo Alejandro, tenso.

—¿Por qué?— preguntó Érika.

—No veo la camioneta del OjoCaido— dijo Alejandro.

—¿Y?— preguntó Ernesto.

—Significa que viene la policía, y si más gente se da cuenta esto se va a convertir en una estampida.

Ernesto iba a decir algo, cuando se escuchó un grito a la distancia “¡ahí viene la tira!” Como si hubieran gritado “¡arranquen!”, comenzó una estampida de chavos hacia los carros, y otros sencillamente lejos del lote baldío. Por suerte Alejandro y los demás habían llegado al carro al momento del grito, y pudieron entrar antes de que la gente comenzara a correr por todos lados.

Los siguientes minutos fueron una tortura para Alejandro, que movía el carro con el mayor cuidado posible, evitando a la banda alebrestada y a los otros carros; cada diez metros veían dos carros que habían chocado al intentar salir. De puro milagro Alejandro consiguió sacar el carro del lote, y en cuanto vio que tenía la calle libre aceleró todo lo que pudo. Todavía escucharon el ruido de sirenas; pero ya estaban lejos en ese momento.

Dentro del carro, Érika le susurró a Ernesto:

—¿Qué hay de Elena?

—Esperemos que haya salido de ahí; ahorita ya no hay nada que podamos hacer.

Elena y Mayra oyeron el grito de advertencia de que venía la policía, y Elena se asomó unos segundos, sin saber qué hacer. Mayra la tomó de la mano e hizo que corrieran hacia la entrada

del lote, junto con una multitud de chavos y chavas que iban a pie o habían dejado su carro fuera.

Las dos muchachas iban corriendo, cuando alguien les tocó el claxón; cuando voltearon vieron que eran Juan y Enrique, que habían sido de los primeros en notar que el OjoCaido había levantado el changarro, y ya estaban fuera al momento del grito de advertencia. Las muchachas entraron corriendo al carro, y Enrique aceleró tratando de evitar a los muchachos que corrían por todas direcciones.

Cuando el latir de su corazón se hubo calmado un poco, Elena sacó su celular y le preguntó a Mayra:

—¿Tienes el número de Érika?

—Sí, ¿para qué?

—Necesito localizar a Alejandro para ir a hablar con él.

Mayra sacó su celular y rápidamente le pasó el número de Érika. *Justo* en ese momento, Érika le dijo a Ernesto:

—Le voy a llamar a Elena; pásame su número.

Las dos muchachas se marcaron al mismo tiempo y, previsiblemente, ambas recibieron el tono de número ocupado.

—Suena ocupado— le dijo Érika a Ernesto y Elena a Mayra.

—Trata de nuevo— le dijo Ernesto a Érika y Mayra a Elena.

Las dos muchachas se volvieron a marcar al mismo tiempo, con el mismo resultado.

—A lo mejor está tratando de llamarte— dijo Ernesto.

—Tal vez te está marcando ella— dijo Mayra.

Las dos muchachas dejaron sus celulares en paz. A los dos minutos Elena y Érika dijeron:

—Voy a intentar de nuevo.

Una vez más recibieron el tono de ocupado. Elena tiró su celular al lado y se llevó las manos a los ojos.

—Necesito localizar a Alejandro.

—¿No puedes esperar a mañana?— preguntó Mayra.

—No puedo arriesgarme; si siguen juntos Ana y él durante más tiempo, es posible que cojan, y entonces las posibilidades de que lo que tengo que decirle haga efecto disminuyen considerablemente. Además de que no quiero que se acueste con ella, obviamente.

En el carro de Alejandro, Érika también había dejado de intentar marcar.

—¿A poco no estuvo divertido?— preguntó Ana a todos los ocupantes del vehículo, una enorme sonrisa en su cara.

—Si alguna vez nos invitas a algo que *tú* consideres emocionante— dijo Ernesto —, me voy a asegurar de poner la mayor posible distancia entre nosotros.

—¿Tienen hambre?— dijo Alejandro, cambiando el tema —. Yo me muero de hambre. ¿Por qué no vamos a los tacos de Periférico que siempre vamos?

Ernesto y Érika se miraron.

—OK— dijo Ernesto, y su novia se apresuró a mandarle un mensaje de celular a Elena diciéndolo a dónde iban.

En el carro de Enrique, Juan volteó a ver a Mayra y Elena.

—¿Qué onda chavas, quieren seguísela con nosotros en nuestra casa?

Justo en ese momento el celular de Elena comenzó a hacer ruido; ella lo tomó y leyó el mensaje de Érika.

—Están en los tacos de Periférico— le dijo a Mayra, y luego miró a Juan que todavía las veía, y a Enrique por el retrovisor —. Chavos; sé que se han portado bien lindos, pero tengo un favor más que pedirles.

—¿Qué pasó?— preguntó Enrique.

—Necesito que me den un aventón a unos tacos que están cerca de Periférico e Insurgentes. Y que me esperen ahí unos minutos, y después me lleven a la Torre de Rectoría.

Enrique y Juan se miraron.

—¿Vas a ver a tu pendejo?— preguntó Enrique.

—Sí.

—¿Y después para qué vas a ir a Rectoría?

—A esperar.

—¿Qué?

—Que mi pendejo decida que quiere estar conmigo en lugar de la Loba.

—¿Y crees que hacer eso es algo inteligente?

—Será la primera cosa inteligente que haga en toda la noche— dijo Elena, decidida.

—OK— dijo Enrique después de pensarlo un par de segundos.

—¡Gracias!— dijo Elena —, en agradecimiento voy a convencer a Mayra de que les pague por mí en cuerpomático.

—¡Oye!— le reclamó riendo Mayra.

—¿No que querías dos penes?— le preguntó susurrando Elena, divertida.

—Pues sí, pero ten más decoro.

—¿Cómo llego a esos tacos?— preguntó Enrique.

Elena le explicó el camino. Mientras tanto, Alejandro y Ana comían tacos alegremente, mientras Ernesto y Érika, que habían pedido de nuevo dos tacos cada uno, los miraban en silencio. Empezaban a sentirse cansados, y cada uno comenzaba a pensar que ya querían estar solos y coger, y dejar de andar presenciando los dramas de otros güeyes.

El teléfono de Érika sonó, y lo contestó.

—¿Bueno?

—Qué onda, soy Elena; acabo de llegar a los tacos.

—Ajá.

—¿Le podrías pedir a tu novio que le diga a Alejandro que tiene que hablar con él a solas, y que lo lleve atrás de los puestos?

—¿Para?

—Sólo para que la Loba no vea que hablo con él.

—Sale.

Érika colgó y Alejandro le preguntó que quién había sido.

—Mis papás— mintió Érika, sin mucho entusiasmo; después le dijo a Ernesto susurrando lo que Elena le había pedido. Ernesto suspiró.

—Alejandro— dijo —, ¿puedo hablar contigo un segundo a solas?

En el coche de Enrique Elena terminó de hablar con Érika y le dijo a los demás pasajeros:

—No me tardo nada; espérenme aquí.

La muchacha se bajó del carro y se dirigió a la parte detrás de los puestos de tacos. Mientras tanto Ernesto había llevado ahí a un extrañado Alejandro, siguiendo las instrucciones de Elena.

—¿Qué pasó?— preguntó Alejandro, algo preocupado.

—Mira ka. . . sólo quiero dejar claro que yo intenté evitar que esto ocurriera, pero la verdad ni sé qué tan deseable eso sería. Así que sólo te voy a decir suerte.

—¿Perdón?

—Mira atrás de ti.

Alejandro se dio la media vuelta, y se encontró con Elena parada frente a él, muy guapa con su sonrisa y el extraño brillo que salía de sus ojos.

—Hola mi rey— le dijo, sin dejar de sonreír.

Cuando Ernesto y Érika se la llevaban del Alacrán, con la intención de ir a dejar a su casa, Elena recordó una vez que ella había llamado a Alejandro y le había preguntado si sus papás iban a estar en la tarde en su casa. Él le dijo que no, y ella le avisó (no le preguntó su opinión al respecto) que le caía ahí algo más tarde.

Ella llegó y cogieron, de forma particularmente rica, y después se quedaron desnudos en la cama de él, abrazados, platicando de la escuela, de sus familias, de lo que les había pasado en los días que no habían hablado. Riendo la mayor parte del tiempo.

Elena entonces se acodó y lo miró como ella solía mirarlo, como si pudiera leer en sus ojos aspectos de su vida que él mismo no conocía o entendía, y sonriendo le dio un beso tierno en la boca.

—Ya me voy antes de que tus papás lleguen y tenga que salir por la ventana— le dijo.

—Quédate— dijo él.

—¿Cómo me voy a quedar?— preguntó ella riendo —; tus papás ya no deben de tardar.

—Te los presento. Les digo que eres mi novia.

Elena sonrió, pero su mirada se entristeció sutilmente.

—No me quieres de novia, mi rey.

Elena se levantó de la cama y comenzó a vestirse con calma. Tenía algo de ganas de llorar; una parte suya le gritaba que se quedara, que se hiciera novia de él, que esta vez no sería como las otras, que podría controlarse y evitar lastimarlo, que esta vez no iba a perder a su mejor amigo. Pero la parte racional de su cerebro ganó la batalla, y le dijo que no, que con otros había sido doloroso perderlos; pero que no podría soportar perderlo a él.

—Te equivocas— le dijo Alejandro —; sí te quiero de novia.

—Rey. . .

—¿Tengo algo mal? ¿Qué es lo que tengo que te impide estar conmigo? Dime qué tengo que hacer para que. . .

Elena le puso tres dedos de su mano en la boca y lo cayó. Le dio un beso.

—Ya me voy, ¿sí? Te llamo luego.

Elena salió de ahí, comenzando a llorar en cuanto bajaba las escaleras de la casa, y no dejó de hacerlo hasta que se logró dormir en la noche. Tres días después conoció al que sería su novio hasta unos días antes de la Noche del Alacrán; pero Alejandro no se entería hasta casi dos meses después, porque no volvieron a hablar en todo ese tiempo.

Le caía muy bien el muchacho que se la ligó de forma básicamente accidental, y ella se esforzó hasta lo imposible por ahora sí tener una relación que funcionara y que fuera sana. Y al mismo tiempo Alejandro pareció entender que ella sólo quería ser su amiga, y todo fue miel sobre hojuelas. Exceptuando el bizarro incidente cuando Alejandro se puso moto, y después nunca más recordó lo que le había dicho ese día en Cuiculco. Pero exceptuando ese raro episodio, todo estuvo bien entre ella, su novio y Alejandro.

Hasta la ocasión en que ella estalló (como siempre lo hacía), y su confundido novio le había dicho que mejor hasta ahí llegaban. Sin ni siquiera pensarlo Elena llamó a Alejandro, sin saber que ese día Ernesto había raptado el coche de su papá.

Tenía muchísimas ganas de estar con él; de platicar con él; de cogérselo. Y para su sorpresa Alejandro resultó demasiado noble como para incluso hacer eso. Una vez que Alejandro se fue, Elena le llamó a su novio y le rogó que volvieran, que lo sentía, que no volvería a pasar, que había sido cosa de una vez. Que la aceptara de nuevo, por favor, porque si no ella se lanzaría a los brazos de Alejandro y entonces eventualmente lo perdería.

Bueno, eso no se lo dijo; pero lo pensó.

Unas semanas antes de la Noche del Alacrán Elena llegó al punto al que *siempre* llegaba cuando sus novios le sobrevivían la primera o segunda explosión histérica; se aburría. Trató de esforzarse por estar bien con él, trató de compensar el tedio con sexo, trató de verlo menos seguido para apreciarlo más. . .

Y nada funcionó; el guapo muchacho con el que antes había logrado conseguir un equilibrio emocional ahora sencillamente la aburría. Tal vez incluso así hubiera podido seguir andando con él; pero cuando nada más pudo pensar en Alejandro cuando ella y su novio cogían, decidió que no era justo para él, y lo terminó de forma implacable: sin discusiones, sin ultimátums. Ahí terminaban y punto.

Estuvo a punto de llamarle a Alejandro, pero se contuvo. Si no él otra vez querría andar con ella; estaba segura. Y ella no podía permitirse eso, porque eventualmente causaría que lo perdiera. Para siempre.

Todo eso Elena lo recordó en unos segundos mientras Érika y Ernesto la llevaban a su casa en el coche de Alejandro, y en ese instante algo ocurrió en su cerebro; especialmente al recordar el incidente en Cuiculco. Ahí supo lo que tenía que decirle a Alejandro si quería al menos una esperanza de que él quisiera volver a andar con ella. Y también entendió lo que él tenía que hacer, si estaba dispuesto, para aplacar todos los miedos que ella siempre había tenido, y por los que se había negado a andar con él. Y ahí también decidió que estaría en manos de él decidir si seguir con la Loba o no; ella no haría nada para arruinarle esa relación si él no la escogía a ella.

Pero la iba a escoger a ella, estaba segura. Estaba *tan* segura, de hecho, que todo cayó en su lugar en ese momento; supo qué tenía que hacer, y cómo tenía que hacerlo. Y lo hubiera hecho en el Alacrán, si no fuera por la estampida que se dio cuando avisaron que llegaba la tira; y es lo que se propuso hacer cuando Alejandro volteó a mirarla y ella le dijo:

—Hola mi rey.

Alejandro se quedó sin habla durante varios segundos. No sólo porque él creía que Elena se encontraba ya segura en su casa, sino porque se veía *guapísima*; más guapa de lo que él recordaba haberla visto. Y en comparación con cómo la había visto cuando la puso en su carro en el Alacrán, despampanante.

—¿No estabas en tu casa?— preguntó al fin.

—No; eso fue un ingenioso engaño que hicimos entre Ernesto, Érika y yo. Pero yo casi les hice mano de cochino para que aceptaran participar en él; no te enojas con ellos si esto al final sale mal. . .

—¿“Esto”?

—No me interrumpas, porque lo que voy a decirte es importante. En la casa del Cacotas la chava en el baño que andaba mal era yo; no sé quién hayas creído tú que era.

—¿No era Mayra?

—No, no era Mayra; y no me interrumpas. Y además eres un

pendejo por cómo trataste a esa chava; te perdiste de una persona que es maravillosa. . .

—Pero. . .

—Que no me interrumpas. En la casa del Cacotas estaba mal porque tomé mucho y fumé mucha mota. . .

—A ti no te gusta la mota. . .

—Que no me interrumpas. Quería ponerme peda. O mota. O ambas.

—¿Por qué?

—No me interrumpas, te digo. Porque te había visto con Ana, y hasta nada más con dos dedos de frente es fácil ver que es una chava increíble; bonita, simpática, inteligente, y además que le gustas y quiere estar contigo.

—¿Y por eso te pusiste mal?

—No, tarado; me puse mal porque me puse celosa. Y no me interrumpas.

Alejandro recordó cómo Elena se había puesto celosa también de Mayra, y supuso que sería algo del estilo. Como si adivinara lo que pensaba, Elena añadió:

—Esto no es como cuando me puse celosa de Mayra. Cierto, me pondré celosa toda la vida de cualquier chava con la que andes; pero Angélica y Mayra realmente no eran amenazas. Con Mayra me puse todavía más celosa porque te complacía en algo que siento es “de mi propiedad”; el sexo. Porque yo te desvirgué. Pero realmente a ninguna de ellas las veía como amenazas.

—¿Amenazas?

—Que no me interrumpas, chingao. Quiero andar contigo; *siempre* he querido andar contigo, pero siempre me ha ganado el miedo de hacer la misma bola de pendejadas que siempre hago con mis novios, y lastimarte de tal forma que tú ya nunca más quieras saber de mí. . .

—Pero si has tenido sólo como tres novios, y el que tuviste en secundaria no puede contar; eran niños. . .

—No me interrumpas, carajo. Racional *o no*, tengo un miedo horrible de perderte; de que ya no quieras verme, o hablarme. Y en menor medida de que no quieras coger ya conmigo.

Elena dio un pequeño paso, acercándose a Alejandro.

—Sé que esto es increíblemente injusto, que me de cuenta de que estoy dispuesta a tragarme todos esos miedos y andar contigo, cuando tú acabas de encontrar alguien que realmente te gusta, pero creo que necesitaba sentirme realmente amenazada para notarlo. Eso y tronar con mi novio; terminamos hace unos días.

—¿Qué...?

—Pues, carajo, ¿qué parte de “no interrumpas” no entiendes?

Elena dio otro pasito, quedando ya muy cerca de Alejandro. Como era más chaparrita que él, lo tenía que ver alzando bastante la cabeza.

—También sería bastante idiota de tu parte que dejaras a la Loba y anduvieras conmigo, tomando en cuenta que ella es *mucho* más bonita que yo, más simpática, y *definitivamente* menos lorenza. En particular menos lorenza; cualquier gente racional te diría que te mantuvieras alejado de mí.

Alejandro había abierto la boca, pero no pudo decir nada. . . lo cual fue bueno, porque Elena sólo lo hubiera vuelto a callar.

—Pero es lo que te voy a pedir— dijo ella —; que la dejes y andes conmigo. Y no te voy a rogar, ni a gritar, ni a dar ninguna razón lógica de por qué deberías hacerlo. . . en gran medida porque no existe ninguna razón lógica de por qué debieras hacerlo. Así que sólo te voy a decir algo, y te voy a dar tiempo para que lo pienses. Después de que te diga lo que realmente te vine aquí a decir, voy a ir a la parada del PumaBús en la Torre de Rectoría, y voy a esperarte ahí. Si para cuando salga el sol no has llegado entenderé que la elegiste a ella, y estará bien. Seguiré siendo tu amiga, si estás de acuerdo; lo que más me importa es no perderte. Y la Loba ni siquiera tendrá que enterarse de todo esto, si tú no deseas decírselo (que te aconsejaría no hacerlo, por cierto). Pero si antes de salir el sol te decides, contra toda lógica y razón, por andar conmigo, te estaré esperando ahí. ¿Entiendes?

—¿Qué es lo que veniste aquí a decirme?

—¿Entiendes lo que te dije?

—Sí; ¿qué es lo que veniste aquí a decirme?

—A ver, ¿dónde voy a estar?

—En la parada del PumaBús de la Torre de Rectoría; ¿qué es lo que veniste aquí a decirme?

—¿Y hasta qué hora te voy a esperar?

—Hasta que salga el sol; ¿qué es lo que veniste aquí a decirme?

Elena se puso de puntitas y le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Solamente que te amo.

Y lo besó. Y no fue *para nada* como los besos fraternales que solía darle; fue un beso húmedo, largo y sensual en el que ella hizo todo lo que pudo por transmitirle exactamente lo que sentía por él. No sólo la atracción física y la química sexual: fueron las largas conversaciones; el comprender cómo pensaba y cómo se sentía, a veces incluso antes de que él mismo lo supiera; el sentido del humor y los gustos comunes. . . *todo*. Elena puso todo lo que su relación con Alejandro significaba para ella en ese beso. Y luego lo soltó.

—Y el beso además es para que el último que me dieras no fuera justo después de que hubiera vomitado— dijo sonriendo, los ojos aún más brillantes.

Y se fue, camino del carro de Enrique, al cual se subió comenzando a sentir un hueco en el estómago, de terror de que Alejandro no la eligiera a ella. Pero se tranquilizó a sí misma diciendo: “va a llegar, no te preocupes”.

—¿Todo bien?— preguntó Mayra, mientras Enrique encendía el carro.

—Vamos a ver— dijo Elena —; ahora sólo tengo que esperar.

—¿En la Torre de Rectoría?— preguntó Enrique —, ¿de madrugada?

—Está iluminado y siempre andan dando rondines las patrullitas de la UNAM; voy a estar bien.

—Es una locura— dijo Enrique meneando la cabeza.

—Viejo— dijo Elena, toda sonrisa —; ¿aún no te das cuenta de que *estoy loca*?

Alejandro se quedó dos minutos completitos donde Elena lo había dejado. Como un absoluto pendejo.

Cuando por fin se movió, fue en automático; se reunió de nuevo con Ana, Ernesto y Érika, y terminó sus tacos. Ernesto le había dicho a Ana que Alejandro se había quedado a orinar en la calle; no era el *mejor* de los pretextos, pero ya estaba hasta la madre de andarse inventando historias.

—¿Estás bien?— le preguntó Ana a Alejandro —. Te ves raro.

—Estoy bien— mintió Alejandro —; sólo me dio el cansancio de pronto.

—Ya ahorita me dejas en mi casa y te vas a dormir, ¿va?

Y la muchacha lo besó; toda ella bonita, toda ella simpática, toda ella dulce y cariñosa. Sus cualidades eran tantas y tan obvias... y sin duda alguna también carecía de los defectos más profundos de Elena; el comportamiento errático, los estallidos histéricos (que aunque en general no se los había lanzado a él sí le había tocado presenciar uno que otro), el *drama* con todo, que lloraba porque volaba la mosca... .

Y sin embargo... .

—Sí— dijo Alejandro —, deja pago y nos vamos, ¿no?

Ernesto y Érika presenciaban todo, *ligeramente* interesados, pero más que nada medio hartos y cansados. Tan cansados, que Ernesto ya ni siquiera quería coger; sólo quería dormir. Entrepier-nado con su novia, eso sí.

Alejandro pagó los tacos y le dijo a todos:

—Vámonos.

19

Enrique detuvo su carro frente a la parada del PumaBús en la Torre de Rectoría. Elena se lanzó hacia los asientos de adelante para abrazar a Enrique y su hermano.

—Muchísimas gracias— dijo, besando a cada uno en la mejilla. Después se volvió para abrazar a Mayra —. Y muchas gracias a ti también; pásame tu teléfono, porque después te voy a platicar *todo* el chisme.

Mayra y Elena intercambiaron teléfonos, y Elena se le acercó para preguntarle al oído:

—¿Te puedo preguntar algo indiscreto?

—Dime.

—¿Traes tanga de hilo dental?

Mayra sonrió.

—Reina— le contestó susurrándole al oído —, *no traigo* ropa interior.

Elena la miró con los ojos abiertos y sonriendo.

—Definitivamente me estás cayendo muy bien; te llamo luego— le dijo dándole un beso en la mejilla.

Dando las gracias una vez más, Elena se bajó del carro y caminó a la banca de piedra de la parada, donde se sentó y subiendo los pies se abrazó las rodillas. Pusó la barbilla sobre ellas y se dispuso a esperar.

Considerándolo apropiado, recordó cómo había conocido a Alejandro. Había sido también en un concierto, y Elena estaba emocionadísima de que era lo más sencillo del mundo comprar cerveza en ese tipo de eventos. Tenía todavía quince años, unos cuantos

meses de haber perdido la virginidad (con un novio que quiso mucho, pero con el que duró poco), y ganas de divertirse.

Había ido sola, porque ya no tenía novio y ella nunca fue de tener muchas amigas o amigos, y escuchaba la música cuando Alejandro la empujó por la espalda haciendo que se le cayera su cerveza. Enojada volteó a mirarlo, y todo el coraje se le derritió al suelo; le gustó desde el momento en que lo vio.

Le gustaron sus manos, y su sonrisa franca y algo pedante, y cómo olía a que había estado jugando básquet esa tarde, y que era más alto que ella (y luego crecería aún más). Y le encantó lo apenado que pareciera de haberle tirado su chela, y que se ofreciera a comprarle otra.

Caminando hacia donde vendían las bebidas, Elena se lo comía con los ojos revisando su cuerpo, mientras él comenzaba a hablar y ella iba descubriendo poco a poco lo interesante que era, y lo increíblemente atractivo que resultaba que él mismo no se diera cuenta.

Quiso pellizcarle una nalga, meterle la lengua en la boca, chuparle el pene. Pero se contuvo; a duras penas, porque nada más Elena había descubierto el sexo no tardó en descubrir también que le *encantaba*. Y se contuvo también porque le interesaba lo que Alejandro decía y, tal vez más importante, *cómo* lo decía.

También se descubrió a sí misma contándole un montón de cosas que generalmente no le contaba a la gente; no excepto a sus amigos más cercanos, mucho menos a alguien que acababa de conocer. La hacía sentirse segura, en confianza. Y además la hacía reír; la hacía reír mucho, y a ella le encantaba eso.

La ponía de muy buen humor.

Platicaron de todo lo que dos muchachos normales de quince y dieciséis años pueden platicar, y de cosas que realmente no entendían, pero que les interesaban. Se contaron chistes e intercambiaron anécdotas, y se rieron como idiotas de cualquier cosa. Se gustaron y se quisieron de inmediato.

Elena estuvo tomando todo ese tiempo; no *mucho*, pero sí definitivamente más de lo que normalmente ingería de alcohol. . . que sería *nada*. Así que estaba más que mareada cuando Alejandro se ofreció a darle un aventón para su casa. Elena concluyó que había estado tomando con el único objetivo de agarrar valor para

cogerse a la primera oportunidad que tuviera; y cuando escuchó que traía nave hasta le brillaron los ojitos de anticipación.

Camino al carro ella fingió tropezar para que la agarrara (cosa fácil porque sí estaba mareada), y aprovechando ya no le soltó la mano. Cuando él no hizo ningún gesto que indicara que eso le desagradaba, ella supo que ni siquiera iba a poder proponerle que fueran a algún lugar apartado para coger; se le iba a lanzar encima en cuanto abriera la puerta del carro.

Que, por supuesto, fue lo que terminó ocurriendo.

Y esa fue la primera cosa con que Alejandro la sorprendió: el sexo *no le gustó*. Se dio cuenta de inmediato que Alejandro era virgen (se portó básicamente igual que el primer novio con el que se acostó, que también era virgen); pero además sencillamente no le gustó: ella esperaba a alguien que se mostrara en la cama tan seguro como parecía serlo al platicar, y no encontró nada de eso. Fue tierno, y atolondrado, y hasta cierto punto y de alguna manera agradable; pero *nada* de lo que ella esperaba.

Pero Alejandro le seguía cayendo muy bien, y siguió platicando y saliendo con él, siempre y cuando quedara claro que era estrictamente como amigos. Con algo de pena se admitiría mucho después que en gran medida lo hizo para jugar con él; quería ver cuánto podía soportar el muchacho hasta que se le lanzara de nuevo. Y aquí Alejandro volvió a sorprenderla: no se le volvió a lanzar. A regañadientes, y evidentemente en contra de lo que él quería, pero aceptó las condiciones que Elena unilateralmente impuso, y eventualmente se resignó a ser nada más su amigo.

Ella no pudo evitar encontrar eso *increíblemente* atractivo, y nada más tuvo la oportunidad se lo volvió a coger, sólo que con una diferencia fundamental a la primera vez: le gustó. Le gustó *mucho*.

Justo después de haberse venido Elena pensó qué haría; y llegó a la conclusión de que convenía que así siguieran las cosas entre ellos: siendo amigos, y cogiendo de vez en cuando. Lo justificó de muchas maneras, pero en el fondo ocurría que no había sentido nunca lo que sentía por Alejandro, y dada su (no muy amplia) historia con ex novios no quería arriesgarse a perderlo.

Alejandro de nuevo a regañadientes pareció aceptar el arreglo, aunque de vez en cuando le daba a entender que quería andar

con ella, pero reculaba en cuanto Elena se ponía firme. La última de esas veces fue cuando Elena salió de casa de Alejandro en lágrimas, porque él le había dicho que sí la quería como novia.

Esa noche y gran parte del día siguiente Elena trató de entender por qué le había afectado tanto que Alejandro le dijera que sí la quería de novia, por qué la había hecho reaccionar así. No pudo encontrar una respuesta satisfactoria, pero decidió que las cosas no podían seguir como hasta ese momento con Alejandro; tenía que ver cómo dejar de coger con él sin que pareciera que lo hacía por el incidente (que de hecho era así). Y lo más sencillo fue conseguirse un novio.

Sorprendentemente su novio resultó ser un muchacho al que llegó a querer y que le dio una sensación de tranquilidad y de estabilidad, cosas a las que no estaba acostumbrada. Comenzó a disfrutar realmente el estar con él, e incluso se alegró cuando Alejandro pareció llegar a aceptarlo.

Fue poco después de un día en que fueron a comer, que Alejandro le dijo que se veía rara y ella le contestó que estaba feliz. Y ciertamente es lo que ella creía; que estaba feliz. Pero ya sentada en la banca de la parada del PumaBús en la Torre de Rectoría, Elena se admitió que no era cierto eso. No estaba “feliz”; estaba tranquila, estaba cómoda. Estaba a gusto; pero no estaba feliz.

Y entendió también por qué Alejandro sí se había tragado que lo fuera; él pobre nunca supo (porque ella nunca se lo dijo) que los momentos más felices que Elena había tenido eran aquellos que pasó a su lado. Confundió el que estuviera más tranquila con que estuviera feliz. Que por supuesto ayudó que ella le dijera que así era.

Elena tuvo un ligero escalofrío sentada en la banca de piedra. *Hacía* frío, y se preguntó cuánto más tendría que esperar. Miró el pedazo de cielo negro que podía observar debajo del techo de concreto que protegía la parada del PumaBús, tratando de calcular la hora. Hubiera podido ver su celular, pero no quería moverse, además de que se sentía entumida.

El miedo de nuevo le generó un hueco en el estómago; miedo de que Alejandro eligiera a la Loba, miedo de perderlo, miedo de no poder besarlo de nuevo. Se sentía muy cansada, y no podía imaginar algo mejor que estar en el cuarto de Alejandro, acostada junto

a él en su cama, ambos desnudos. Ni siquiera por la agradable idea de coger; sólo por estar abrazándolo, olerlo, poder besar su pecho. Y la perspectiva de que tal vez eso *jamás* volvería a ocurrir le causaba un miedo espantoso; una especie de abismo infinito que al asomarse a él le hacía sentir un vértigo insoportable.

Cerró los ojos y respiró lentamente para calmarse.

—Va a venir— se dijo a sí misma en voz alta —. Ten paciencia y verás que llega. Ten fe y paciencia.

En el carro de Alejandro todos estaban callados. Ernesto y Érika de plano se habían dormido en el asiento trasero, mientras Ana cabeceaba en el asiento del copiloto. Alejandro en cambio no tenía *nada* de sueño; ni siquiera se sentía cansado.

Al contrario; estaba más despierto que nunca. Manejando a la casa de Ana (que ella le dijo cómo cuando se subieron), estaba al mismo tiempo haciendo trabajar furiosamente a su cerebro, tratando de determinar qué iba a hacer.

Una parte de él se decía que mandara al carajo a Elena con sus locuras y dramas y chantajes, y sencillamente hiciera como que no le había dicho nada. Así se evitaba cualquier tipo de problemas con Ana, y además Elena misma le había dicho que seguiría siendo su amiga no importaba qué eligiera.

Pero las palabras que le había dicho justo antes de besarlo, y lo que había sentido durante el mismo beso, habían tenido un *profundo* impacto en su persona. No podía tampoco dejar de pensar en lo guapa que se veía, en la sonrisa que siempre había adorado, en el beso con un ligero sabor a tacos de suadero.

Las dos palabras que le dijo justo antes de besarlo él había querido escucharlas durante tanto tiempo, que no pudo evitar sentir una ola de furia nacer en él cuando pensó en lo hijo de la chingada que era que se las dijera *justo* esa noche. ¿Por qué no el día anterior, o cualquiera de los que siguieron a que tronara con su novio y antes de que conociera a Ana?

Pero no pudo permanecer enojado mucho tiempo; la declaración de Elena de alguna manera hacía que sus acciones (de esa noche; de siempre desde que la conocía) se justificaran. Sencillamente como que, conociéndola, realmente no había otra forma de que le dijera esas dos palabras. Y hasta incluso le sorprendía que pudiera decir las.

Volteó a mirar a Ana, que cabeceaba peleando contra el sueño, porque quería ver que Alejandro siguiera por el camino correcto y entonces trataba de mantenerse despierta para avisarle si se equivocaba en algún momento.

De verdad era muy bonita; y era dulce y cariñosa, y tenía todas las cualidades que él podría haber deseado en una novia. Bueno; no se había acostado con ella, pero no había ningún motivo para creer que habría algún problema con el sexo. Cuando se diera.

Ana notó que la miraba y le sonrió.

—No estoy dormida— le dijo frotándose los ojos —, aquí sigo contigo.

—Está bien; creo que sí entendí cómo llegar. Si quieres duérmete.

—No, no te voy a abandonar.

Ana recargó la cabeza contra el vidrio del carro, y se distrajo mirando las calles desiertas de la Ciudad. A pesar del cansancio, estaba realmente muy contenta; y muy emocionada de haber comenzado a andar con Alejandro.

Lo había visto muchas veces jugando básquet, y le había gustado mucho. Alejandro jugaba muy bien, y se veía ágil y concentrado cuando jugaba, y cuando su equipo iba ganando era muy común que sonriera e incluso se riera a carcajadas, y a ella la enloquecía su sonrisa, y su mirada concentrada cuando trataba de hacer un tiro particularmente difícil.

Un día vio que su cuate Gerardo también estaba jugando con él, y de manera discreta le preguntó que quién era. Gerardo le dijo su nombre, y que era de los tipos en su salón que siempre sacaban diez y entendían todo.

Conectando otras fuentes, Ana fue investigándolo, y se encontró deseando conocerlo. Pero siempre que lo veía en las canchas le daba pena presentarse, y eso incluso cuando más o menos de fuente fidedigna averiguó que no tenía novia y que la única que le conocían había sido una chava con la que no había durado más que unos cuantos meses.

Así pasó mucho tiempo; Ana de verdad era medio autista al hecho de que era muy bonita, y entonces le extrañaba la cantidad de chavos que se presentaban solitos y la invitaban a salir. Salió con algunos, pero se aburría horrores en general con ellos. Y en

su mente realmente sólo estaba Alejandro; le parecía que él sería diferente: divertido, inteligente, además de guapo.

Y entonces ese día, cuando Alejandro pasó cerca de ella y sus amigos que jugaban básquet, y que *justo* les faltaba un jugador, por fin adquirió el valor suficiente de hablarle. . . o de silbarle, al menos. Durante un segundo entró en pánico de que él considerara vulgar o de mal gusto que lo hubiera hecho, pero al contrario, a Alejandro pareció gustarle.

El juego fue ligeramente decepcionante; Alejandro estaba jugando *muy* mal. Tal vez por eso ella le tapó el tiro de forma tan agresiva; ciertamente no quería darle un balonazo en la nariz. Cuando lo vio tirado en el suelo, cubierto de sangre, tratando de levantarse, le gustó más que nunca.

Y conforme fue platicando con él en la enfermería y más tarde en el concierto, descubrió que *sí* era diferente; era más divertido de lo que había pensado, y más inteligente incluso de lo que parecía. Era perfecto.

Y la había besado primero, que ella había estado temiendo tendría que ser ella la que tomara el primer paso, porque no se veía que él lo fuera a hacer. Estaba contenta; sentía que las cosas estaban empezando bien, y se moría de ganas de acostarse con él. Sin duda alguna todo iría avanzando de forma chida, si no hacía ninguna pendejada.

Alejandro mientras tanto comenzaba a llegar a la misma conclusión. Al carajo Elena y sus mega dramas; él tenía una novia que le gustaba, con la que se la pasaba chido, que al parecer quería estar con él fuera de toda duda, y que además tenía la no despreciable cualidad de parecer estar sana de la cabeza.

En ese momento Ana encendió la colilla de un churro, que se le había apagado durante la huida del Alacrán.

—¿Qué haces?— preguntó Alejandro.

—Me voy a dar un toquín para despertarme.

—Pensé que la mota daba sueño.

—A mí me despierta.

—¿Te cuento un secreto?

—Va.

—Nunca me ha afectado la mota. Bueno; excepto la vez que olvidé para siempre dos horas de mi vida. . . pero no recuerdo qué

sentí.

—¿De verdad?

—Sí. En realidad no me gusta; pero a Ernesto le encanta, y es común en fiestas y cosas así que salga un churro, y entonces he seguido fumando. Pero la verdad creo que no he entendido cómo se le hace.

—¿En serio?

—Sí.

Habían llegado a un semáforo en rojo en una avenida grande, y Alejandro detuvo el carro. De haberse quedado callada, Ana tal vez hubiera seguido siendo novia de Alejandro mucho tiempo, y la Noche del Alacrán hubiera seguido siendo una noche muy especial en la vida de él, pero por razones distintas. Pero Ana tuvo que cometer, sin tener idea de que lo estaba haciendo, la única y más grande pendejada que pudo haber cometido.

—Tengo una idea— le dijo a Alejandro, y le dio otro toque a su churro. Después tomó la cabeza de Alejandro entre sus manos, y dándole un beso le pasó el humo de la mota—. Sostén el humo— le dijo cuando acabó de pasárselo.

Alejandro obedeció; varios segundos. Y entonces, de forma particularmente interesante, su cerebro hizo algo *muy* extraño; como si dentro hubiera tenido dos enormes engranes desacomodados, el toque de mota hizo que se reacomodaran con un rotundo *click*. En menos de lo que tarda en transcurrir medio segundo, las dos horas de su vida que había perdido aquella vez manejando el carro de su papá las recordó su cerebro en un único y particularmente alucinante golpe.

Alejandro se incorporó al Periférico, manejando él solo el carro de su papá, y comenzó a reírse solito. Notaba cómo la mota comenzaba a afectarlo, y la sensación le parecía hilarante. Sosteniendo el volante con una mano, sacó su celular con la otra y le llamó a Elena.

—¿Dónde estás?— preguntó sin decir ni siquiera hola cuando ella contestó.

—En Cuiculco. ¿Por?

—¿Estás con el pendejo de tu novio?

—Eh... no... ¿por?

—Voy para allá.

Alejandro llevó el carro a Cuiculco, donde lo estacionó y caminó hacia el Sanborn's, sabiendo (porque la conocía bien) que ahí estaría Elena leyendo revistas gratis para no tener que comprarlas. Y ciertamente ahí estaba, leyendo revistas, cuando él llegó.

—Hola preciosa— le dijo abrazándola y besándola en la mejilla. Después la soltó y tomando la cara de ella entre sus manos, le dio un beso rápido, pero particularmente cachondo, en la boca.

—¿Qué te pasa?— preguntó Elena riendo, algo nerviosa.

—Nada. No me pasa absolutamente nada. Abso. . . abso. . . absoluta. . . absolutamente nada. Puta madre, *qué* chingona palabra. Absolutamente. Es. . . es absolutamente chida.

—¿Estás bien?

—¿Bien? ¡Estoy poca madre! ¡Chingón!

—Baja la voz— le dijo ella tomándolo por los brazos, que él en su efusividad había comenzado a levantar.

—Vine aquí a decirte que es chido que estés con tu novio. . . — dijo Alejandro, con la voz más baja y algo más serio.

—Muy amable de tu parte.

— . . . porque tengo toda la paciencia del mundo.

—¿Perdón?

—Que tengo toda la paciencia del mundo. Voy a esperar que se te quiten toda la bola de pendejadas que tienes en el cerebro, y que te des cuenta de que te sacaste la lotería conmigo y que so yo con quien quieres estar realmente.

Elena comenzó a reír. En ese particular momento era cuando mejor estaba con su novio.

—¿De qué hablas, mi rey?— le preguntó, comenzando a notar que Alejandro debía estar moto o algo por el estilo.

—Hablo de que tú quieres estar conmigo— dijo él acercándosele peligrosamente —. Hablo de que entiendo que también tienes un miedo idiota a estar conmigo porque, estúpidamente, crees que me puedes llegar a perder. Pendeja; ¿que no entiendes que *soy tuyo*? ¿Que así terminemos casados y con catorce hijos, o tronemos a los quince minutos de comenzar a andar, *siempre* voy a estar ahí si me necesitas? ¿Que no importa cualquier locura, chingadera o infidelidad que me hagas, podré enojarme y dejarte de hablar un tiempo, pero que eventualmente siempre volveré a ser tu amigo? A lo mejor seré algo más; novio, marido, ex-marido, padre de tus

hijos, padrino en tu boda con alguien más, no lo sé: pero *siempre* tu amigo.

Elena se había puesto seria, tensa, y ligeramente paniqueada. Su corazón le latía muy rápido. Alejandro se acercó aún más y le dijo:

—Así que sigue con tu novio y termina con él cuando sea necesario. Yo voy a esperar; tengo *todo* el tiempo del mundo. Pero cuando termines con él, déjate de pendejadas y anda conmigo. Además de que extraño coger contigo; y sé que tú también los extrañas. Y todavía más: sé que estás perdida e irremediamente enamorada de mí, pero tus miedos pendejos evitan que te lo digas incluso a ti misma. Está bien; voy a esperar. Voy a esperar hasta que me lo puedas decir, porque eventualmente vas a darte cuenta de lo pendeja que has sido al estarme rechazando.

Y sin ni siquiera dejar que el eco de su última palabra se apagara, Alejandro la besó. Un beso largo, húmedo y con tanto amor, que a Elena le temblaron las rodillas. Y después se dio media vuelta y se fue, sin decir una palabra más, sin voltear en ninguna ocasión. Se dirigió a su carro, fue a su casa, y se puso a ver la tele donde una hora después despertaría de su bizarro trance.

Elena mientras tanto se quedó en la sección de revistas del Sanborn's como pendeja, el corazón palpitando, las rodillas temblándole. Si no fuera porque su amigo estaba *evidentemente* volando con las alas de alguna droga, hubiera ido tras él y probablemente no lo hubiera dejado ir nunca. O durante un buen tiempo.

Pero Alejandro se estaba comportando muy extraño, y en ese momento ella se sentía muy cómoda con su novio, así que sólo le llamó al otro día.

—Hola— le dijo por teléfono.

—Qué onda— contestó Alejandro.

—¿Cómo estás?

—¿Perdón?— preguntó él; Elena *nunca* le preguntaba cómo estaba.

—Sí; ¿cómo estás?

—Bien. . . bueno, medio friqueado.

—¿Por?

—Ayer fumé mota, y traía el carro de mi jefe. Y de repente perdí dos horas de mi vida.

—¿Cómo?

—Sí; recuerdo haber entrado a Periférico, y luego recuerdo estar en la sala de mi casa viendo la tele.

—¿Y no recuerdas nada más?

—No, nada. Salí corriendo a ver si el carro estaba bien, pero al parecer sí. No manches; *nunca* vuelvo a fumar si estoy manejando.

—¿Y no tienes *idea* de qué hiciste en esas dos horas?

—Nada; es como en RoboCop, pero sin las partes en negro. Sólo de repente estaba manejando, y luego de repente estaba viendo la tele.

—¿Y si hubieras violado o asesinado a alguien mientras tanto?

—Pues espero no haberlo hecho— contestó Alejandro riendo —; al menos no tengo sangre en las manos, ni un cadáver en la cajuela.

—Ajá. ¿Pero *de verdad* no recuerdas nada?

—No. Y ya sabes que a mí en general la mota no me hace nada; no manches, sí me espanté.

—Bueno, esperemos que *tú* no hayas espantado a nadie mientras estabas en tu viaje.

—Sí, yo también.

—Bueno; cuídate.

—Oye, ¿pero qué pasó?

—¿De qué?

—Pues, para qué me llamabas.

—Ah. . . nomás. No fumes mota cuando manejes.

—Chido.

—Bye.

—Bye.

Elena al inicio pensó que Alejandro le estaba tomando el pelo; pero lo vio para tomar café unos días después, y el muchacho fue tan inocentemente sincero al platicarle con pelos y señales el incidente, que le creyó. Y después fue al baño a llorar un poquito.

Cuando volvió del baño y Alejandro le preguntó que por qué tenía rojos los ojos, ella le dijo que le estaba dando gripe.

Todo eso entró a la parte consciente del cerebro de Alejandro en un solo golpe, lo que causó que tosiera violentamente el humo de mota que Ana le había pasado con su beso.

—¿Estás bien?— le preguntó Ana riéndose y dándole golpecitos en la espalda.

—Ajá— mintió Alejandro, temblando, sudando y con los ojos llorándole, por el humo y la alucinante sensación que le daba el haber recuperado una parte de sí que creía había perdido para siempre.

—Ay bebé, creo que sí la mota no es lo tuyo.

El semáforo se puso en verde, y Alejandro continuó manejando, todavía temblando. No era por la mota; era por el súbito entendimiento que había entrado a su ser: Elena lo amaba. Y sí, tenía todos los defectos del mundo, pero eso era lo que había estado esperando escuchar desde hacía mucho tiempo. Casi desde que la conocía.

Medio en automático Alejandro llegó a casa de Ana, y apagó el carro. Volteó a mirar el asiento trasero, donde Ernesto y Érika dormían plácidamente.

—Güey— dijo Alejandro, la voz algo más fuerte de lo que le hubiera gustado a el mismo.

—¿Para qué los despiertas?— preguntó, extrañada, Ana.

—Güey— repitió Alejandro ignorándola —, necesito que tú y tu mujer me den un segundo a solas con Ana.

Ernesto despertó y miró a Alejandro incrédulo.

—¿Te cae?

—Me cae. Ándale, espero no tardar.

Ernesto salió del carro y sacó del mismo a su novia, para motivos prácticos aún dormida, y mentando madres entre dientes.

—¿Querías despedirte a solas de mí?— preguntó dulcemente Ana.

—Ana— dijo él lo más tranquilamente que pudo —, no puedo ser tu novio.

La muchacha había estado haciendo escenas en su cabeza justo antes de que llegaran a su casa; ir a comer con sus amigas más cercanas para que lo conocieran, presentarle a sus padres, la primera vez que lo metería a su cuarto. . . No se imaginó la boda y los niños nada más porque no era su estilo, pero Ana ciertamente esperaba un noviazgo que durara más que unas cuantas horas.

—¡¿Qué?!

—Lo siento; de verdad, de verdad lo siento. Pero es que estoy enamorado de otra chava, y no sería justo para ti que yo anduviera contigo así.

—¿Qué?!

—No lo sabía. . . bueno, sí lo sabía pero creí que ya lo había superado, pero me acabo de dar cuenta que no es así, y eres demasiado perfecta como para andar con alguien que no esté única y exclusivamente enamorado de ti.

—¿Es Elena?

La pregunta agarró en curva a Alejandro. *Nunca* habría podido adivinar que ella tan siquiera lo sospechara.

—Eh. . . sí pero. . .

Alejandro nunca terminaría la frase; Ana le dio un *soberano* puñetazo en su recientemente lastimada nariz. No fue un golpe de niña; fue un golpe *bien* puesto, recargando todo el peso de su cuerpo en el mismo, el puño bien cerrado, el pulgar en el lugar correcto para no lastimarse la mano. Además *perfectamente* acomodado, que si hubiera sido un poco (*poquito*) más fuerte, ahora sí habría roto la nariz de su recién ex novio.

—¡Eres un pendejo!— declaró Ana mientras salía hecha la chingada del carro para dirigirse a la puerta de su casa, mientras Alejandro trataba de detener el flujo de sangre que, de nuevo en menos de veinticuatro horas, brotaba de su nariz.

Unos segundos después, Ernesto entraba a ocupar el lugar del copiloto y Érika al asiento trasero.

—¿Total que siempre que la veas te va a golpear la nariz?— preguntó, riendo, Ernesto.

Alejandro lo hubiera mandado a chingar a su madre, pero estaba demasiado adolorido.

—Ten Alex— le dijo Érika extendiendo un pañuelo.

—Gracias— dijo Alejandro haciendo presión con el mismo sobre su cara.

—Voy a hacer una suposición aventurada— dijo Ernesto —, y afirmar que de hecho terminaste con ella.

—Te pasas— le dijo, femeninamente solidaria, Érika.

—¿Te gustaría que Ernesto anduviera contigo si estuviera enamorado de alguien más?— preguntó, malhumorado, Alejandro.

—Por supuesto que sí— dijo sonriendo Érika, y acariciándole el pelo a su novio —, ¿si no cómo le haría la vida imposible en venganza?

Alejandro consideró eso durante medio segundo, pero después encendió el carro con su mano derecha, mientras sostenía el pañuelo con la izquierda.

—Voy a hacer otra suposición aventurada— dijo, divertido, Ernesto —, y afirmar que nos dirigimos a donde sea que se encuentre Elena.

—Andas cabrón hoy con tus suposiciones aventuradas— contestó Alejandro encaminando el carro a Ciudad Universitaria.

Aceleró el carro cuando llegaron a Insurgentes, pasando rápidamente varias estaciones del MetroBús. Sentía una euforia como no recordaba ninguna, y sólo quería llegar a decirle a Elena lo que sentía. Una parte de su ser se sentía *de la chingada* respecto a Ana; pero lidiaría con eso en otra ocasión. Tenía cosas más importantes que hacer; no podía faltar mucho para que amaneciera.

Elena mientras tanto seguía esperando pacientemente en la parada del PumaBús de la Torre de Rectoría. Un par de veces pasó una patrullita de Auxilio UNAM, y la tercera uno de los guardias se bajó y le preguntó que si estaba bien, que si podían ayudarla con algo.

—No, estoy bien. Sólo estoy esperando a alguien— contestó sonriendo Elena.

Nada más el carrito desapareció en una curva, la sonrisa se le borró a la muchacha. El hueco en el estómago ya no desaparecía por más que respirara profundo y se dijera que tuviera fe y paciencia. ¿Qué haría si Alejandro no la elegía a ella? ¿Cómo podría continuar viéndolo sabiendo que otra vieja se lo cogía y era a la que besaba y decía que quería?

Le dieron ganas de llorar. De nuevo. Elena sabía que era *bien* chillona, pero incluso para ella le parecía que ya era demasiado para una sola noche.

Su celular sonando la sacó de sus elucubraciones. Seguía abrazando sus rodillas, y no tenía la menor gana de moverse por el frío y lo entumida que estaba, pero hizo un esfuerzo y sacó su teléfono. Era Mayra.

—¿Qué onda?— contestó.

—Hola; ¿qué pasó? ¿Sigues en Rectoría?

—Sí.

—No manches. ¿Y no llega?

—No, pero va a llegar— dijo Elena haciendo uso de toda la fuerza de voluntad que le quedaba —. Vas a ver que va a llegar. ¿Tú donde estás?

—En casa de los hermanos.

—¿Se te hizo tu pene doble?

—No; Enrique resultó ser sinceramente fiel a la ausente novia. Pero Juanito me convenció de que me acostara con él.

—¿Por qué me parece que no tuvo que hacer mucha labor de convencimiento?— preguntó Elena riendo. Le daba mucho gusto que le hubiera llamado Mayra.

—Pues algo; no soy tan fácil como pudieras creer.

—Reina; no me llevabas conociendo ni quince minutos y ya te estabas dando de besos conmigo.

— . . .

—¿Mayra?

—Bueno, a lo mejor sí soy tan fácil como crees.

Las dos muchachas rieron.

—No por quererte recordar malas experiencias— dijo Elena —, pero yo que tú dejaba claro con Juanito si van a ser novios o es únicamente un acostón. Digo, a menos que *tú* sólo quieras un acostón.

—No lo sé; me está gustando. Tengo que pensarlo. Pero bueno, sólo quería saber cómo estabas; voy a volver con él, estoy en el baño.

—¿Segundo round?

—¿Qué *pasó*? ¿Cómo que *segundo round*? Ya vamos por el *cuarto*.

—¡Órale, quien viera al Juanito!

—Reina; no es el león, es el domador.

Volvieron a reír. A Elena le dio gusto saber que, pasara lo que pasara con Alejandro, había encontrado una nueva amiga.

—Ya me voy— dijo Mayra —; mucha suerte, espero que sí llegue.

—Va a llegar, no te preocupes. Pero muchas gracias.

Elena colgó su celular. Miró el cielo, que parecía haberse puesto más negro todavía. Se preguntó cuanto faltaría para que amaneciera; ese era el límite que le había dado a Alejandro. Pensó que si él elegía a la Loba, debía intentar seguir siendo su amiga; estar cerca de él. No porque fuera a intentar bajárselo (que *por supuesto* lo iba a intentar), sino porque de verdad creía que debían seguir siendo amigos. Aunque le doliera en el alma verlo con alguien más.

Mientras tanto Alejandro atravesó el Eje 10 y divisó el Estadio Olímpico Universitario. Se metió por el retorno que pasaba debajo de Insurgentes y salió unos cuarenta metros adelante de donde estaba Elena, que ni volteó a ver porque creyó que era otra vez la patrullita de Auxilio UNAM.

Alejandro estacionó el carro y lo apagó. Mirándose en el espejo retrovisor, se limpió de sangre la nariz lo mejor que pudo, y volteando a ver a Érika le preguntó:

—¿Qué tal?

—Te ves muy guapo— le dijo Érika sonriendo.

—Tampoco es para que te burles; estoy desveladísimo, despeinado, y con la nariz y los ojos hinchados.

—Ay Alex; un día les tengo que explicar a ti y a tu amigo varias cosas, porque los hombres son rete pendejos. Pero confía en mí: te ves muy guapo. Hay una razón por la que los hombres no se enchinan las pestañas ni se ponen lápiz labial, y es que a las mujeres no nos gustan los hombres *bonitos*; nos gustan *guapos*. Habrá veces que estés sucio y sudando, y serán las ocasiones en que Elena más apetecible te va a encontrar. Así que ve por ella, pobrecita, que se debe estar muriendo de frío.

Alejandro bajó del carro y caminó hacia la parada del Puma-Bús. El corazón le latía rapidísimo, y notó que, a pesar del frío, las manos le estaban sudando. Se pasó las manos por el cabello, tratando infructuosamente de peinarlo.

Elena mientras tanto estaba usando las pocas fuerzas que le quedaban para evitar llorar. Pero entonces escuchó pasos, y volteando hacia la calle vio aparecer a Alejandro, con la cara definitivamente golpeada.

—¿Qué te pasó?— preguntó preocupada.

—Me golpearon en la nariz— dijo Alejandro acercándose a donde ella seguía abrazando sus rodillas.

—¿Quién te pegó en la nariz?

—La Loba— le dijo Alejandro, poniéndose en cuclillas en frente de ella.

Alejandro se aclaró la garganta. Quería que le saliera bien lo que tenía que decir.

—Nunca me vas a perder. Hasta el día que me muera, me vas a tener como uno de tus amigos más cercanos. No sé qué nos depare el futuro; no sé si acabaré casado contigo, y terminarás siendo la madre de mis hijos, o si en dos semanas te aburrirás de mí y me mandarás al carajo. O si en unos meses tendrás uno de tus mundialmente famosos ataques de histeria, y yo en pánico saldré huyendo. O si cuando entremos a la universidad tendremos yo otras novias y tú otros novios, y ya nunca volvamos a besarnos y a coger. O si tal vez tendremos otras parejas, pero eventualmente regresemos el uno al otro, para que podamos pasar el resto de nuestros días besándonos y cogiendo, mientras mi cuerpo me lo permita.

—Ya hay Viagra— dijo Elena riendo y, como era previsible, llorando sin poder detenerse. Había comenzado a hacerlo desde que él empezó a hablar.

—Mientras mi cuerpo y la ciencia moderna me lo permitan— continuó Alejandro —. No sé qué vaya a pasar. Lo que *sí* sé es que en todos y cada uno de esos escenarios yo seguiré siendo tu amigo, si me lo permites, y que siempre iré a tu lado si tú me llamas. Me podrás hacer cuanta chingadera seas capaz de hacer (y *créeme*; sé que eres capaz de *muchas* chingaderas), y a lo mejor me encabronaré y te mandaré al carajo un par de semanas, de meses o de años. Pero eventualmente siempre te perdonaré, y volveré a ser tu amigo. Porque te equivocas Elena; no sólo eres especial por haberme quitado mi virginidad. Eres la persona más especial que yo conozco. Y nunca me vas a perder.

Y casualmente eso sí lo cumplió.

—Sí te acordabas de la vez en Cuiculco— dijo Elena limpiándose inútilmente las lágrimas de los ojos, porque más y más salían.

—No, no me acordaba; me acordé hasta hace una hora, con un toque de mota.

Alejandro la tomó por los brazos y la hizo levantarse. La abrazó completamente; los brazos de ella quedaron entre los dos cuerpos.

Elena era tan delgadita que Alejandro podía casi tocarse los bíceps al abrazarla.

—Elena— continuó, su cara a unos cuantos centímetros de la de ella —: te amo.

Un par de segundos pasaron en silencio, mientras los dos muchachos se veían. Y entonces Alejandro agregó, sonando un poco más apresurado de lo que le hubiera gustado:

—¿Quieres ser mi novia?

Elena seguía llorando. A pesar de que él había dicho exactamente lo que necesitaba oír, no pudo evitar volver a sentir el pánico que siempre le había dado andar con Alejandro.

—¿Estás seguro?— preguntó ella, la voz entrecortada.

—Segurísimo.

—A lo mejor si te disculpas la Loba te aceptaría de nuevo. . .

—No me interesa.

— . . . ella es más bonita. . .

—Tú eres más atractiva.

— . . . y más simpática. . .

—Tú eres más divertida.

— . . . y definitivamente está menos loca. . .

—Lo dices como si eso fuera algo bueno.

—Todavía estás a tiempo de cambiarme por alguien menos inestable y voluble.

—Mi amor, no estoy interesado en lo más mínimo en cambiarte. Por nadie.

Alejandro la apretó un poco más entre sus brazos, y sintió como ella temblaba, de frío y de tenerlo tan cerca.

—¿Quieres ser mi novia?

Elena cerró los ojos y trató de besarlo, pero Alejandro echó la cabeza hacia atrás.

—No, ni madres— dijo —; contéstame bien: ¿quieres ser mi novia?

—Sí— contestó Elena, sorprendentemente seria, pero con la sonrisa que él adoraba, y los ojos más brillantes que nunca —. Sí quiero ser tu novia.

Y por fin se besaron siendo novios.

20

Alejandro y Elena entraron al carro, donde en el asiento de atrás esperaban abrazados Érika y Ernesto, que habían llegado al punto donde hasta el sueño habían perdido.

—¿Todo bien?— preguntó Ernesto, sin que realmente le importara demasiado.

—Ernesto, Érika— dijo Alejandro volteando a verlos —, eh, por segunda vez en la noche, les presento a mi novia.

—Qué bueno que todo salió bien— dijo Érika sonriéndole a Elena.

—Sí, estamos rebosando de alegría por ustedes— dijo, sarcástico, Ernesto —; ¿nos podrían llevar ahora sí a casa de Érika, por favor? Quiero *coger*.

—¿Sí vamos a mi casa?— le preguntó Érika.

—¿Es lo que querías, no?

—Sí.

—Pues vamos.

Alejandro encendió el carro y se dirigió a casa de Érika.

—¿Qué fue de Mayra?— le preguntó la muchacha a Elena.

—Está bien; se ligó a uno de los hermanos con los que andábamos, e igual y termina consiguiendo novio.

—Órale, qué bueno.

—Y me encantó tu amiga, por cierto.

—Eso oí; si dices que hasta se besaron.

—¿Perdón?— preguntó Alejandro.

—Yo he tratado que me cuente la historia, pero no la pude convencer de hacerlo— dijo Ernesto, interesado.

Elena les contó cómo era que ella y Mayra se habían besado, y por andar explicando las cosas terminó contando todo desde que había llegado al concierto. Alejandro también contó cómo era que se los habían encontrado en la casa del Cacotas, y de repente todos estaban hablando al mismo tiempo de cómo habían llegado al Alacrán. El último en hablar fue Alejandro, que al platicar cómo Elena lo había recibido en el Alacrán casi vomitándole encima causó que todos se rieran.

—Chale— dijo Alejandro —, sí fue una noche divertida.

—Para ti— dijo Elena frunciendo el ceño, pero sonriendo —, que conseguiste dos novias el mismo día y anduviste fajando con ambas. Yo en cambio me la pasé llore y llore y tratando de intoxicarme sin conseguirlo porque me la pasaba vomitando.

—Cabrón— dijo de repente Ernesto —, ¿sí vamos a ver lo de la guía de carreras este fin?

—Gracias, pero ya sé qué voy a elegir— dijo Alejandro, sonriendo —. Voy a escoger Física.

Ernesto y Érika se miraron, sorprendidos.

—¿De verdad?— preguntó Ernesto.

—Sí.

—¿Cuándo te decidiste?

—Esta noche— dijo Alejandro sonriéndole a Elena, que puso su mano sobre la de él —. Me ayudó a desembrollar el asunto mi novia.

—Eh— dijo Érika sonriendo —, ¿cuál de las dos?

—La buena— dijo Alejandro mirando a Elena.

—Y a todo esto, ¿tú que vas a estudiar Elena?— preguntó Ernesto.

—Yo creo que sicología.

—¿De verdad?

—Sí; a ver si descubro por qué estoy tan pinche loca.

—Oye, pero así me gustas— le dijo Alejandro.

—Dije que quiero descubrir *por qué* estoy tan pinche loca; no que desee cambiarlo.

Alejandro llegó a la casa de Érika y estacionó el carro en frente. Todavía era de noche, de hecho; el cielo estaba más oscuro que nunca, y no había nada que indicara que ya fuera a clarear.

—¿Quieres que me estacione más lejos, por si acaso ven que vienes con Ernesto?— preguntó Alejandro.

—No— le dijo Érika —; estoy segura de que mis papás están jetonsísimos. Sólo tenemos que llegar a mi cuarto y es prueba superada.

—Bueno— dijo Alejandro —; pues gracias por todo esta noche. En serio.

—No te preocupes— dijo Ernesto abriendo la puerta de su lado —; ya ves que para eso estamos. Sólo espero que ya dejes de estarnos chantajeando con lo de la vez que rapté el carro de tu papá.

—Chido— dijo Alejandro sonriendo.

Las dos parejas se despidieron; Elena abrazó a Érika y le agradeció por todo: por cuidarla en la casa del Cacotas, por hacerle el paro con regresarla al Alacrán, y por ayudarla a recuperar a Alejandro. Érika y Ernesto descendieron del carro y se encaminaron a la puerta de la casa de ella.

—Yo fui el que pagó los tacos— dijo Ernesto en tono de reproche —, y a mí ni siquiera me abrazó.

—No hagas berrinche mi vida. Y ahora calladito.

Érika abrió la puerta de su casa con todo el cuidado del mundo. Dentro todo estaba oscuro, y con ese ambiente pesado que tienen las casas en la madrugada. Tomando a su novio de la mano lo guió por el recibidor a las escaleras, y de ahí a su cuarto. En ningún momento oyeron ningún ruido.

Nada más estuvieron a salvo dentro del cuarto de ella, comenzaron a besarse con calma y a desvestirse mutuamente, sin hablar, y de hecho sin hacer casi ningún ruido. Hasta que Ernesto contuvo una risa.

—¿Qué?— preguntó Érika sonriendo.

—Nada; que me alegra que tú y yo no tuviéramos que pasar por ninguna de las pendejadas que Elena y Alejandro tuvieron que sufrir para por fin estar juntos.

Érika se llevó la mano a la boca, para callar una carcajada.

—¿Qué?— preguntó Ernesto.

—Ay mi vida, ¿así lo recuerdas tú?

—¿Recordar qué?

—Pues cómo fue para que nos hiciéramos novios.

—No fue tan ridículamente enredado como con Alejandro y Elena.

—Cierto; pero tampoco fue miel sobre hojuelas.

—¿De verdad?

—Uy; podría escribir una novela.

—No, por Dios; qué *hueva*.

Los dos se rieron, calladitos, y siguieron besándose y dirigiéndose a la cama para, *por fin*, poder coger sin que nadie los molestara.

En cuanto Ernesto y Érika estuvieron dentro de la casa de la segunda, Elena casi brincó sobre Alejandro para besarlo de forma tiernamente atolondrada.

—¿Qué te pasa?— preguntó riendo Alejandro.

—Si no nos llevas a tu casa y a tu cuarto en el *menor* tiempo posible, te juro que repito la maniobra de cuando te conocí y te violo aquí mismo en este carro.

—Ya voy, ya voy.

Alejandro se dirigió a su casa. El sueño le había desaparecido del cuerpo, y se sentía alerta y despierto. Elena le acariciaba el cabello y la nuca, y le decía *todo* lo que planeaba hacerle (y dejar que le hiciera) cuando llegaran a su cuarto, para que se apurara.

Durante el trayecto la negrura del cielo comenzó rápidamente a ser reemplazada por el color lechoso de la Ciudad amaneciendo, que al llegar a casa de Alejandro había llegado a tal punto que ya no estaban protegidos por ningún tipo de oscuridad. Alejandro estacionó el carro en el patio trasero, y le dijo a Elena que lo sentía, pero que sería mejor que subiera por el árbol a su cuarto, porque era muy probable que su papá ya estuviera levantado. Ella le dijo que no importaba, le dio un beso y salió a trepar el árbol. Como él esperaba, su ventana seguía igual desde que él y Ernesto la abrieron para que saliera el olor a mota.

Alejandro entró por la cocina a su casa, y se felicitó a sí mismo por haber sido tan previsor y enviar a Elena por el árbol: su papá estaba tomando el primer café de la mañana, y leyendo el periódico que sin duda había llegado hacía apenas unos minutos.

—Hola hijo— dijo el señor sin levantar la vista del periódico.

—Hola papá.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto papá.

El papá de Alejandro levantó la mirada para ver a su hijo, y de inmediato frunció el ceño.

—¿Pero qué te pasó?

—Eh. . . me golpearon en la nariz.

—¿Te peleaste?

—¿Me creerías si te digo que fue una muchacha?

—No.

—Fue una muchacha.

—No te creo.

—Sí, eso dijiste.

El señor se levantó y examinó a su hijo.

—No estuviste tomando, ¿verdad?

—No papá.

—¿Fumaron yerba?

Alejandro titubeó un segundo. Mentirle a su papá cara a cara le resultaba en general imposible.

—Mis cuates sí. A mí me dieron un toque, pero hace apenas como una hora.

El señor lo miró directamente a los ojos.

—Está bien— dijo después de lo que le pareció a Alejandro una eternidad de tiempo —. ¿Cómo te fue con la muchacha que te invitó al concierto?

—No muy bien.

—¿No?— preguntó sirviéndose más café.

—No; ella fue la que me pegó en la nariz.

El señor volvió a mirar a su hijo; parecía sumamente divertido.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces me imagino que no la voy a conocer como tu novia pronto, ¿verdad?— le preguntó volviendo a tomar su periódico.

—Es altamente improbable, sí.

—¿Y entonces quién es la muchacha que tan discretamente trepó por el árbol a tu cuarto? Me parece haberla visto antes.

Su papá le dijo esto con una taza de café en la mano y el periódico en la otra, mientras leía la sección de estados, con la más absoluta calma del mundo. Alejandro abrió la boca, pero como no

se le ocurrió nada que decir la volvió a cerrar. La abrió una segunda vez, pero de nuevo tuvo que cerrarla porque su cerebro se negaba a funcionar.

—Oh vamos— le dijo su papá, sonriendo —, ¿no creerás que soy tan tonto como para no darme cuenta?

Alejandro siguió sin poder hablar. Ni siquiera era pánico lo que sentía; era un asombro absoluto. En el fondo *sí creía* (o había creído) que su papá era lo suficientemente tonto como para no darse cuenta.

—Vas a cumplir dieciocho años en mes y medio— dijo tranquilamente su papá —; ya eres casi un hombre. Yo no tengo problemas con que metas muchachas a la casa; pero bien sabes que tu mamá sí. Así que te agradezco que hayas intentado ser discreto; y si te sirve de consuelo creo que tu mamá no ha notado nada. O a lo mejor prefiere *no* notar nada; no sé. El punto es que no tienes que temer nada; no estoy a punto de regañarte por nada, ni de castigarte, y tampoco de sermonearte. Pero se están cuidando, ¿verdad?

—Sí señor— contestó Alejandro, que cuando tenía miedo de su papá le decía señor.

—Vamos, tranquilízate— dijo sonriendo su papá —. ¿Quién es la muchacha?

—Se llama Elena. . . es mi novia.

—Ah. ¿Desde hace cuanto?

Alejandro sacó su celular y vio la hora.

—Desde hace como cuarenta y cinco minutos.

El papá frunció el ceño.

—¿Pero ya había estado aquí antes, no? Estoy seguro de haberla visto salir de tu cuarto por el árbol en al menos una ocasión.

—Sí, es mi amiga desde hace casi dos años.

—¿Amiga? ¿Nada más?

—Eh. . . es complicado.

—Complicado.

—Yo mismo no entiendo ciertas cosas.

—Ajá. ¿Por qué no me lo descomplicas?

—Eh. . . ¿podría ser después? Te prometo que lo platico bien contigo; y además quiero que tú y mamá la conozcan, pronto. Pero ahorita me está esperando.

—Ah; tienes razón. Está bien; sólo dime una cosa.

—¿Dime?

—¿Es ella la razón de que la otra muchacha te haya pegado en la nariz?

Alejandro no pudo evitar sonreír.

—Sí.

—¿Valió la pena?

—Oh sí.

—Bueno, vete de aquí. Nada más se levante tu mamá y nos arreglemos la voy a llevar a una comida con tu tía Marta en Cuernavaca. Vamos a estar fuera hasta muy noche; a lo mejor nos quedamos ahí a dormir. Así que vas a tener la casa para ti solo.

Alejandro no pudo evitar sonrojarse. ¿De *verdad* su papá lo estaba prácticamente animando a que usara la casa para coger durante el sábado? El señor le sonrió:

—¿Puedo confiar en que no harás nada particularmente idiota mientras estemos fuera?

—Sí papá.

—Bueno; ahora sí vete de aquí.

—Gracias papá.

Alejandro subió las escaleras, con una enorme confusión en la cabeza. Pero decidió mejor dejar de pensar y nada más alegrarse de que su papá fuera tan chido. Entró a su habitación.

—¿Por qué te tardaste tanto?— le preguntó Elena, que estaba acostada en la cama y arropada por las cobijas. Al ver la ropa de ella regada por todo el cuarto, Alejandro supo que no llevaba nada puesto.

—Mi papá quería platicar conmigo. Te vio subir el árbol.

—No manches— exclamó Elena abriendo mucho los ojos, en pánico.

—Sí; pero no te preocupes. De hecho ya te había visto salir por el mismo árbol.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y no te regañó?

—No; no tiene problemas con que te meta aquí. Pero sí me dijo que mi mamá sí los tendría.

—Órale, qué chido.

—Sí.

Alejandro seguía en la puerta de su cuarto. Tenía unas ganas increíbles de desnudarse y meterse en la cama con ella, pero también estaba disfrutando mucho el verla acostada ahí, sabiendo que estaba desnuda debajo de las sábanas.

—Se me enfriaron las nachas por estar todo ese tiempo sentada en la banca de piedra helada— le dijo Elena sonriendo pícaramente.

—¿Sí?

—Sí. Vas a tener que frotarlas mucho y darles muchos besitos para que regresen a su temperatura normal.

—Puedo hacer eso.

—Ven aquí mi amor.

Alejandro comenzó a desvestirse y se acercó a la cama.

Ciudad de México, Noviembre 2008

